

Carlos Alberto Montaner

Viaje al corazón de Cuba



se

Cuba, pese a la intensa propaganda, es una isla rodeada de misterios. ¿Cómo es la psicología de Fidel Castro, el hombre que la gobierna desde hace 50 años? ¿Cómo llegó al poder y cómo se sostiene? ¿Quién era realmente el Che Guevara? ¿En qué consiste realmente la Revolución? ¿Cuáles son sus fallos y sus logros? ¿Qué va a suceder cuando desaparezca Fidel Castro? Este libro responde a todas esas preguntas. Es un viaje al corazón de Cuba.



Carlos Alberto Montaner

Viaje al corazón de Cuba

ePub r1.0

Pequod 24.01.14



A Carlos Varona, Levi Marrero, Mario Villar,
Miguel González-Pando, Felicitó Rodríguez y Enrique Baloyra,
seis amigos que no pudieron emprender el viaje de regreso.

PRÓLOGO

Dos palabras

Hace cincuenta años que se inició la revolución cubana y el país sigue bajo el control de los hermanos Castro. Se trata de un fenómeno único en la historia contemporánea. El gobierno de Francisco Franco (1939-1975), que parecía que no se acababa nunca, « sólo » duró 36 años. La dictadura latinoamericana más longeva, la del paraguayo Alfredo Stroessner (1954-1989), fue liquidada por un golpe militar al cabo de 35. Los Castro, sin embargo, siguen ahí medio siglo después de haberse abierto paso a tiros hasta la casa de gobierno.

Ya Fidel, es cierto, no es el presidente, porque en el verano del 2006, cuando tenía 80 años, casi lo mata un grave percance intestinal que lo ha dejado prácticamente postrado en una silla –lo que no le impide continuar pontificando sobre todo lo humano y divino–, pero su hermano Raúl, que era el eterno Ministro de Defensa, heredó la autoridad, aunque no, por supuesto el carisma ni la legendaria capacidad de intimidación del Comandante.

La primera edición de este libro –luego reimpressa varias veces– se publicó hace una década, en 1999, cuando planeaban reunirse en La Habana los Jefes de Estado de todo el mundo iberoamericano. Lo escribí con el objeto de que entendieran qué era Cuba y en que consistía la revolución que allí había ocurrido. Un presidente amigo se encargó de hacerles llegar los ejemplares de la obra a sus colegas. Algunos me acusaron recibo muy agradecidos.

Otros, como Hugo Chávez, me acusaron de mentir. Son gajes del oficio. >p>A esta nueva edición le he agregado un capítulo final. Se trata de una hipotética conversación en los funerales de Fidel Castro. No ha sucedido todavía, pero todo llegará.

No hay ninguna figura política viva que despierte la curiosidad antropológica que provoca Fidel Castro. Sus barbas y su chaquetón verde oliva pasarán a la iconografía del siglo XX junto al bigotillo de Hitler, el puro de Churchill y el bombín de Charles Chaplin. Desde hace medio siglo se ha instalado en las primeras páginas de los diarios y no ha habido manera de desalojarlo. Su capacidad de adherencia al bastón de mando ya ha pasado al Guinness: no hay ningún dictador iberoamericano —Franco incluido— que haya durado tanto. Lleva más de cuarenta años al frente del Estado cubano. Con una sonrisa socarrona, firmemente apoltronado, ha visto desfilar a nueve presidentes norteamericanos. A veces ha tenido la paciencia de sentarse a la puerta de su tienda a ver pasar los cadáveres de sus enemigos. Otras, se ha apresurado a ordenar sus ejecuciones. Cualquier medida es aceptable si de lo que se trata es de mantenerse en el poder.

Su infinita facundia es legendaria. Especialmente cuando hay más de tres personas reunidas y siente el incontestable deseo de demostrar su inmensa sabiduría. Esa urgencia enfermiza se multiplica exponencialmente con relación al volumen del auditorio. A más gente, discursos más largos y laberínticos. Si la tribuna es alta y la plaza grande, se le exacerba la locuacidad. Se desata. Llega a la fase crítica de la incontinencia oral. Entonces habla incesantemente. Pronuncia « charlas » de ocho horas, sin la menor concesión a su vejea o a las de sus desesperados oyentes. Éste no es un dato ocioso: refleja lo poco que le importa el resto de la humanidad y la inmensa valoración que hace de sí mismo. Habla, además de todo. De la caña de azúcar, de la cría de ganado, del neoliberalismo, del inminente colapso del mundo capitalista, de los ciclones y de cuanto tema científico, económico, ético o deportivo se le ocurre. Es un presidente repleto de esdrújulas: enciclopédico, oceánico, pedagógico, y su tono suele ser, además, apocalíptico. Quien no lo ha escuchado no se imagina el poder devastador que puede alcanzar la palabra. Un poder, a veces, de vida o muerte.

Esos largos discursos tienen, además, una trascendental función litúrgica: ahí, en ese torrente de palabras desordenadas se define lo que es verdad o mentira; ahí, en medio de expresiones coloquiales, de burlas y de cóleras, de explicaciones complejas y de simplificaciones tontas, se dibujan los contornos de la realidad, se seleccionan los enemigos del pueblo, los amigos, lo que se debe creer y lo que se debe rechazar. La palabra de Castro es el libro sagrado del pueblo, la biblia revolucionaria que sirve de marco teórico para poder establecer juicios de valor o para amparar o condenar determinadas conductas. Es la referencia dogmática que permite precisar si un pensamiento o una opinión tienen contenido revolucionario o lo contrario. Si Fidel lo afirmó, es correcto; si lo desaprobó, hay que rechazarlo. Es el conocido mecanismo de la filosofía escolástica: en el terreno religioso las cosas son ciertas o falsas de acuerdo con la opinión de las autoridades. Ése es el carácter infalible que poseen las verdades reveladas. En Cuba, Fidel es la única autoridad moral e intelectual. La lealtad al jefe, además, se demuestra en la fidelidad con que se asumen las palabras y los juicios de Castro. Ser revolucionario es ser fidelista; y ser fidelista es repetir fiel yiegamente el discurso de Castro, apoderarse de sus palabras y devolvérselas con la fidelidad de los gramófonos. Y en la repetición mecánica, en la mímica exacta, radica precisamente el talento de sus acólitos y una de las mayores gratificaciones emocionales que obtienen los caudillos: la creación de sociedades corales.

Pero no siempre es así. Fidel no es el oráculo sagrado permanentemente. Sentado es otra persona. Cuando el auditorio se reduce a un solo interlocutor, inmediatamente cambia la estrategia de comunicación. Lo peligroso es que su reloj circadiano, el mecanismo que regula su sueño y su vigilia, está invertido. Como los tulipanes, Castro florece por las noches. Se revitaliza e irrumpe en el escenario como un vampiro oral que sale de su ataúd a platicar durante varias horas. Es cuando surge el Fidel cautivador, aparentemente muy interesado en el otro. Puede parecer refinado y atento. Ya no conversa: pregunta. Entonces se convierte en un puntilloso inquisidor desesperado por saber exactamente cuántos alcaldes hay en la provincia de Málaga, el número preciso de automóviles que transitan los jueves por la carretera Panamericana, o la descripción detallada de cómo funciona una central hidroeléctrica. Castro tiene una idea clasificatoria del mundo en el que vive. Una actitud minuciosa, pitagórica, en la medida en que esos griegos esotéricos creían que la realidad podía reducirse a números.

Castro tiene la cabeza llena de números. Es un anuario parlante que acumula datos e informaciones insustanciales, con las que luego ratifica sus conclusiones previas.

Porque ésa es otra: jamás está dispuesto a cambiar de opinión o a revocar decisiones. Que se equivoquen ellos, los demás. Él es un hidalgo tercamente convencido del lema caballeresco « sostenella antes que enmendalla ». No enmienda sus errores, los sostiene, pues su mayor satisfacción psicológica se deriva de hacer su voluntad y de tener razón. Admitir que otra persona ha sido más sagaz, o que él cometió un disparate, le parece una forma espantosa de humillante degradación. Tras el hundimiento del comunismo y la desaparición de la Unión Soviética, han pasado por su despacho cien políticos amigos y docenas de acreditados economistas a explicarle que el estado marxista-leninista antes era un disparate, pero ahora resultaba imposible. Y todo ha sido inútil. Es indiferente a la realidad. Está aquejado de una especie de autismo político. Si el mundo entero le dice que está equivocado, él opina que el mundo entero vive en un error probablemente inducido por la CIA. No tiene remedio.

Esa incapacidad para aceptar debilidades o fracasos no sólo hay que entenderla como una deformación patológica de su carácter. Tiene que ver con el modo con el que Castro se relaciona con sus subordinados. Estamos en presencia de un caudillo. Alguien que exige una total obediencia y sumisión de los demás como consecuencia de su evidente superioridad moral e intelectual. El caudillo es único porque no se equivoca. Es infalible. De ahí que quienes lo obedecen depositen en él la facultad de analizar, diagnosticar y proponer soluciones. De ahí, también, la testarudez roqueña de los caudillos. En el momento en que exhiben sus miserias y su falta de juicio, se debilita la lealtad de los seguidores. Ellos ni quieren ni pueden ver a un jefe lloroso que baja la cabeza y pide perdón. Si le han entregado la facultad de pensar, y con ella el derecho a decir lo que verdaderamente creen, es por la excepcionalidad del líder. Si no son dueños de sus palabras, porque las han sustituido por las del guía amado, y ni siquiera de sus gestos, pues son víctimas de una tendencia instintiva a la imitación del maestro idolatrado, no pueden aceptar que esa persona, que les ha usurpado el modo de vivir, sea un sujeto corriente y moliente capaz de equivocarse como cualquier hijo de vecino. El pacto es muy sencillo: el alma sólo se entrega a los caudillos infalibles. Como Castro.

La psiquiatría tiene perfectamente descrita psicologías como la de Fidel Castro. Les llama *personalidades narcisistas* y están clasificadas entre los desórdenes mentales más frecuentes. Los narcisistas se auto perciben como seres grandiosos, poseedores de una importancia única. Encarnan la idea platónica de la vanidad humana. Por ello esperan que se les trate de una forma especial y distinta a los demás mortales. Ante la crítica o la censura, si provienen de un subalterno, reaccionan airadamente, con violencia verbal y física, pero si se originan en una fuente distante, aparentan la mayor indiferencia. Son ambiciosos y egoístas en grado extremo. Las normas son para los demás. Se suponen acreedores de todo tipo de trato favorable, pero no toman en cuenta las necesidades del prójimo. La reciprocidad es una palabra que no existe en sus vocabularios. Por eso sus relaciones interpersonales son muy frágiles y conflictivas. Les temen, pero no los quieren. Es casi imposible querer a un narcisista. Es difícil apreciar realmente a quienes no pueden demostrar empatía o compasión ante la desgracia de sus allegados. Es contra natura querer a quien define la lealtad del otro como una total subordinación a sus criterios, gustos y principios. Eso sería querer a quien te aplasta y devora.

Los rasgos de la personalidad narcisista casi nunca se presentan en estado puro. Con frecuencia los acompaña el histrionismo. Esto es, una forma de exhibicionismo que se expresa en las ropas extravagantes, la conducta excéntrica y un evidente desprecio por lo que considera socialmente aceptable. Fidel, como ocurría con Hitler y Mussolini, otros dos narcisistas de libro de texto, tiene mucho de histrión. Su disfraz permanente de militar en campaña, su gestulación espasmódica, la transfigurada expresión de su rostro desde la tribuna, lo definen como un histrión. Además de ser, está disfrazado de Fidel Castro. Pero el histrionismo es también una técnica de manipulación. Fidel comparece ante los cubanos como hombre iracundo y agresivo. Ése es su mensaje corporal. Siempre está a punto de estallar, de declarar una guerra, de hacer algo tremendo. No sólo quiere impresionar. Quiere intimidar. Y lo logra. Quienes lo rodean, le temen. Aun los más próximos. Sobre todo los más próximos. Temen sus exabruptos, sus recriminaciones, sus gritos, pues Castro, que puede ser extremadamente delicado, encantador con un visitante extranjero, no vacila en recurrir a las groserías para censurar a un subalterno. Ése es uno de los más tristes signos de la sociedad cubana. Es un universo en el que todo el mundo tiene miedo. Menos una persona. Menos el caudillo que desde las alturas de su poder, trepado a su ego inmarcesible, maneja a los cubanos como le da la gana.

La niñez de un caudillo

Contemos la vida de este singular personaje. Sus primeros veinticinco años no tienen desperdicio y acaso despejen muchas incógnitas. El Comandante nació en Birán en 1926, un caserío desprovisto de gloria y de agua potable, situado en la provincia de Oriente, año —por cierto—, en el que pasó un devastador ciclón por la Isla. Menudo presagio. Su padre fue un gallego alto y corpulento como un roble llamado Ángel Castro, llegado a Cuba a fines de siglo en calidad de recluta del ejército español. Fue uno más de los 250 000 soldados que España colocó en Cuba para tratar tozuda e inútilmente de evitar la independencia de la Isla. Era un muchacho pobre y azorado, de los que no contaban con las trescientas pesetas que costaba la redención del servicio militar. Una víctima inocente más que un colonizador.

Ángel Castro perdió la guerra, pero ganó una patria nueva. Tras ser regresado a España, se las arregló para volver a la Isla. Su aldea gallega, fría y lluviosa, ya no le alcanzaba. Había descubierto un horizonte prometedor y una sociedad en plena expansión que se abría ilusionada a la aventura de la libertad política. Era un tipo duro y trabajador, como tantos de sus conterráneos, y enseguida se percató de que la joven república —inaugurada en 1902— resultaba un terreno propicio para cualquier persona laboriosa, entre otras razones, porque el precio de la feraz tierra cubana era bajísimo y las oportunidades de trabajo inmensas. Tanto, que en pocos años, a remolque del valor del azúcar, multiplicado durante la Primera Guerra mundial, le fue posible pasar de jornalero a capataz, y luego a propietario. Algo totalmente imposible en su Lugo natal de campanario y minifundio, pronto y para siempre olvidado.

El joven inmigrante se casó en primeras nupcias —qué frase más arcaica— con una maestra de nombre María Luisa Argote, y con ella tuvo dos hijos: Lidia y Pedro Emilio. Esta buena señora enfermó y murió joven, y fue reemplazada por una muchacha humilde, con fama de católica y buena persona, llamada Lina Ruz, que había llegado al hogar de los Castro en función de asistente. De esta nueva unión surgieron siete hijos: Ramón, Angelita, Fidel, Juana, Emma, Raúl y Agustina. Con el tiempo, la fractura política que ha dividido a la sociedad cubana también afectaría a los hermanos. Lidia ha sido fidelista toda su vida. Pedro Emilio, abogado, y poeta extravagante —ya muerto—, hasta detenido estuvo por sus inómodas opiniones políticas. Ramón y Raúl se han mantenido devotos al héroe de la familia. Angelita parece estar más dedicada a pequeñas actividades comerciales que al reñidero nacional. Juanita está exiliada desde principios de los años sesenta, y no ha vacilado en denunciar enérgicamente la situación del país. Emma vive en México, discretamente horrorizada de los desastres generados por su hermano, y Agustina, católica y sentimental, sobrevive en La Habana, amable, pobre y sin privilegios, mientras reza día y noche por el desdichado destino de sus compatriotas.

Con los descendientes de ellos, incluidos los del propio máximo líder de la revolución, ha ocurrido lo mismo. Los hay profidelistas y antifidelistas. Algunos están en el exilio interior, los hay que entran y salen de la isla sigilosamente, y otros ya han logrado expatriarse con carácter definitivo. Lo único verdaderamente interesante que tiene Cuba es precisamente eso: la intensa división de la familia. Es tremendo oírle decir a una hija de Castro, a un hijo, a una nieta, a un sobrino o a un concuño, que su pariente es el ser que más daño les ha hecho a ellos como personas y como cubanos. En ese momento el odio político alcanza una rabiosa dimensión humana que sólo es observable en los infernillos domésticos.

De este hogar peculiar vale la pena retener tres datos. El primero tiene que ver con lo que hoy llamaríamos *origen étnico*. Ángel Castro era un gallego, y, pese al aluvión de inmigrantes españoles a la Isla en el primer cuarto del siglo XX, o quizá por eso mismo, los criollos cubanos no eran muy hospitalarios con los recién llegados. El nacionalismo, aunque moderado, comenzaba a estragarse, y se expresaba de varias maneras agresivas. Una de ellas era el humor. El gallego, aunque casi siempre se trataba de una criatura laboriosa, era un tipo para burlarse de él. Siempre se le retrataba en el teatro vernáculo, y luego en la radio y la televisión, como una especie de imbécil al que los criollos le tomaban el pelo. Por otra parte, toda la estructura de poder político —no así del económico— estaba en manos de los cubanos que habían luchado en las guerras por la independencia, o, cuando menos, habían sido autonomistas. Esas guerras eran la fuente de la legitimidad social y el origen del aboleo político. Si Fidel Castro proyectaba ser un prócer, no hay duda de que había elegido a la familia equivocada.

El segundo aspecto importante está relacionado con las ideas políticas que Fidel Castro comenzó a absorber desde su cuna. Ángel Castro no debió de ser un hombre obsesionado con cuestiones ideológicas, y ni siquiera se le tenía por comunicativo y conversador —era, sobre todo, un incansable trabajador—, pero, español de 1898 al fin y al cabo, y soldado derrotado por los gringos, no debe de haber tenido muy buena opinión de Estados Unidos. Ése era el comprensible juicio de valor de los españoles de su generación. Tampoco le resultaban fáciles sus relaciones empresariales con los norteamericanos. Su finca de Birán colindaba con grandes propiedades azucareras y anquis, y eran frecuentes los problemas litigiosos. Desde la cuna, en su hogar rústico pero próspero, Castro comenzó a escuchar críticas contra Washington. Mientras una buena parte de los cubanos percibía a los aliados que los habían ayudado a desalojar a España del control de la Isla, los Castro, naturalmente, los veían como los adversarios arrogantes y prepotentes que habían hundido la flota del almirante Cervera en la bahía de Santiago de Cuba. Ahí, en el corazón del Castro niño, tenía que alojarse una incómoda disonancia que no era fácil de solucionar. En la escuela le enseñaban que los norteamericanos contribuyeron a liberar a Cuba de los españoles. En su casa el padre le contaba que los norteamericanos los habían atropellado a cañonazos salvaje e ilegítimamente.

La tercera cuestión se derivaba de la sorda rivalidad ciudad/campo que permeaba las relaciones sociales de los cubanos. Fidel Castro no sólo era un pichón de gallego.

Además era un « guajiro », un « paletto » al decir de los españoles. Es decir, un tipo rústico, criado en el ambiente rural de una de las regiones atrasadas de Cuba, imagen de la que también se burlaban los más educados y cosmopolitas habaneros. El hogar de Castro, esa primera casa, pese a la buena posición económica conquistada por don Ángel, no era un domicilio ordenado y elegante como los de Miramar o El Vedado, sino el caserón sin gracia ni distinción al alcance estético de un español laborioso y probablemente inteligente, pero sin otros estudios que su experiencia de labrador. La madre Lina —cuenta Pardo Llada, uno de los biógrafos de Castro— a veces convocaba a comer con un tiro de escopeta, y los comensales rara vez se sentaban en una mesa. Un psicólogo moderno vería en todo esto un hogar desestructurado. A lo mejor sólo era una fórmula primitiva de comunicarse. De alguna manera, Fidel Castro jamás pudo escapar a ese origen montaraz de campo, caña y taballo. Tal vez eso explique, por ejemplo, su desprecio por las formalidades burguesas —esa odiosa corbata—, o su frialdad total ante la decadencia absoluta de las ciudades cubanas. Su impronta infantil, esa mirada original con que empezó a apoderarse de la realidad, le ha impedido escandalizarse de la destrucción sistemática y cruel de La Habana. No es capaz de verla, y mucho menos de sentirla. No le molestan los escombros. El universo de su primera infancia era una cosa polvorienta y agropecuaria. En todo caso, en su niñez, unas veces era el « gallego » y otras el « guajiro ». En los dos calificativos podía advertir un leve matiz peyorativo.

Contar los primeros años del Castro niño no sirve de mucho, a menos que uno adopte una visión psicoanalítica, y no es éste el caso, pero no está de más consignar un par de datos. Fue un muchachito inquieto e inteligente. Tanto, que en los archivos de la Casa Blanca se conserva una carta escrita a los diez años por Fidel al presidente Roosevelt en la que trata de engañarlo pidiéndole un billete de diez dólares, porque supuestamente nunca ha visto uno, y a cambio le promete enseñarle dónde hay unas minas de hierro que pueden servir para fabricar los barcos americanos. Menudo niño. Su madre Lina, como casi todas las madres cubanas medianamente instruidas, vivía convencida de la importancia crucial de los estudios, así que prefirió enviarlo a Santiago de Cuba, la capital de la provincia, para que los curas le dieran una buena educación primaria. Lo hizo con Fidel y con todos sus hermanos y hermanas, quienes acudieron a los mejores colegios del país, aunque Ramón, el mayor, prefirió quedarse en la finca junto al padre.

Tras la primaria santiaguera vino la experiencia en La Habana. Mientras las niñas fueron matriculadas en las ursulinas, Fidel y en su momento, Raúl, fueron enviados a estudiar bachillerato al colegio Belén, dirigido por los jesuitas, una de las más reputadas escuelas de Cuba, y, probablemente, la mejor de cuantas tenía la Compañía de Jesús en América. Sólo que en aquella institución, además de una magnífica enseñanza, y de adquirir principios y valores, el adolescente Fidel recibió una primera visión política del mundo que le confirmaba ciertos juicios que, de manera más rudimentaria, había escuchado de labios de su padre. Los jesuitas españoles que lo formaban venían del trauma de la Guerra Civil. Eran franquistas. Creían en el orden y la autoridad por encima de todas las cosas. Sospechaban de las democracias burguesas, liberales, masonas y judaizantes. Eran anticomunistas, naturalmente, pero también antiamericanos y –como solía ocurrir con los falangistas– sospechaban de los valores humanistas occidentales.

Aparentemente, dos curas jesuitas fueron los directores espirituales de Fidel. Uno era el padre Armando Llorente, un español bondadoso y enérgico a cargo de las múltiples actividades al aire libre –las excursiones campestres a las que tan aficionado era Fidel–, y el otro un cubano casualmente apellidado Castro. Alberto Castro, muy inteligente, falangista, tremendamente elocuente y conversador, con una buena cabeza para la teología, que creó y orientó a una pequeña secta de estudiantes destacados a la que bautizó como *Convivium*, y en la que reclutó al «guajiro» Castro. Allí por primera vez escuchó Fidel el nombre de José Antonio, y allí le dijeron que España e Iberoamérica, gloriosamente vinculadas en la Hispanidad y en la tradición católica, tenían un destino unívoco en lo universal. Allí, además, aprendió a cantar el Cara al Sol, mientras sofabá con que los ejércitos de Hitler no serían nunca derrotados por las democracias de la decadente Europa. Eran los años de la Segunda Guerra mundial y Fidel, un muchachón espigado, seguía en un mapa con tachuelas los éxitos arrasadores de los blindados alemanes. Sus malos de entonces ya eran los gringos.

La educación jesuita –como se sabe– intenta forjar carácter. A veces lo logra y a veces fracasa. Probablemente eso lo decide el imponderable componente genético que acompaña al estudiante, o la calidad de los maestros que lo toman bajo su control, o el ambiente familiar de los primeros años. Vaya usted a saber. Pero lo cierto es que el colegio Belén dejó su impronta en Fidel. Participó, por ejemplo, en el Club de Debates, y aprendió el arte de organizar y pronunciar discursos. Practicó varios deportes –béisbol, baloncesto, campo y pista–, sin tener excesiva coordinación natural, como recuerda Roberto Suárez, su compañero de aula y equipo, limitación que aprendió a vencer con su estatura, su fuerza y su tenacidad, rasgo este último que cultivó hasta incorporar al núcleo central de su personalidad. Aprendió a vencer los complejos de su origen gallego y, sobre todo, guajiro, en un colegio en el que sus condiscípulos solían pertenecer a hogares refinados de criollos pudientes, despuntando en él una urgencia temprana y vigorosa de liderazgo. Quería mandar, y se le veía. Quería ser el jefe en todas las actividades a las que se sumaba. Su autoestima era enorme. También resultaba evidente que traía del campo los valores machistas de la sociedad rural cubana: la bravuconería, el estar siempre presto a la riña a puñetazos, la valentía personal. En ese período le entró el gusanillo de la política y, como tantos adolescentes, comenzó a pensar que algún día sería presidente de la República. Hasta se lo contó ingenuamente a uno de sus condiscípulos.

Donde la pedagogía jesuita tuvo menos éxito fue en el terreno espiritual. El propio Castro ha relatado, con cierta malicia, que la tentación de la carne, muy fuerte en la adolescencia tropical, cuando las hormonas dan un trallazo incontrolable, le impedían tomarse demasiado en serio la vertiente religiosa de su formación jesuita. La castidad y la continencia eran un precio demasiado alto para alcanzar la perfección. El catolicismo como religión, con sus castigos eternos y con su cielo apacible, no le resultaba convincente. La Historia Sagrada acabó por no parecerle historia ni sagrada. La fe infantil se le fue desdibujando en la medida en que tropezaba con la razón y con los instintos. Tampoco los jesuitas consiguieron un intelectual, esto es, alguien que se aproxima a la realidad desde el mundo de las ideas. Él era, fundamentalmente, un hombre de acción. Un dinamo. Un fabricante y ejecutor de proyectos. Leía, era inteligente, por supuesto, no era mal estudiante, y acumulaba información con su excelente memoria, pero, según sus compañeros, estaba más cerca de san Ignacio que de santo Tomás.

Gángsteres y revolucionarios

Cuando Fidel salió del bachillerato e ingresó en la Escuela de Leyes de la Universidad de La Habana se sentía dispuesto a ser el primero de la fila a cualquier precio. La Segunda Guerra mundial acababa de terminar y los aliados habían triunfado. El falangismo y los curas jesuitas pertenecían a un pasado anecdótico que había dejado de impresionarle. Ya el objetivo de Castro no era el deporte, sino el liderazgo de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), una organización que contaba con un enorme peso en la vida política cubana desde los años treinta, cuando se convirtiera en el factor clave del derrocamiento del dictador Gerardo Machado. De la FEU habían salido el 80 por ciento de los jóvenes políticos que dirigían la nación, pero esa influencia era de dos vías: en la medida en que la universidad se había introducido en la vida pública, la política se había introducido en la universidad, y hasta en las escuelas oficiales de bachillerato. Allí había corrupción, violencia, jefecillos armados, e imperaba el reino del matonismo revolucionario. Era la universidad de los gángsters, los líderes estudiantiles andaban con una pistola al cinto, y para ascender hacia la cúpula resultaba casi imprescindible cobijarse en alguna de las facciones más poderosas y temidas.

Para complicar aún más las cosas, en aquella reuelta universidad de los años cuarenta –surgida de la insurrección contra Machado de los treinta– confluían otras dos fuentes de violencia: los ex combatientes de la Guerra Civil española, a la que más de mil cubanos fueron a pelear, casi todos en las filas comunistas de las Brigadas Internacionales, y los excombatientes de la Segunda Guerra mundial. Había, pues, héroes y villanos para todos los gustos, y todos ellos tenían sus grupos afines dentro de la universidad. Fidel, por ejemplo, enseguida trató de acercarse al Movimiento Socialista Revolucionario (MSR), dirigido por un abogado llamado Rolando Masferrer, ex comunista, veterano de la Guerra Civil de España, donde fue herido en combate, y por un estudiante de ingeniería, Manolo Castro, a la sazón presidente de la FEU y amigo, por cierto, de Ernest Hemingway. El propósito de Fidel, entonces en los primeros años de la carrera, diciembre de 1946, era que Manolo Castro –con quien no tenía parentesco– lo apoyara para convertirse en líder de la Escuela de Leyes, y para lograr sus simpatías hizo algo realmente monstruoso: intentó asesinar a balazos a Leonel Gómez, un líder estudiantil de las escuelas secundarias que se decía enemigo de Manolo Castro, hiriendo a otro estudiante en la refriega, como recuerda Enrique Tous, compañero de Fidel en Belén y en la universidad.

Vale la pena detenerse en esta sangrienta anécdota. Fidel no es un niño de trece o catorce años, sino un joven de 20. Estudia Derecho y es egresado de una escuela religiosa donde durante mucho tiempo intentaron inculcarle la compasión y el amor al prójimo. Leonel Gómez no es su enemigo personal. Apenas lo conoce. No puede odiarlo, y, desde luego, tampoco ha intentado asesinarlo en medio de un ataque de ira. Se trató de un acto premeditado, frío, audaz, concebido como un medio de obtener los favores de una persona a la que le convenía servir, aun al precio de cometer un asesinato. Pero falla dos veces: Leonel no muere y Manolo Castro no le agradece el « favor» . Por el contrario: le manda un mensaje despectivo con José de Jesús Ginjaume: « Dile a ese tipo que no voy a apoyar a un mierda para presidente de Derecho.» Fidel no se lo perdonará nunca.

No pudiendo guarecerse en el MSR de Masferrer y de Manolo Castro. Fidel recurre entonces a otra pandilla, la del propio Ginjaume, conocida como Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR), anticomunista, anarcoide, cuyo primer dirigente era un paracaidista de la Segunda Guerra Mundial, Emilio Tro, hombre de una temeridad casi suicida, quien le toma simpatías a Fidel y le perdona la vida, pues Leonel Gómez también era militante de la UIR. Una vez dentro de la UIR, Castro, pistola al cinto, adquiere fama de gatillo alegre y de hombre violento. Pero todavía no tiene una historia política coherente. Es sólo un *tira-tiros* sin leyenda personal apreciable. Un guapo de bofetadas y *qué me estás mirando*. De pronto surge una oportunidad dorada: Masferrer y Manolo Castro, con el auxilio de medio Gobierno, preparan una invasión para liquidar al dictador dominicano Trujillo. Se entrenan en un islote del noreste de Cuba: Cayo Confitte. El líder es el cuentista Juan Bosch, exiliado en Cuba y presidente del Partido Revolucionario Dominicano. Lo respaldan el venezolano Rómulo Betancourt, el guatemalteco Juan José Arévalos, el costarricense José Figueres. En el Caribe existe una especie de internacional revolucionaria. (El castrismo, en realidad, no inventaría luego el *internacionalismo*. Eso lo aprendió Castro en los años mozos.) Fidel visita a Bosch y le pide que le permita participar. Les manda un mensaje de paz a Masferrer y a Manolo Castro. Se hace prometer que no lo van a matar. « Déjalo que venga –acepta Masferrer–. En estas cosas siempre vienen bien un par de cojones.»

No hicieron falta. El fallido episodio duró pocas semanas. El Gobierno del presidente Truman, ya embarcado en los comienzos de la Guerra Fría, le pidió a su colega de La Habana que dismantelara el campamento y enviara a los expedicionarios a sus casas. No estaba el horno caribeño para esa clase de conflictos. El enemigo era Moscú, no los dictadores locales. Fidel perdía, pues, la oportunidad de labrarse una biografía revolucionaria en consonancia con sus juveniles ardores guerreros. Sin embargo, no se dejó atrapar como al resto de la tropa. Cuando el barco de guerra en que regresaban detenidos se acercó a la costa, prefirió tirarse por la borda y nadar. La leyenda posterior diría que fue un gesto de rebeldía para no ser apresado. La verdad es diferente: temía que, abortada la invasión, sus enemigos Manolo Castro y Rolando Masferrer aprovecharan la confusión para eliminarlo. Al fin y al cabo, Emilio Tro, su protector en la UIR, había sido asesinado por pistoleros asociados al MSR el 15 de septiembre de 1947, precisamente cuando Fidel se adiestraba en Cayo Confitte. Él podía ser el próximo pandillero muerto.

Pero no fue él. Fue Manolo Castro. El 22 de febrero de 1948, en una calle de La Habana vieja, un grupo de pistoleros de la UIR lo acribilló a balazos. La prensa inmediatamente señaló a Fidel Castro. Se conocía la rivalidad que los separaba. Y era cierto, incluso, que Fidel Castro había intrigado en el seno de la UIR para que ejecutaran tanto a Manolo Castro como a Rolando Masferrer, a quien sí intentara asesinar con varios disparos que no dieron en el blanco. Pero la verdad histórica es que Fidel no mató a Manolo. Cuando lo llamaron por teléfono para que participara en el atentado, no estaba disponible. Cuando fueron a buscarlo, no lo encontraron. Si alguna responsabilidad tuvo, ésta fue de carácter intelectual: instigó el crimen, pero no lo cometió. Fidel pudo, sin muchas dificultades, probar su coartada. Hemingway no lo creyó y escribió un cuento, *The shot*, sobre su amigo muerto, en el que el asesino está inspirado en Fidel Castro. No sería la única vez que el joven Fidel serviría de modelo para una turbulenta figura literaria: por aquellos años el novelista Rómulo Gallegos, exiliado en Cuba, fija en Castro para perfilar a uno de los gángsters de *Una brizna de paja en el viento*.

Antes de ocho semanas el joven Fidel Castro aparecía otra vez en los periódicos, pero ahora en medio de una monumental revuelta. El 9 de abril de 1948 se producía el *Bogotazo*. La capital de Colombia era sacudida por incendios, crímenes y violentas revueltas populares como consecuencia del asesinato del líder Jorge Eliecer Gaitán, un político muy popular y carismático del Partido Liberal colombiano. ¿Qué hacía Fidel Castro en ese remoto escenario, de muerte y desolación? Había acudido a un congreso estudiantil secretamente financiado por Perón, como parte de una delegación dirigida por el presidente de la FEU, Enrique Ovares, entonces un líder de izquierda próximo a los comunistas –más tarde preso político del castrismo–, y en la que también participaban Alfredo Guevara, comunista y presidente de la Facultad de Filosofía, primer marxista que aleecciona a Fidel en el abc de la doctrina, y Rafael del Pino, otro estudiante violento, muy amigo de Fidel, quien muchos años más tarde acabaría suicidándose en una cárcel cubana tras sufrir toda clase de maltratos por parte de los guardianes al servicio de su antiguo compañero.

Las razones por las que Juan Domingo Perón financiaba ese congreso de estudiantes radicales había que buscarlas en su enfrentamiento con Estados Unidos. En la fecha del asesinato de Gaitán, la OEA era refundada en Bogotá bajo la orientación anticomunista de Washington, y el presidente argentino, campeón de la *tercera vía*, pretendía equilibrar a la derecha americana con una buena manifestación revolucionaria de inspiración izquierdista/nacionalista. Nadie pensaba que podía ocurrir algo tan dramático como el asesinato del principal dirigente de la oposición, y mucho menos que como resultado de ese hecho iba a estallar una especie de ferroz guerra civil que provocaría miles de muertos y la pérdida de decenas de millones en dólares de propiedades destruidas. Fidel Castro, curiosamente, le había pedido a Ovares que lo incluyera entre los invitados al viaje para «enfriarse» un poco tras la muerte Manolo Castro. Su propósito, en ese caso, era huir de la violencia y tratar de proyectarse como un líder universtario en el terreno político, porque no había conseguido que sus compañeros de la carrera de Derecho lo apoyaran en las elecciones estudiantiles.

Pero Castro tenía una especie de imán para los conflictos. Precisamente, poco antes de que Gaitán recibiera a la delegación de estudiantes cubanos, un asesino lo liquidó a tiros, y tan pronto se conoce la noticia comienzan los desmanes. Fidel tiene ahí su bautizo revolucionario, y es muy interesante lo que entonces hace este joven de 22 años: en lugar de permanecer en su hotel, puesto que no conoce la ciudad, o de ponerse en contacto con la embajada de su país, se suma a la insurrección popular, entra en una comisaría de policía y arenga a la tropa para que participe en el alzamiento.

No le arredra ser un absoluto desconocido o ignorar totalmente la realidad colombiana. Se ve en el ojo de un ciclón, y en lugar de tratar de ponerse a salvo, aprovecha la oportunidad para convocar a la Revolución. Naturalmente, nadie le hace caso. Poco después lo detienen, pero las autoridades cubanas, más preocupadas por Ovares –el verdadero líder estudiantil del grupo–, hace gestiones para evacuar a los universitarios, y consiguen sacarlos del país en un avión que transportaba reses. Fidel regresa a Cuba en medio de la mayor excitación. Ha oído de cerca la Revolución. Ha visto casas y automóviles incendiados; ha contemplado tiroteos y ajusticiamientos. Y todo eso le ha revuelto la adrenalina. El hombre de acción que lleva dentro ha sentido las emociones más fuertes y gratificantes que hasta entonces había experimentado.

Pero no sólo se trata de una sensación física. A esa edad, a lo 22 años, Fidel, como tantos jóvenes de su generación, era un *revolucionario*. Ésa era la palabra clave. Ya tenía una vaga percepción marxista de la sociedad. No es que hubiera leído *El capital* –a esa edad muy poca gente lo ha hecho–, sino que pensaba que el capitalismo era un sistema explotador, causante de la pobreza de lo pueblos, y se sentía profundamente antiimperialista, pues el malvado imperialismo yanqui resumía los males del sistema económico, y la arrogancia colonial impuesta por las cañoneras. De manera que era algo más que un muchacho agresivo armado con una pistola. Era eso mismo, pero también se sentía como el cruzado de una causa redentora de la humanidad. Estaba dispuesto a abrirse a balazos el camino del poder y de la fama política, pero para echar las bases de un mundo mejor, más justo y, por supuesto, enfrentado a los despreciables norteamericanos.

Es en ese momento cuando Fidel comienza a acercarse a la política nacional, y lo hace inscribiéndose en una formación populista, el Partido Ortodoxo, de corte socialdemócrata, dirigido por un senador muy querido, Eduardo Chibás, que con una escoba como símbolo hace enérgicas campañas en contra de la corrupción. Chibás procede de familia rica y educada, y es firmemente anticomunista, pero también se proclama antiimperialista y nacionalista. En realidad se trata, como decían los comunistas de la época, de un burgués reformista y honrado, pero dentro del partido, especialmente entre los mas jóvenes, hay un sector radicalizado en el que Fidel se mueve con agilidad, y en el que comienza a ejercer cierta influencia.

Fidel continúa, por supuesto, su carrera de abogado, pero sin distinción académica. Su padre, que no hizo en la vida otra cosa que trabajar en beneficio de sus hijos, lo mantiene generosamente. Fidel es uno de los pocos estudiantes que posee auto. Aprueba sus asignaturas gracias a su magnífica memoria y en virtud de una obvia capacidad para organizar sus pensamientos por escrito y oralmente, pero ha descartado la idea de ser un gran abogado. Su pasión no es la ley. Ése es el instrumento. En Cuba los políticos eran abogados o militares. Fidel no pensó nunca dedicarse a la abogacía. Quería llegar al Parlamento, pero sólo como una escala en su imparable viaje hacia la Casa de Gobierno. En un momento dado, incluso, hasta trató de acelerar el proceso. La escalofriante historia revela mucho la voluntad de poder del joven Castro. Era 1948 y el presidente Ramón Grau, en su último año de gobierno tan democrático como corrupto, accede a recibir a una delegación de estudiantes que protestaba ruidosamente por el precio del transporte. En la delegación está Fidel. Son media docena de universitarios y esperan en el antedespacho del presidente. Es el tercer piso del palacio y la sala en la que aguardan un balcón. De pronto Castro se pone de pie y les hace a sus compañeros una propuesta insólita: « Tiremos a Grau por el balcón y proclamemos una república revolucionaria; en el 33 los estudiantes tomaron el poder. Debemos repetir esa gesta.» « Tú estás loco, Fidel» , le contestan sus amigos en un tono de incredulidad. En ese momento se abre la puerta y entra Grau, risueño y conciliador. Fidel es el primero que lo saluda. El presidente no nota nada extraño. Nunca pensó que un minuto antes quien le apretaba la mano había pedido su asesinato.

A trompicones, siempre estudiando la víspera de los exámenes, Fidel termina la carrera. Estamos a mediados de siglo. Dos años antes, un compañero de la facultad, también con vocación y talento políticos, Rafael Díaz-Balart, luego su archienemigo, le presentó a su hermana, una preciosa muchacha llamada Mirta, estudiante de Filosofía. Se enamoran y se casan. Poco después tienen un hijo. No hay nada inusual en el asunto, salvo que el viejo Ángel, por medio del hermano Ramón, continúa sosteniéndolo. Castro no tiene experiencia laboral y no es capaz de mantener a su familia. Su pasión es la política, el debate, la intriga partidista, la tertulia. Tras graduarse, intenta ejercer como abogado, pero apenas domina el derecho procesal, y, por encima de todo, no le interesa. Dentro del Partido Ortodoxo, sin embargo, ha ido escalando posiciones. Habla por radio cada vez que puede, escribe artículos en la prensa, se hace notar. Da un valiente paso: se separa públicamente de su pasado gangsteril, y elige para ello un peligroso procedimiento que vuelve a colocarlo en los cintillos: denuncia por medio de la prensa sus ex compañeros y a sus ex adversarios. Viaja a Nueva York y por unas semanas acaricia la idea de estudiar Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia. En realidad, no quiere estar en Cuba. Teme, y con razón, que lo maten otros pandilleros políticos. Y desea, realmente, alejarse de ese mundo letal y delictivo. Su propósito ahora es subrayar su perfil de político serio. A Chibás le repugnan los pandilleros y Fidel quiere demostrarle que ya ha dejado de serlo. Aprovecha todos los medios a su alcance para atacar la corrupción que se le atribuye al gobierno de Carlos Prío, democrático sucesor de Ramón Grau. Ahora es todo un abogado que pretende llegar a la Cámara de Representantes. Las elecciones tendrían lugar en 1952. Fidel lucha para que lo postulen. Chibás no lo acepta en el círculo de sus íntimos, pero permite su participación.

El 5 de agosto de 1951 sucede algo insólito: Chibás termina su programa de radio dominical con el más dramático y espectacular de los gestos: se da un tiro en el abdomen frente a los micrófono. Quiere sacudir la conciencia de los cubanos. Es –así lo tituló– su « último aldabonazo» . ¿Por qué ese intento de suicidio? Estaba apesadumbrado por no haber podido probar unas acusaciones de corrupción que le había hecho a un ministro de Prío. Había perdido credibilidad y se sentía en ridículo. ¿Quería inspirar lástima? Quizá. ¿Quería matarse? No resultaba evidente. Un tiro en el corazón o en la cabeza no hubiera dejado duda. En el vientre era grave, pero no necesariamente mortal. No obstante, acabó siéndolo. Un tratamiento equivocado terminó por rematarlo. La agonía había durado unos cuantos días. El país estaba conmocionado. La popularidad del Gobierno, en los suelos. El entierro fue el mayor que ha conocido la historia de Cuba. Fidel, sin embargo, no vio disminuido su instinto por el poder. En el hospital, cuando los jefes del Partido Ortodoxo preparaban el recorrido del cadáver hasta el cementerio, se oyó la voz afónica y un tanto nasal del joven candidato a congresista: « ¿Por qué no desviamos la manifestación hacia el palacio y le damos un golpe de Estado a Prío con el muerto?» Nadie le prestó la menor atención a tan indelicada propuesta en tan inoportuno momento.

Chibás fue enterrado, el Partido Ortodoxo eligió como su sustituto a Roberto Agramonte, un prestigioso catedrático de Sociología que el país mantenía el rumbo democrático, en medio de sobresaltos de una nerviosa sociedad que no conocía el sosiego político. Las elecciones tendrían lugar en el verano de 1952, y Fidel contaba con buenas posibilidades de salir electo al Congreso. Pero no fue así. Fulgencio Batista, el ex sargento convertido en hombre fuerte de Cuba entre 1933 y 1940, presidente legítimo de 1940 a 1944, ante la imposibilidad de recuperar el poder por medios electorales –las encuestas apenas le concedían un 10 por ciento de los votos– dio un golpe castrense el 10 de marzo de 1952, puso en fuga al Gobierno, y comenzó una dictadura de siete años. El día de la asonada militar ocurrieron dos fenómenos de gran trascendencia para Cuba. Batista otra vez se convirtió en dictado, y Fidel Castro dejó de ser un político que se movía dentro del cauce de las instituciones democráticas para convertirse en revolucionario armado. De alguna manera extraña, mientras le contaban que Batista se había apoderado de los cuarteles le vino a su memoria el enérgico recuerdo de *el Bogotazo*. Sintió el olor de la pólvora. Acusó a Batista ante los tribunales por haber violado la Constitución de la República y empezó a planear la resistencia. Habían comenzado los tiempos de la Revolución. Se sentía extrañamente feliz. Él, en verdad, era un revolucionario, no un político.

Naturalmente, este personaje, Fidel Castro, se dio en un país preciso y en una circunstancia concreta. La cosmovisión adquirida por Castro en sus años formativos sólo era posible en Cuba. Y si no se poseen los fundamentos de esa historia, aunque sea a vuelapluma, la comprensión de lo que luego aconteció en esa isla siempre será muy deficiente. Especialmente cuando se tiene en cuenta que Castro explica su quehacer político no como un fenómeno excepcional incardinado en su propio tiempo, sino como la lógica continuidad de un largo proceso histórico arraigado en sucesos transcurridos a principios del siglo XIX cuando Adams, Jefferson o Monroe especulaban con la fantasía de apoderarse de Cuba para incorporarla a la Unión Americana. Intentemos este vertiginoso recorrido.

Colón calificó a Cuba como « la tierra más hermosa que ojos humanos vieron» . Tal vez no era para tanto. El genovés tenía cierta inclinación al halago desmesurado. Algo parecido dijo de Puerto Rico y de la costa venezolana. Su diario es una especie de manual de relaciones públicas. Y era justificado. El Almirante estaba decidido a convencer a los reyes de España –al fin y al cabo socios en el terreno comercial– de las bondades de sus descubrimientos. Pero no andaba tan descaminado. Cuba es una bella isla de palmeras, sol y buenas playas. Incluso, tal vez no sea una isla, sino un archipiélago. Todo es confuso y ambiguo en torno a este país. A veces los noticieros dan la impresión de que se trata de una pequeña excrecencia geológica surgida en el Caribe. Y eso no es exacto. El territorio es menos diminuto de lo que parece. Cuenta, *grosso modo*, con 110 000 kilómetros cuadrados y 1 200 de largo. Si una punta de la Isla se colocara en Lisboa la otra tocaría Marsella. Tiene aproximadamente la extensión de Austria y Suiza combinadas. Bélgica, Holanda y Dinamarca caben dentro de sus fronteras, y su perímetro no es muy diferente del que posee el cercano estado norteamericano de Florida. Su población, incluyendo exiliados, balseros y otros perseguidos políticos, alcanza los trece millones de habitantes, de los cuales once sobreviven en la patria de origen, y dos, golpeados por la nostalgia, andan dando vueltas por el planeta, aunque la mayor parte ha conseguido avendarse en Estados Unidos.

La historia de Cuba difiere de la de América Latina –al menos de una buena parte de ella– en varios aspectos cruciales. No había civilizaciones indígenas complejas como las mesoamericanas o las andinas. Los indios que encontraron los españoles pertenecían a la vasta familia de los arahuacos, pobres y atrasados, y no tenían asentamientos urbanos considerables ni densas estructuras sociales. Dejaron algunas palabras en el castellano –huracán, canoa, bohío y otras pocas–, y su única contribución al mundo parece haber sido el tabaco y la costumbre de enrollar sus hojas, colocarlas en la nariz, prenderles fuego y aspirar el humo. Lo hacían, se supone, para provocar ciertos estados de alteración mental asociados con experiencias religiosas. En todo caso, muy pronto fueron arrasados por los maltratos y las enfermedades traídas por los europeos, para las que los indios no tenían defensas naturales, o resultaron absorbidos y asimilados por unos invasores jóvenes e incontinentes que casi siempre se habían dejado a sus mujeres en el Viejo Mundo. Sólo a uno de ellos, a Vasco Porcallo, cruel y rijoso, le atribuyen doscientos hijos habidos con decenas de indias asustadas y obedientes.

La Isla, que muy pronto se quedó sin indios, no tardó mucho en quedarse sin oro, y los otros metales que iban apareciendo en cantidades exiguas no podían competir con las increíbles minas mexicanas o las del altiplano andino, así que el destino de Cuba pronto quedó determinado dentro de unas coordenadas muy precisas: era una especie de enorme base de operaciones desde la cual se lanzaban expediciones al continente. Era parada y fonda. Era puerto marítimo. Pero también, poco a poco, fue convirtiéndose en azucarera en la medida en que se extendía por Europa y por las colonias inglesas de América la inusual costumbre de endulzar los alimentos. Pero sucedía que el cultivo y procesamiento de la caña es uno de los más laboriosos de cuantos se conocen en el mundo agrícola, y los españoles, sin indios para realizar esa rudísima tarea, decidieron recurrir a los esclavos negros. Cuba entonces empezó a ser el trágico destino de centenares de miles de negros cautivos que llegaban a la Isla para ser molidos junto con la caña que lograban cosechar en jornadas de veinte horas de trabajo forzado. La cifra es pavorosa: mientras duró la esclavitud, desde comienzos del siglo XVI hasta fines del XIX, en números redondos, un millón de negros fueron triturados por la sociedad cubana. La vida « útil» –la única que tenían– de estos esclavos cañeros, medida con una frialdad aterradora por los hacendados de la época, era de poco más de cinco años.

La posición privilegiada –*Llave del Golfo*, le decían desde tiempos de Felipe II– que le otorgaba a Cuba importancia estratégica, determinaba otras consecuencias: era astillero y almacén, lo que simultáneamente le fue dando vida al comercio (y al contrabando), y a la creación de unos cuantos centros urbanos importantes. Pero también había sus desventajas: en la estela de la flota española que carenaba en La Habana o en Santiago en sus viajes de ida y vuelta a las Américas, navegaban acechantes los piratas, corsarios y las naciones enemigas. Esto llevó a España a fortificar la Isla, a dotar grandes cuarteles y a radicar en ellos a miles de soldados. Creció la burocracia y la sociedad española comenzó a desovar cargos y dignidades para administrarla. Trece grandes duques, marqueses y otros nobles deambulaban por el país en carruajes de lujo. Florecieron impresionantes palacetes. En Cuba rueda el tren antes que en España: en 1837 se inaugura la línea entre La Habana y Bejucal. La Iglesia tenía una enorme influencia, y, en general, la utilizó en una dirección positiva: creó instituciones educativas, y entre ellas, la primera universidad. Un sacerdote, Félix Varela, sería la referencia intelectual más importante de los primeros criollos independentistas. La colonia se fue enriqueciendo con bastante rapidez. Surgió una burguesía criolla, descendiente de la española. pero como, generalmente, no podía acceder a los cargos del Estado, se refugió en las plantaciones y en las profesiones liberales, lo que la hizo más rica y sabia.

A fines del siglo XVIII la historia de Cuba es un fragmento excéntrico de la historia de España, pero no puede entenderse si no se conoce lo que ocurría en la Península. Pocos años más tarde, con su dulce ritmo, una habanera aseguraría que « La Habana es Cádiz con más negritos / Cádiz es La Habana con más saleros» . Buena síntesis. La verdad es que los criollos cubanos se parecen mucho a los liberales españoles. Leen los mismos libros, solicitan las mismas cosas, ven el mundo y juzgan sus problemas de similar manera. Son, como ellos, afrancesados, librecambistas, y dicen creer, como ellos, que se puede llegar al conocimiento por medio de la razón. En 1762 La Habana es capturada por los ingleses. A los pocos meses le devuelven al rey español la soberanía de la Isla, y, a cambio, los británicos se quedan con otras posesiones ibéricas en Norteamérica. En esos meses de dominio inglés Cuba se abre al comercio internacional y se inicia un fulminante período de expansión económica que, con altas y bajas, durará un siglo largo. Tal vez el siglo de oro de la historia cubana. No fue sólo el impulso aperturista de los británicos. También pesó mucho el ilustrado despotismo de Carlos III y el atinado consejo de hombres como Florida Blanca o Jovellanos.

Criollos, liberales y anexionistas

A principios del siglo XIX, cuando Napoleón invade España, y, poco después, comienzan en América las guerras de independencia, los cubanos todavía no están psicológicamente listos para incorporarse a esa aventura. Son muy pocos los que piden segregarse de España y es mucha la ferocidad con que responden las autoridades españolas. Los criollos son todavía demasiado españoles. La mayor parte lo que solicita es autogobierno, impuestos bajos y libre comercio, pero no aspira a la secesión. Quieren la libertad, pero no quieren la independencia. Le tienen miedo. Y hay, una razón tan práctica como mezquina para ello: temen que la independencia provoque la insurrección de los esclavos negros. Ya ha habido algunos conatos de revueltas entre los esclavos sofocadas a sangre y fuego. Los criollos han visto lo que ocurrió en la vecina Haití y en Santo Domingo. Y hasta se han beneficiado de ello, porque miles de colonos blancos de aquellos parajes han tenido que refugiarse en tierras cubanas, y los que no han salvado algunos capitales dinerarios han traído valiosos saberes técnicos. Son, por ejemplo, grandes calciflores.

Según transcurre el siglo XIX aumentan las tensiones entre los criollos, cada vez más poderosos y educados, y el Gobierno de la metrópoli. Fernando VII, que en España no quiere oír hablar de constitucionalismo y libertades, no piensa tratar de manera diferente a los cubanos. España ya ha perdido casi todo su imperio en América y se empeña en salvar a *la perla de las Antillas, la siempre fiel isla de Cuba*. La colonia es declarada « plaza sitiada» y así se gobierna. Los capitanes generales tienen un poder casi omnímodo. Si son benévolo e ilustrados, así tratarán a los cubanos. Si son autoritarios y crueles, responderán a sus instintos. Entre unos y otros prevalece, sin embargo, la idea de que es peligroso abrir la mano. Los veteranos del Continente, los derrotados por Bolívar y San Martín, muchos de ellos repatriados a Cuba, suelen asegurar que el poder de España en América comenzó a resquebrajarse cuando las autoridades redujeron su control. La mano dura es el consejo que transmiten a Madrid: « palo y tentetieso» es la expresión más escuchada.

Ante esas circunstancias, muchos criollos, representantes de lo que entonces podía llamarse *la cubanidad*, comenzaron a mirar en otra dirección: los flamantes Estados Unidos, cuya gesta independentista no sólo admiraron, sino ayudaron con dinero y soldados. Las relaciones económicas ya eran mayores con los norteamericanos que con los españoles. Algunos cubanos preferían mandar a sus hijos a estudiar a Filadelfia o a Boston antes que a Madrid, predilección que Carlos IV trató de impedir mediante un decreto real. El desarrollo norteamericano era impresionante. La escuela, el tren y el juez llegaban de los norteamericanos. Era la modernidad, el progreso. Pero los cubanos habían visto algo aún más prodigioso: la rapidez y la habilidad con que la joven nación se había tragado a la Louisiana francesa y la Florida española. Habían vuelto a verlo en el caso de Texas y en la mitad norte de México. Estados Unidos, dueño de un poderoso metabolismo, parecía poder absorber sin dificultades a otros pueblos vecinos a los que inmediatamente incorporaba a su avasallador desarrollo. Y si los criollos cubanos blancos lo que ansiaban era la libertad –sin abandonar la esclavitud de los negros, por supuesto–, y si no estaba en sus planes crear un Estado independiente, ¿no era mucho más razonable sumarse a la joven potencia emergente que seguir siendo parte de un decadente imperio? Incluso, cómo pensar en la independencia si el panorama latinoamericano de entonces, plagado de tiranos y espantosas guerras civiles, confirmaba que la independencia, como había sentenciado Bolívar, era « arar en el mar» . El camino era obvio: había nacido el anexionismo. Cuba surgía como una nación en busca de otro Estado más hospitalario al cual adosarse. Pero ni siquiera era un fenómeno únicamente cubano. En todas las islas y en otros territorios de la cuenca del Caribe ocurría (y ocurre) un fenómeno similar. Los yucatecos y los dominicanos pidieron anexión a Estados Unidos. Incluso, décadas más tarde, durante el aquelarre de la Primera República española, hasta los líderes de la revuelta de Cartagena, en Murcia, enviaron su telegrama a Washington pidiendo incorporarse a la bandera de las franjas y las estrellas. En el State Department corrieron hacia un mapa mundi para averiguar dónde estaba ese maldito cantón de Cartagena.

A mediados del siglo XIX surgieron los primeros conflictos bélicos en territorio cubano. Estados Unidos acababa de arrebatarle a México la mitad de su territorio norte y los progresistas de la época lo aplaudían. El espasmo imperial del Destino Manifiesto tiene entonces grandes simpatías. A Marx, por ejemplo, le parecía que ésa era una noticia feliz para los proletarios. Los anexionistas cubanos fomentaron en ese momento las primeras expediciones contra España organizadas y lanzadas desde Estados Unidos. Las mandaba el general venezolano Narciso López, ex oficial del ejército español. La tropa, en cierta extensión, estaba formada por veteranos de la guerra de México. Los primeros « ¡Viva Cuba libre!» que se escuchan en la Isla tienen acento inglés y húngaro. *Libre* para ellos no quería decir independiente. El pueblo permanece indiferente. Los expedicionarios son extranjeros sin ninguna implantación en el país y sin la menor capacidad de convocatoria. Las tropas españolas, en las que hay numerosos cubanos, aplastan a los invasores. Los supervivientes son fusilados al amanecer. Más que patriotas en el sentido convencional del término, encajan en lo que por aquellos años se llamaba *filibusteros*. El americano William Walker, invasor solicitado por los nicaragüenses, sería el filibustero más famoso. Su tropa de choque la formaban 200 exiliados cubanos dirigidos por el general Domingo Goicuría, anexionista, filibustero, y, sin embargo, patriota cubano de pura cepa. Era tiempos de rarísimas aventuras y extrañas combinaciones ideológicas.

Una década más tarde cambia la percepción de Estados Unidos por parte de los criollos cubanos. Entre 1861 y 1865 tiene lugar la Guerra Civil norteamericana, y Lincoln pone fin a la esclavitud. En la Isla todo el mundo sabe que el fin de esa institución monstruosa es cuestión de tiempo. Lo que se discute es el cómo, el cuándo y la cuantía de las indemnizaciones a los propietarios de esclavos. En Estados Unidos, golpeados por los conflictos internos, disminuye la vocación imperial. Los mexicanos ahora ven a Washington como un aliado frente a la invasión franco-española que intenta entronizar la corona de Maximiliano, un noble austriaco. El anexionismo se debilita y cobra fuerza el autonomismo. Los liberales cubanos y sus correligionarios españoles intentan entenderse. Los criollos cubanos quieren libertades y autogobierno. Pretenden que sus voces se oigan en el Parlamento español. El modelo que tienen en la cabeza es el canadiense. Los españoles radicados en Cuba, los *integristas*, ven cualquier concesión como un paso peligroso hacia la independencia. En España temen perder a Cuba. Es uno de los territorios más ricos del planeta. Abundan los poetas, los novelistas y los dramaturgos, los polígrafos eruditos, hasta uno que otro sabio e investigador original. La sociedad ha generado suficientes excedentes como para sostener una cultura que posee cierta densidad. Con las rentas cubanas se han financiado las guerras carlistas y otros sangrientos desvaríos españoles. Los lazos económicos entre Madrid y La Habana son fortísimos. Unos cuantos capitales peninsulares se hacen en Cuba. Muchos de los políticos y militares españoles pasan por la Colonia a llenarse los bolsillos. Robar fuera de casa parece menos indigno. La Isla es muy próspera e inclinada a la modernidad. Por el enorme y lujoso Teatro Tacón de La Habana desfilan los mejores cantantes y artistas europeos. En ese mismo recinto, un catalán ingenioso pone a prueba el primer teléfono que registra la historia. Pero ni lo patenta ni continúa las investigaciones.

Liberales e independentistas

En 1868, con pocos días de diferencia, estalla la guerra en Cuba y la revolución en Madrid. En la Isla, el líder de los insurrectos es un abogado bayamés, Carlos Manuel de Céspedes, propietario de un pequeño ingenio azucarero. Los dos episodios tienen una clara relación, pero los cabecillas a ambos lados del Atlántico no logran ultimar los acuerdos. Comienza en la Isla la llamada *Guerra de los Diez Años*. Entre los insurrectos prevalecen dos actitudes: hay independentistas que quieren romper sus nexos con España y crear una república; hay también anexionistas que desean convertir a Cuba en un estado de la Unión americana. El general Ignacio Agramonte, la más vistosa figura de los *mambises*, como se les llama a los rebeldes en los primeros años de la guerra, se lanza al monte con la bandera norteamericana cosida en la chamarreta. La Constitución que ensguida escriben está inspirada en la de Estados Unidos. Al principio, ni siquiera se plantea con claridad el tema de la emancipación de los esclavos. Pero en la medida en que se prolonga el conflicto se fortalecen las tendencias independentistas y abolicionistas. Los negros son liberados y muchos se unen a los rebeldes. Otros muchos, unidos a criollos que no quieren la independencia, pelean junto a España. En el bando colonial hay hasta un general negro procedente de Santo Domingo. Es una guerra cruel y devastadora presidida por una lacerante paradoja política: la riñen cúpulas liberales a ambos lados de la contienda.

En 1878, exhaustos, los adversarios firman la paz en un sitio rústico llamado Zanjón. Los términos son honrosos y probablemente no había otra salida. Algunos mambises dirigidos por Antonio Maceo intentan continuar la guerra, pero a las pocas semanas fracasan y tienen que capitular. Los cubanos no han podido triunfar. Han hecho enormes sacrificios y han dado prueba de gran heroísmo, pero las disensiones internas y la dura resistencia del ejército español han sido

Definitivos. Los muertos se cuentan por decenas de millares y el país ha perdido gran parte de su riqueza, especialmente en las provincias orientales. Sin embargo, la guerra ha servido para tres cosas fundamentales: ha contribuido a forjar la nacionalidad cubana eliminando la opción anexionista del panorama político, ha integrado a los negros en esa nacionalidad, y ha creado una casta de héroes, presidida por el dominicano Máximo Gómez y por el general mulato Antonio Maceo, cuya memoria y ejemplo gravitarán varias décadas sobre la sociedad cubana. En un plano moral, quizá hasta nuestros días.

Estamos en los años ochenta del siglo XIX. Si la anexión a Estados Unidos había dejado de ser apeteccible, y si la conquista militar de la independencia no parecía posible, *la cubanidad*, muy fortalecida, retornaría a otro cauce de expresión ya presente en los sesenta: el autonomismo. Muchos independentistas se pasan al autonomismo. Hoy les llamáramos *possibilistas*. El autonomismo era la mayor cantidad de independencia que permitía la tozuda realidad. Estos autonomistas se inscriben dentro de un partido liberal que buscaba, de nuevo, libertades y autogobierno, y volvía a proponer como modelo el exitoso ejemplo canadiense. No había que romper las amarras con España ni interrumpir el comercio. Todo lo que había que hacer era fundamentar esos vínculos en el mutuo consentimiento y en los procedimientos democráticos. Tanto en España como en Cuba esa razonable propuesta comenzó a tener eco. Pero junto con las adhesiones se levantaban las protestas de siempre. Para muchos españoles (y para algunos criollos) Cuba, más que una parte de España, era una propiedad de España. Algo que ellos habían descubierto y civilizado, y, por lo tanto, les pertenecía como le pertenece una casa a quien la construye. No se abría, pues, espacio político a los cubanos en la conducción de sus asuntos.

Esta injusta situación sirvió de caldo de cultivo a un nuevo impulso independentista. Ahora el arquitecto es un joven abogado, poeta y periodista, notable orador, dueño y señor de una prosa nerviosa y enrevesada, clásica y modernista al mismo tiempo. Martí, hijo de españoles, nacido en La Habana en 1853, y exiliado, salvo un brevisimo paréntesis, toda su vida de adulto, especialmente en Estados Unidos, país al que admiró profundamente, pero del cual temía su vocación de dominio continental. Liberal y romántico, garibaldiano, Martí quería crear una república independiente, democrática y plural, concebida dentro de la fórmula jeffersoniana de numerosos propietarios agrícolas. Rechazaba el desorden y apreciaba a los comerciantes emprendedores y exitosos. Para esos fines —organizar la nueva y final guerra de independencia—, creó el Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, Tampa y Cayo Hueso, a principios de los noventa, e inmediatamente convocó a los viejos guerreros de la lucha anterior, y a las bisoñas generaciones a las que había bautizado como *pinos nuevos*, para dar juntos la embestida final contra España, pero siempre dejando en claro que su acendrado nacionalismo no era excluyente ni antiespañol.

Los resultados de los empeños martianos pueden calificarse como mixtos. Logró poner de acuerdo a los viejos héroes —una cosa casi milagrosa—, y organizó clandestinamente el alzamiento dentro de Cuba, pero las primeras y cruciales expediciones fueron interceptadas por la marina norteamericana en virtud de la Ley de Neutralidad, perdiéndose con ellas grandes cantidades de armamentos. Aún en esas condiciones, asediado por la sensación de abandono y fracaso, acompañado por un pequeño grupo de seguidores, desembarcó en Cuba en una pequeña chalupa, donde ya estaba en marcha la insurrección, y murió en el primer combate en que participó. No obstante, había dejado en el exilio, como una activa retaguardia, un eficaz grupo de independentistas que fue capaz de llevar a cabo dos difíciles tareas: recaudar fondos para abastecer a los rebeldes con numerosas expediciones clandestinas de nuevos soldados, armas y municiones, mientras mantenía funcionando una especie de *lobby* político, agudo y con talento para la intriga, encaminado a destruir la imagen de España y a obtener de Washington la condición de « beligerantes» legítimos de acuerdo con el derecho internacional.

La guerra fue durísima y se extendió enseguida por toda la Isla. Para tratar de dominar la revuelta, España recurrió al más severo de sus militares, un general pequeñoí y enclenque, pero tremendamente enérgico, llamado Valeriano Weyler, quien en sus días de agregado militar en Washington durante la Guerra Civil, y luego en la Guerra de los Diez Años en Cuba, había aprendido que la táctica del terror y de tierra arrasada era la más eficaz en este tipo de conflicto irregular en que la población apoya al enemigo, así que se embarcó en una campaña bélica devastadora. Aunque sus adversarios no eran manceos, al principio pareció tener éxito y sus hombres consiguieron matar en combate al legendario general Antonio Maceo, pero las noticias de su brutalidad, selectivamente reproducidas por la prensa amarilla, y las fotos espeluznantes de los campos de concentración en donde recluyó a poblaciones campesinas enteras, provocaron el horror de la sociedad norteamericana, y comenzaron a escucharse voces que pedían la intervención para detener la matanza. Algunas de esas voces estaban realmente inspiradas por la compasión. Otras escondían cierta voluntad anexionista. Los *jingostas*, nacionalistas a ultranza, convencidos de que a Estados Unidos le correspondía un destino superior, abrigaban la esperanza de apoderarse de Cuba, sueño en el que no estaban solos, pues los mexicanos de Porfirio Díaz, el eterno dictador vecino, pensaban también fagocitarse a Cuba. Circulaba entonces entre los norteamericanos un libro muy persuasivo que aseguraba que sólo prevalecían las naciones capaces de contar con una flota planetaria, como Inglaterra, pero la navegación a vapor exigía un rosario de bases carboneras para poder abastecer a esos buques. Para lograr ese objetivo, ¿qué fórmula mejor existía que la de arrebatarle a la vieja y cansada España los restos de su imperio en el Caribe y en el Pacífico?

En 1898 la guerra en Cuba había perdido intensidad, pero no estaba, ni con mucho, apagada. En el terreno político, sin embargo, habían ocurrido cambios espectaculares que indicaban el agotamiento de la metrópoli. Antonio Cánovas del Castillo, el *premier* español, tenaz defensor de no ceder un milímetro en Cuba, había sido asesinado a fines del año anterior por un anarquista italiano pagado por los insurrectos cubanos, y ahora gobernaba en Madrid el liberal Práxedes Mateo Sagasta, bastante más flexible y dispuesto a hacer concesiones. Una de ellas, la primera, recibida con un respiro de alivio de los cubanos y un alarido de furia de los integristas, había sido sacar del mando a Weyler, sustituyéndolo por un Capitán General con instrucciones de potenciar el Gobierno de los cubanos autonomistas, algunos de los cuales estaban en el exilio, adonde fueron a buscarlos, y comenzar a discutir fórmulas de paz con los independentistas. Pero frente a esa actitud « blandengue» —palabra utilizada en la prensa— los españoles integristas iniciaron una serie de actos de protesta y vandalismo contra periódicos de criollos y contra intereses norteamericanos a los que acusaban de haberse puesto junto a los cubanos « traidores». Ante esa situación, para calmar los ánimos, y como advertencia, Estados Unidos le propuso a España la visita de uno de sus buques de guerra al puerto de La Habana. A cambio, España enviaría otro similar a Nueva York. No se trataba de agraviar a Madrid, sino de amedrentar a los intransigentes españoles que impedían un desenlace pacífico al conflicto cubano.

El buque que llegó a Cuba era un acorazado clase B fabricado en los astilleros norteamericanos. El primero que construían con técnica genuinamente estadounidense. Lo llamaron *Maine*, como el estado nortño. No era el mejor barco de la Armada, pero se trataba de un buen buque de guerra, con unos impresionantes cañones. La noche del 15 de febrero de 1898 voló en pedazos y murieron varios oficiales y unos 260 marinos. El capitán, que estaba a bordo, resultó ileso. ¿Cuál fue la causa? Hay más de sesenta hipótesis y ninguna ha sido probada. En aquel momento España dio toda clase de explicaciones y con el informe de unos especialistas en la mano aseguró que no habían sido sus fuerzas, pues la explosión, de acuerdo con ellos, se originó dentro del buque. La marina norteamericana inició de inmediato una investigación y llegó a la conclusión contraria: se trató, afirmó, de una mina o de un torpedo, pues la explosión, según sus ingenieros navales, había sido de afuera hacia dentro. Aunque Washington no culpó oficialmente a España, la opinión pública norteamericana sí lo hizo. El viejo grito de guerra contra México, « *remember the Alamo*» se convirtió en « *remember the Maine*». Comenzaron los preparativos bélicos. Estados Unidos le dio un ultimátum a España para que renunciara a Cuba. En un último intento le ofrecieron a Madrid una recompensa de trescientos millones de dólares si abandonaba la Isla. España, ofendida no aceptó la oferta, entre otras razones, porque en Madrid prevalecía la superstición de que la pérdida de Cuba arrastraría a la Corona en su caída. Como la guerra parecía inevitable, el *lobby* independentista cubano se movió rápidamente para impedir que los Estados Unidos se apoderara de Cuba. Congreso y Senado aprobaron una resolución conjunta en la que se afirmaba que Cuba tenía derecho a la libertad política y a la independencia. Los insurrectos cubanos le notificaron a la Casa Blanca su entusiasta disposición a colaborar con las fuerzas invasoras. Poco después estalló la guerra hispanoamericana. Las flotas españolas fondeadas en Santiago de Cuba y en Manila, Filipinas, fueron hundidas en lo que tuvo más de ejercicio de tiro que de combate marítimo. Las tropas españolas situadas en las proximidades de Santiago pelearon bravamente. En pocas semanas España se rendía y el ejército norteamericano ocupaba la Isla. Terminaban cuatro siglos de dominio español en Cuba. Quienes entregaron las llaves de la ciudad de La Habana, por cierto, fueron los autonomistas cubanos, los únicos criollos que no parecían muy satisfechos con la presencia norteamericana. Los independentistas, con pocas excepciones —como ha señalado el historiador Rafael Rojas—, aplaudieron a rabiar. Sin embargo, la situación de los independentistas cubanos era ambigua. Los españoles habían perdido la guerra, pero no frente a ellos, sino frente a los norteamericanos. El Ejército Libertador, como se llamaba a los mambises, no tenía poder ni dinero, y muy pronto tuvo que disolverse, destino similar al ocurrido a su brazo político, el Partido Revolucionario Cubano. El Gobierno de la República en Armas no fue tomado en cuenta en el Tratado de París, firmado entre Washington y Madrid en diciembre de 1898, documento en el que se establecieron las condiciones de la paz. En esa reunión España le planteó a Estados Unidos que no le concediera la independencia a los cubanos, de la misma manera que no se la pensaba conceder a Puerto Rico. Estados Unidos explicó que había contraído un compromiso público con la independencia de Cuba y no podía revocarlo. Los españoles temían represalias y pensaban que sus intereses estarían mejor protegidos si Cuba se convertía en un estado norteamericano en vez de en una república independiente. Curiosa ironía: en ese momento los anexionistas eran los españoles. A los norteamericanos les preocupaba, realmente, la responsabilidad que contraían con las vidas y las propiedades de los españoles avvicindados en Cuba. Ellos las garantizaban, pero cómo mantener esas garantías si se establecía en Cuba un estado soberano que podía ignorarlas. La solución fue crear una ley que legitimara la intervención norteamericana en Cuba ante determinadas conductas contrarias al Derecho o a la estabilidad social. Más que una ley era una espada de Damocles que amenazaba a los cubanos conminándolos al buen comportamiento. Esa ley, aplaudida por los españoles, solicitada por el presidente Roosevelt y presentada por el senador Orville Platt como una enmienda a una partida del presupuesto militar norteamericano, luego tuvo que ser añadida, a regañadientes, en forma de apéndice, la famosa Enmienda Platt, a la Constitución que los cubanos se dieron en 1901. Fue la condición que impuso Estados Unidos para transmitir la soberanía a los cubanos: crear, sin decirlo, una especie de protectorado. Lo que no sabían Platt ni los políticos norteamericanos era que los cubanos muy pronto comenzarían a utilizar el peso de esa amenaza para sus propias batallas políticas.

La República levantisca

La República, finalmente, se inauguró el 20 de mayo de 1902. La situación del país era difícil, pero muy prometedora. La población era de aproximadamente un millón trescientas mil almas. Casi cien mil exiliados habían regresado, y muchos de ellos poseían pequeños capitales o habían adquirido en el extranjero valiosas experiencias laborales. El nivel de alfabetización era mayor que el de la propia España, y los casi cuatro años de intervención norteamericana habían servido para organizar la administración pública y para echar las bases de un sistema sanitario que en ese momento ya era el más eficiente de Hispanoamérica. Un sabio cubano, Carlos Finlay, había descrito el complejo modo de transmisión de la fiebre amarilla, y los médicos norteamericanos, con el sacrificio de sus propias vidas, habían demostrado la validez de sus hipótesis, aunque sin darle al criollo el crédito científico que merecía. El mayor flagelo de Cuba —esa terrible enfermedad— comenzaba a desaparecer. Cientos de maestros fueron llevados a Harvard para adquirir destrezas pedagógicas. El presidente electo fue un protestante recto y terco, ex coronel de la Guerra de los Diez Años, episodio en el que su madre murió de desnutrición en un calabozo español, ex presidente de la República en Armas, maestro y propietario de escuela en Estados Unidos durante su largo exilio, y sucesor de José Martí —quien lo distinguía tremendamente— al frente del Partido Revolucionario Cubano. Era el candidato favorecido por Estados Unidos y se llamaba Tomás Estrada Palma. Gobernó honradamente, en medio de todo género de dificultades con una clase dirigente ávida de poder y sin experiencia política o administrativa —casi todos cortidos veteranos de la guerra—, pero en 1906 trató de reelegirse mediante procedimientos dudosos, dando lugar a un alzamiento de vastas proporciones —la guerra de 1906— y, como consecuencia, a una segunda intervención norteamericana, esta vez arrastrada a la Isla por los dos bandos en pugna. Teddy Roosevelt, ex combatiente de la guerra cubana, presidente de Estados Unidos, más maduro, menos impulsivo, y Premio de la Paz por su mediación en el rehñidero ruso-japonés, intentó sin éxito mantener a su país al margen del conflicto. No pudo, y comenzó a darse cuenta de que la espada de Damocles, esto es, la Enmienda Platt, era un arma de dos filos que también colgaba en el Salón Oval de la Casa Blanca.

Otra vez Estados Unidos pacificó a la Isla, pero en este caso los métodos no fueron muy ortodoxos. Comenzaron por comprarles los caballos y las armas a numerosos alzados —una táctica ingeniosa, pero poco honrosa—, y luego siguieron « apaciguándolos» con privilegios y sinecuras. El único hijo de José Martí, un valiente muchacho que en la guerra había peleado a las órdenes de Calixto García, se convirtió en el edecán de William Taft, prócónsul norteamericano en Cuba y más tarde presidente de su país, lo que colocó al joven Martí en camino del generalato y, en su momento, de la jefatura del Ejército. Dato que no era de extrañar, pues casi todo el círculo íntimo de Martí —Estrada y Gonzalo de Quesada—, quizá por la experiencia norteamericana, era lo que hoy calificaríamos de *proyanqui*.

La corrupción, que tenía una vieja y robusta raíz ibérica, reverdeció instantáneamente tras la segunda intervención. En 1909 se celebraron elecciones nuevamente y salió electo un popularísimo general de la última guerra: José Miguel Gómez. Era uno de los mambises que había participado en más batallas —llegó a librar 17 escaramuzas en un solo día—, famoso por su habilidad como estrategia militar, puesto que jamás fue derrotado, pero conocido como « Tiburón» por sus mañas políticas. Gómez fue el sucesor de Maceo tras su muerte en combate y, de cierta forma, heredero del viejo prestigio del Partido Revolucionario Cubano creado por Martí, antecedente del que él y sus correligionarios se sentían y proclamaban legatarios, puesto que casi toda la estructura de esa organización se había fundido con el Partido Liberal creado por « Tiburón».

En el terreno económico la situación del país no era alarmante. Continuaban llegando inversiones del exterior, generalmente de Estados Unidos, mientras fluía una incesante riada de laboriosos inmigrantes españoles, casi todos gallegos, canarios y asturianos que veían en Cuba unas oportunidades que no encontraban en España. El Gobierno, a su vez, fomentaba esa inmigración para « blanquear» a la sociedad cubana con una mayor proporción de blancos que mulatos o negros, pues el balance racial era una de las mayores preocupaciones de los blancos desde tiempos de la colonia. El gobierno liberal de Gómez fue acusado de corrupción por los conservadores —se había formado una estructura política bipartidista, sólo atemperada por la tendencia incontrolable de los liberales a quebrarse en facciones—, pero el suceso más grave y bochornoso de esos años fue la *Guerrita de los negros*, desatada en 1912 cuando unos veteranos de color, primero intentaron inscribir un partido fundado en la raza, y al no poder hacerlo se alzaron en armas. El incidente se saldó con tres mil negros muertos, de los cuales las tres cuartas partes fueron sacados de sus casas y asesinados por el ejército. Tres personajes adquirieron fama de duros en aquella penosa contienda: el general José de Jesús Montegudo, que dirigió la represión, el general Gerardo Machado, ministro de Gobernación, y Arsenio Ortiz, un implacable oficial que años más tarde sería uno de los mayores criminales políticos de la historia de Cuba. La matanza de negros fue detenida por presiones de Estados Unidos, que amenazó con intervenir otra vez si no se ponía fin a la masacre.

A Gómez lo sucedió en la presidencia otro prestigio general, Mario García-Menocal líder de los conservadores, ingeniero graduado en Cornell y exitoso empresario azucarero. Durante su primer mandato (1913 – 1917) Menocal vio el auge económico provocado por los precios del azúcar durante la Primera Guerra mundial, convirtiéndose Cuba en el país del mundo con mayor índice de comercio exterior per cápita. Se le llamó a esa etapa la *danza de los millones*. Se creó la

Cuba la *intelligensia* económica y política, veces sin saberlo, era keynesiana y cepalista. El entorno de Prío lo era.

El gobierno de Prío, sin embargo, aunque en muchos aspectos pudiera calificarse como progresista, padeció un enemigo que Grau no tuvo que enfrentar con la misma intensidad: los comunistas. Los comunistas, ambiguos y oportunistas en la lucha contra Machado, habían sido los aliados de Batista, el archienemigo de auténticos y ortodoxos, pero en ese momento, 1948, tras el bloqueo soviético a Berlín, se había declarado la llamada Guerra Fría, y Washington se aprestaba a reclutar aliados para poder librarla con éxito. Como la batalla era planetaria, y América Latina no podía evadirse, los estrategas del Departamento de Estado llegaron a la conclusión de que sus mejores compañeros de lucha eran los que entonces se encuadraban en la llamada *izquierda democrática*. Es decir, los partidos y líderes que sostenían un lenguaje populista, reivindicador de los intereses populares, con matices socialistas, incluso de orígenes marxistas, siempre que fueran respetuosos de las formalidades democráticas y enemigos, por supuesto, de Moscú. Eso era el partido venezolano Acción Democrática, Liberación de Costa Rica, el APRA peruano de Victor Raúl Haya de la Torre y el autenticismo de Grau, y, sobre todo, de Carlos Prío. Prío, pues, imprimió a su gobierno un fuerte signo anticomunista, concertó su política exterior con Washington y con la izquierda democrática latinoamericana, y desplazó a los « camaradas» de los sindicatos, recurriendo a veces a medidas discutiblemente legales, aunque su gobierno siempre fue, en lo fundamental, respetuoso con los derechos humanos.

En 1952 el país vivía un período de bonanza económica impulsado por la guerra de Corea, disfrutando de unos niveles de prosperidad semejantes a los de Italia, mientras duplicaba la renta per cápita de España. Había, sin embargo, bolsones de pobreza en las zonas rurales y un alto índice de desempleo, o de empleo parcial relacionado con la zafra azucarera, que ese año había pasado los siete millones de toneladas. En todo caso, de acuerdo con los índices de la época compilados por la ONU, Cuba quedaba clasificada, tras Argentina y Uruguay, como la tercera nación más desarrollada de América Latina, y estaría situada en el vigésimo quinto lugar entre todas las del mundo, no sólo en los fríos aspectos de las informaciones económicas, sino también en los sociales: niveles de alfabetización, escolaridad, alimentación, consumo de electricidad, cemento, periódicos, etcétera. La Habana era una ciudad divertida y luminosa que recibía decenas de miles de turistas, con un denso tejido comercial y el país poseía una creciente industria que fabricaba unos diez mil objetos diferentes, aunque el azúcar seguía siendo la principal fuente de ingresos. No obstante, poco antes de terminar su mandato, la popularidad del gobierno de Prío estaba bajo mínimos. La ortodoxia, aún tras el suicidio de Chibás, parecía destinada a ganar las elecciones inminentes, pues el general Batista, el otro candidato importante en la contienda, apenas despertaba el interés de los votantes. Había pasado su momento. Pero el general, ante su inevitable derrota, pretextando los crímenes políticos—habían asesinado a un popular congresista y ex ministro, Alejo Cossío del Pino—, y acusando a Prío de corrupción y de una inverosímil confabulación con los militares para desconocer el resultado de las elecciones que tendrían lugar el 1 de junio, se puso al frente de un golpe de Estado, planeado por otros oficiales más jóvenes, y el 10 de marzo logró derribar por la fuerza al Gobierno legítimo de Cuba. La madrugada del golpe, y durante las horas que le siguieron, Prío trató febril e inútilmente de organizar la resistencia, pero muy pocos militares respondieron a su llamado, y, por encima de todo pudo comprobar un hecho descorazonador: el grueso de la ciudadanía, anestesiado por las denuncias de corrupción, cansado de promesas incumplidas, hastiado de la « política», se mostraba indiferente ante el secuestro de sus libertades. Sólo uno pequeño grupo de estudiantes parecía dispuesto a empuñar las armas para defender la democracia, pero estimularlos a la lucha hubiera sido llevarlos al matadero y ése no era el talante de Prío.

« Todos los políticos son iguales», se oía decir con desaliento en los pueblos y ciudades de Cuba. Tal vez Batista, que fue temido, pero nunca querido por los cubanos, podría poner cierto orden en el país. Así, con esa mezcla de resignación y escepticismo, fue recibido su ascenso al poder. Su nombre se asociaba con la autoridad de fusta y calabozo. El golpe costó un par de vidas humanas. Prío y su familia marcharon al exilio. En Miami, muchos años después, como Chibás, Prío también se mató de un balazo. Estaba deprimido, pero no se le notaba. La historiografía cubana le debe una exhaustiva biografía. Fue cordial hasta el último minuto de su vida.

diferentes estamentos de la sociedad cubana iban inexorablemente cerrando filas en su contra, y chocó también contra la tenaz labor de zapa de un Castro empeñado en triunfar con las armas en la mano. El « diálogo cívico », pues, se ahogaba entre dos monólogos excluyentes: el de los golpistas que habían conquistado el poder por la fuerza y se sentían insolentemente seguros, y el de los insurreccionalistas que planeaban quitárselo del mismo modo violento. Pero esa doble intransigencia no parecía reflejarse en el panorama social. La economía marchaba bien, la riada de turistas aumentaba, crecían los polos de desarrollo en ciudades como Santa Clara u Holguín, en La Habana se fabricaban rascacielos, pero nada de esto repercutía en las simpatías de la sociedad hacia el gobierno. Más aún: la mayor cuota de rechazos a Batista se daba, precisamente, en los niveles sociales medios y altos, mientras su tenue zona de respaldo estaba localizada en los niveles sociales bajos.

Esta división se observaba de una manera curiosa entre los católicos y los practicantes de religiones afrocubanas. La Iglesia católica, que desde los años cuarenta había desarrollado una intensa labor en la estructuración de un laicado comprometido con la acción social, tenía a toda su batería de organizaciones colocada frente al gobierno de Batista: la JOC (Juventud Obrera Católica), la JEC (Juventud Estudiantil Católica), la JAC (Juventud de Acción Católica) y la ACU (Agrupación Católica Universitaria). Mientras predominaron las tendencias electoralistas, estas instituciones participaron activa y abiertamente en la lucha cívica y política frente a la dictadura, dieron a conocer nombres de jóvenes católicos muy respetados como Ángel del Cerro, José Ignacio Rasco y Andrés Valdéspino, pero algunos de sus dirigentes no vacilaron luego en sumarse a la contienda armada cuando se hizo evidente que el desenlace vendría, precisamente, por el lado de la fuerza. Sin embargo, mientras ésta era, en líneas generales, la posición de los católicos militantes, los santereros, abakúas y otros creyentes en ritos afrocubanos, no parecían incómodos con el general Batista. Al fin y al cabo, la mayor parte de los soldados del ejército eran personas de raza negra que encontraban en la institución armada una forma de escapar de la pobreza extrema, y a Batista se le veía como un mestizo de humildísimo origen que había conseguido escalar la más alta posición del país.

Fracasado el « diálogo cívico », Fidel vio expeditas las puertas para la insurrección, pero no estaba solo en esa conclusión. Un grupo de militares profesionales, casi todos formados en academias norteamericanas, intentó sin éxito dar un golpe de Estado bajo la dirección del coronel Ramón Barquín. Se conocían como los *puros*. Por aquel entonces se multiplicaron los atentados y las bombas, algunas criminalmente colocadas en sitios públicos. El jefe de los servicios de inteligencia del ejército, el coronel Blanco Rico, fue liquidado por dos estudiantes, Rolando Cubelas y Juan Pedro Carbó Serviá, al salir de un céntrico cabaret habanero, y otra señora resultó herida en el atentado. A estos actos la policía respondía con más crímenes y torturas. Un grupo de auténticos, dirigidos por Reynol García, trató de apoderarse del cuartel Goicuría en la provincia de Matanzas, y varios asaltantes murieron en el intento o fueron ejecutados después de la captura. Tras el ataque fracasado hubo un aumento exponencial de la represión oficial.

Como reza la expresión inglesa, la política seguía haciendo « extraños compañeros de cama »: en la República Dominicana, los auténticos de Prío habían establecido una rara complicidad con Trujillo y preparaban una expedición a cargo de Eufemio Fernández, una de las personas que varios años antes intentara derrocar al propio Trujillo con la invasión preparada en Cayo Confite.

Fidel, tras varios tropiezos con la policía mexicana, finalmente lograba el acopio de armas y de unas cuantas docenas de hombres para zarpar rumbo a Cuba. El impulso final le vino con cien mil dólares aportados por Prío, de los cuales quince mil fueron dedicados a adquirir el yate *Granma*, un viejo navío de recreo de 20 metros de eslora comprado a un norteamericano. La noche de la partida fue el 24 de noviembre de 1956. Previamente había declarado que pronto serían héroes o mártires. Lo de « pronto » no era un deslíz, sino una convicción. Estaba seguro de que a su llegada habría alzamientos en toda la nación. Pocas semanas antes de zarpar había firmado el Pacto de México con José Antonio Echeverría, a punto de fracasar por la insistencia de Fidel en incluir a los comunistas, condición que Echeverría no aceptó; y había recibido la visita de Frank País, quien se proponía levantar en armas a Santiago de Cuba. La idea de una larga lucha de guerrillas no estaba entre los planes de Castro. Su propósito era desembarcar por Niquero, avanzar hasta Manzanillo, que ya estaría en manos rebeldes, y triunfar en un breve período. Librar una guerra de guerrillas no entraba en sus cálculos. No contaba para ello con una infraestructura en el exterior capaz de abastecerlo de armas y municiones. Con gran optimismo, pensaba que sería una operación de varios días o semanas a lo sumo.

El 30 de noviembre Frank País demostraba que hablaba en serio cuando se comprometió a tomar la ciudad de Santiago de Cuba. Con unos trescientos jóvenes, casi todos de los niveles sociales medios y altos de la ciudad –dato que luego preocupó al Gobierno–, ocupaba edificios públicos, o los incendiaba, y ametrallaba cuarteles sin que la policía, dominada por el pánico, supiera cómo controlar la insurrección. La juventud santiaguera lo apoyaba y admiraba: Fernando Bernal, Fernando Vecino, Jorge Sotís estaban con él. Todos fueron luego a Sierra Maestra. Dos días duró la embestida revolucionaria, milagrosamente saldada con muy pocos muertos, pero el ejemplo no « se extendió como la pólvora », tal y como suponía Fidel que ocurriría, ni tuvo éxito la huelga general que algunos líderes obreros vinculados a Castro intentaron proclamar. El *Directorio* de Echeverría tampoco dio señales de vida –comportamiento que Fidel le reclamaría posteriormente a José Antonio–, de manera que el 2 de diciembre, cuando el yate *Granma* con Fidel y otros ochenta y un expedicionarios se acercaba a las costas del sur de Oriente, no muy lejos de donde había desembarcado Martí sesenta años antes, el gobierno de Batista ya estaba recuperado del enorme susto que había sufrido unos días antes en la capital de la provincia.

El desembarco casi pudo calificarse como un naufragio. Llegaron al sitio inoportuno –una playa nada propicia para estos afanes–, y enseguida fueron avistados por una vieja fragata que abrió fuego. Apresuradamente, recogieron los pertrechos que pudieron y se internaron en las estribaciones de la Sierra Maestra. No había plan. No había guías ni mapas. Comenzó entonces una cadena de torpes improvisaciones sólo equiparables a las que cometía el alto mando del ejército adversario. El propio Batista, en su palacio de La Habana, pidió un mapa de la zona y le trajeron uno de los que regalaban en las gasolineras. No era una genuina carta militar, pero él tampoco era el mariscal Erwin Rommel. Jamás había estado en combate y no tenía formación táctica. Pero nada de esto le impidió decidir la estrategia inicial: algunas unidades del ejército perseguirían a los expedicionarios partiendo del lugar del desembarco en dirección a las montañas. Un oficial sugirió que hicieran lo opuesto: que los persiguieran desde la montaña hacia el mar, para obligarlos a concentrarse en un punto sin salida. Era lo lógico. Empujarlos hacia las montañas era conducirlos hacia un escondite natural. Empujarlos hacia el mar era llevarlos a una trampa sellada.

La oposición se evaulentona

Batista sonrió e inició un peligroso juego de ratón y gato. Para él se trataba de un episodio político. A esas alturas ya sabía que los invasores eran unas cuantas docenas de jóvenes inexpertos, dirigidos por un « gángster ortodoxo con fama de loco », como lo describió uno de sus ayudantes. Algunos de los expedicionarios habían sido capturados y se conocía perfectamente el escaso armamento que portaban. ¿Qué riesgo corría su gobierno si los expedicionarios conseguían llegar a la Sierra Maestra y permanecían en escondidos en aquellos parajes remotos e inhóspitos? Incluso, podía resultarle altamente beneficioso. Esa guerrilla « viva » en Sierra Maestra, lejos de los centros urbanos, le servía para dividir a la oposición y para justificar su férrea negativa a celebrar elecciones anticipadas, como continuaban piéndole los electoralistas. ¿Cómo adentrarse en un proceso de negociación política con la oposición mientras existía en el país un estado de guerra? Más aún: la guerrilla de Castro le venía como anillo al dedo para otros dos fines perfectamente articulados. Ahora podía suspender a su antojo las garantías constitucionales, invocando una situación de excepcional emergencia, y, lo que resultaba inconfesable, le era sumamente útil para aprobar presupuestos especiales de guerra que no tenían que someterse al escrutinio de la Contraloría General de la República. Castro, pues, también servía para robar. Le servía a Batista y a muchos de los militares del primer círculo del poder.

Esa actitud de negligente complacencia duró unos cuantos meses de escasos combates y mínima persecución. Los suficientes para que los sobrevivientes del desembarco del *Granma* que no fueron capturados –una veintena– logranan agruparse, aclimatarse, crear sus redes de aprovisionamiento, y nutrir poco a poco sus filas con nuevos combatientes, mientras un importante corresponsal de *The New York Times*, Herbert Matthews, convertía a Castro noticia de primera página en Estados Unidos con una serie de artículos en los que presentaba al líder cubano como un demócrata reformista sin intenciones totalitarias. Ese fenómeno, la mera pervivencia de Castro y su grupo, el simple hecho de que el ejército no los hubiera barrido, tuvo un efecto definitivo para la oposición. En primer término, decantaba totalmente el equilibrio de fuerzas a favor de los insurreccionalistas. Y en segundo, desbarataba el viejo *dictum* político que aseguraba que « se podía hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército ». Fidel Castro y su improbable guerrilla demostraban que se podía hacer una revolución contra el ejército, especialmente contra el de Batista, que, aunque contaba con algunos oficiales valerosos y bien preparados, no era más que una vacía maquinaria opresiva, dirigida por jefes deshonestos capaces de algo tan vil como venderle al enemigo los planes de las ofensivas o silenciar sus propias bajas para seguir cobrando el miserable salario que continuaban recibiendo los soldaditos muertos.

Tras la consolidación del frente guerrillero en Sierra Maestra, la oposición insurreccionalista se evaulentonó, estableciéndose un clima de cierta competencia entre los grupos adversarios a Batista, preocupados por la preponderancia que adquiría Fidel Castro. Es entonces cuando el Directorio Revolucionario y los grupos auténticos, combinando sus esfuerzos, lanzan un ataque comando contra el palacio presidencial encaminado a ejecutar a Batista. El experto militar que lo dirige es un joven español, excombatiente de la Guerra Civil y ex resistente en Francia –su tanque es el primero que entra en París tras la liberación–, llamado Carlos Gutiérrez Menoyo, exiliado en Cuba junto a su familia poco después del fin de la Segunda Guerra mundial. Gutiérrez Menoyo, como otros desterrados españoles, está relacionado con el prismo, y es de esta fuente que se obtienen los fondos y las armas para la operación. El segundo al mando es Faure Chomón, uno de los dirigentes del *Directorio*. También participa en el ataque José Antonio Echeverría, pero con la misión de tomar una popular estación de radio para comunicar la desaparición del tirano y convocar al pueblo al levantamiento.

El ataque fracasa y mueren treinta y cinco revolucionarios –entre ellos Carlos Gutiérrez Menoyo y José Antonio Echeverría–, mientras sólo caen cinco soldados, pero el Gobierno, irritado y asustado, da entonces un paso muy peligroso que acabará por debilitar casi totalmente la tendencia electoralista: esa noche un grupo de la policía secuestra y asesina a Pelayo Cuervo Navarro, prestigioso presidente del Partido Ortodoxo con quien hubiera sido posible buscar una solución pacífica y honorable a los conflictos del país. De alguna manera, Batista había cruzado el Rubicón. Por su parte, a los miembros del *Directorio* que salvaron la vida, la fallida experiencia del ataque a Palacio los conducía a una conclusión inevitable: la oposición armada más eficaz, y en cierta forma la más segura, no era el enfrentamiento clandestino en las ciudades, siempre al alcance de unos implacables cuerpos represivos, sino la lucha guerrillera en las montañas, tal y como Fidel la estaba llevando a cabo. Y quienes más tarde se ocuparían de formar el frente del *Directorio* serían Eloy, el hermano menor de Carlos Menoyo o un muchacho valiente de apenas veintidós años, Faure Chomón y Rolando Cubelas, un estudiante de medicina que se convertiría en uno de los más famosos jefes guerrilleros en la sierra del Escambray situada en el centro del país.

Cuando Fidel supo del ataque a Palacio reaccionó airado y calificó la acción como un acto peligrosamente temerario. En realidad, se daba cuenta de que, de haber triunfado el *Directorio*, lo probable es que auténticos y ortodoxos hubieran vuelto a dominar la escena política, relegando al Movimiento 26 de julio a un segundo plano. Para él era obvio que la muerte de Batista en esas circunstancias significaba, si no su propia muerte política, al menos una disminución de su protagonismo. Y los comunistas pensaban más o menos de la misma forma, pero con cierto agravante: el PC no ignoraba que quienes asaltaron Palacio eran fundamentalmente anticomunistas, de manera que la dictadura hubiera sido sustituida por otros no tan encubiertos enemigos.

Tras el ataque a Palacio hubo un formidable incremento de las actividades clandestinas en las ciudades, pero ahora con un signo distinto: *el llano* –para distinguirlo de quienes estaban en las montañas– se organizaba para auxiliar y abastecer a las guerrillas. Los conspiradores urbanos ya no forman grupos surgidos para dirigir la lucha, sino para ponerle el hombro a la cabeza de la insurrección, incuestionablemente situada en Sierra Maestra. Es así como surge la Resistencia Cívica, un vasto grupo de profesionales de todas las ramas, dirigido primero por Raúl Chibás, un educador, hermano menor de Eddy, y luego por los ingenieros Manuel Ray y Enrique Oltusky. Resistencia Cívica crece rápida y eficazmente en cada provincia, reclutando entre sus cuadros a personalidades como el joven abogado camagueyano Carlos Varona Duquestrada o el cineasta y publicitario habanero Emilio Guede, jefe de propaganda en La Habana. Entre ellos prevalece una clara pasión democrática y una voluntad de servicio público. Son, generalmente, anticomunistas, y empiezan a escuchar con preocupación que en la Sierra Maestra hay una facción marxista en la que se destacan un argentino apellidado Guevara, ya conocido como el *Che*, y hasta Raúl propio hermano menor de Fidel.

En efecto, es en ese momento en el que comienza la fricción más o menos abierta entre los revolucionarios comunistas y los demócratas. Frank País, al frente del Movimiento 26 de julio Oriente, la segunda figura del grupo, descubre indignado que un comunista llamado Antonio Clergé estaba distribuyendo propaganda marxista entre los militantes, y ordena que lo eliminen. La ejecución no se lleva a cabo por la intervención del abogado Lucas Morán Arce, hombre ecuaníme y honrado, muy próximo a Frank País, quien en nombre de la armonía política le ruega que revoquen esa orden. País accede, pero le explica sus razones: ve con gran temor la creciente infiltración de los comunistas en el Movimiento 26 de julio, y cree que la mejor manera de evitar un gran conflicto posterior es cortar inmediatamente por lo sano y provocar súbitamente el contronozco entre las dos facciones. Irónicamente, meses más tarde, cuando Morán se une a la guerrilla y comprueba el grado de penetración de los comunistas vinculados a Raúl, y se horroriza con la facilidad con que éste fusila a supuestos colaboradores del ejército de Batista –una actitud paranoica que Morán califica de stalinista–, es él quien será la víctima, pues lo juzgan sumariamente y lo envían de regreso a Santiago de Cuba con la intención de que lo asesine la policía de Batista, algo que, felizmente, no llega a suceder por la sorpresiva caída del régimen.

Tras la muerte de Frank País, su sucesor, René Ramos Latour (*Daniel* en el clandestinaje), mantiene un enérgico intercambio epistolar con el Che a propósito del comunismo. Guevara, que no oculta sus inclinaciones, le escribe una explícita carta, teñida con cierta fanfarronería intelectual, en la que dice: « Pertenezco por mi preparación ideológica a los que creen que la solución de los problemas del mundo está detrás de la llamada Cortina de Hierro y tomo este movimiento como uno de los tantos provocados por el afán de la burguesía de liberarse de las cadenas económicas del imperialismo. Consideré siempre a Fidel como un auténtico líder de la burguesía de izquierda, aunque su figura está realzada por cualidades personales de extraordinaria brillantez que lo colocan muy por arriba de su clase.» Ramos Latour le contesta con firmeza: « No es ahora el momento de discutir dónde está la salvación del mundo. Quiero sólo dejar constancia de nuestra opinión, que por supuesto es enteramente distinta a la tuya... Nosotros queremos una América fuerte, dueña de su propio destino, una América que se enfrente aliva a los Estados Unidos, Rusia, China o cualquier potencia que trate de atentar contra su independencia económica. En cambio, los que tienen una “preparación ideológica” piensan que la solución a nuestros males está en liberarnos del nocivo dominio yanqui por medio del no menos nocivo dominio soviético» . Poco después de esta carta, a Ramos Latour le ordenaron una misión guerrillera prácticamente suicida y, en efecto, perdió la vida en combate. En la Sierra Maestra, sin embargo, oficialmente se manejarán proyectos políticos y económicos para el futuro del país que distan mucho de ser programas comunistas. Felipe Pazos, un economista keynesiano, muy dentro del espíritu cepalano de la época, pero absolutamente demócrata en sus planteamientos políticos, es el

optimismo el futuro. Pero ésa es una verdad parcial. Con el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 Batista abrió la Caja de Pandora. Con su fuga del 1 de enero de 1959 dejó a la República inerme, sin instituciones y con todos los demonios revoloteando por la Isla.

Cuando Castro tuvo noticia de la fuga de Batista no se apresuró a volar a La Habana para sustituirlo. Envío a Camilo Cienfuegos y al Che desde Santa Clara –a mitad de camino de Sierra Maestra– a ocupar las principales instalaciones militares, mientras él, cautelosamente, casi parsimoniosamente, dedicó varios días a medir y aumentar sus fuerzas en un lento recorrido a lo largo de la Isla. La propaganda había establecido que tenía miles de seguidores, pero él sabía la verdad profunda: nunca había contado con más de unos cuantos centenares de guerrilleros. Todo había sido inteligente y deliberadamente exagerado. Se había acuñado la cifra de 20 000 muertos debidos a la dura mano de Batista, pero el número real estaba por debajo de los 1 800, infartos incluidos, y contando las víctimas de ambos bandos. Pronto la revista *Bohemia* recogería el exacto guarismo, con todos los nombres y apellidos. Cuba era demasiado pequeña para esconder cadáveres. Ni siquiera era posible erigirle un monumento al heroico revolucionario desconocido porque todos se conocían íntimamente. En todo caso, cuál era, realmente, en ese momento, el peso específico de Castro en la sociedad cubana? Antes de la lucha insurreccional Fidel había sido un controversial dirigente político juvenil sin ninguna influencia nacional: ¿qué apoyo tenía ahora entre los cubanos tras los sucesos del Moncada y los dos años que había pasado en Sierra Maestra? Por otra parte, Batista se había ido, pero su ejército de casi cuarenta mil hombres permanecía prácticamente intacto. Castro tampoco conocía las intenciones de los norteamericanos, aunque los síntomas más obvios indicaban que esta vez iban a abstenerse de intervenir. Pero más que los enemigos lo que acaso preocupaban eran los «amigos»: ¿qué iban a hacer Carlos Prío, el *Directorio*, el Segundo Frente del Escambray? ¿Reclamaría Prío la presidencia que Batista le había arrebatado para terminar su mandato y convocar a elecciones? Había, sí, el Pacto de Caracas, pero la súbita victoria dejaba un vacío de poder que hubiera podido tentar a cualquiera de los otros grupos. Castro, mientras sopesaba su propio respaldo popular, fue estudiando las reacciones de todos los factores de poder en la medida en que lentamente se acercaba a La Habana.

Esta especie de peregrinación tuvo un asombroso efecto catalizador. A cada paso que daba, a cada pueblo que llegaba, más cubanos emocionados se le unían, dando muestras de una total adhesión política. En la ciudad de Holguín lo intercepta para entrevistarlo un reportero de la revista *Bohemia*, Carlos Castañeda, ex compañero del Partido Ortodoxo, y Fidel le hace una pregunta reveladora e ingenua: «¿Crees que Miguel Quevedo [el director] me dará la portada?» El periodista, conocido en Cuba por una entrevista exclusiva que le había hecho al presidente Harry Truman, se asombra y le confirma lo que Castro intuye, y pero todavía no sabe con precisión: «Claro, Fidel, ¡tú eres la cabeza indiscutible; te dará la revista completa.» Y así era. Así comenzaban a percibirlo los cubanos. Cuando Castro llega a La Habana el 8 de enero, el país entero está postrado a sus pies. Ya no hay más liderazgo que el suyo. Carlos Prío es una referencia antigua. Grau no existe. Es apenas una voz cascada por el descrédito. Ya nadie se acuerda del Pacto de Caracas ni a nadie se le ocurre poner en duda la legitimidad del Gobierno que surgirá de las decisiones de Fidel Castro. Los otros grupos revolucionarios inclinan la cabeza. El *Directorio* hace algunos amagos por controlar ciertos simbólicos centros de poder –el palacio presidencial, la universidad– pero, tras los primeros forcejeos, los dirigentes admiten su derrota y se someten a la unidad que exige-la-patria. Es decir, aceptan la jefatura del 26 de julio y de quien en ese minuto comienzan a llamar el *Máximo Líder*. Fidel tiene el apoyo casi total de la opinión pública y de todos los medios de comunicación. Es el amo absoluto del país y nadie se atreve a cuestionar o siquiera a preguntar de dónde emana su legitimidad para formar gobierno en solitario: es el héroe victorioso.

¿Qué tiene que hacer en ese momento? Se asigna varias tareas, y todas simultáneas y urgentes: crear un gobierno que dé confianza al país y transmita una imagen de seriedad y profesionalismo; castigar severamente a los batistianos derrotados para impedir que se reagrupen, consolidar su control sobre las fuerzas armadas y sujetar a los otros grupos insurreccionales. Pero todos estos objetivos son más que los requisitos previos para ir preparando la verdadera y profunda revolución social que secretamente proyecta desde la Sierra Maestra, y de la que apenas existen atisbos, pues los cubanos todavía ignoran la carta enviada por Fidel a Celia Sánchez en el verano de 1958, donde le advierte y pronostica que el futuro depara una verdadera y larga batalla contra Estados Unidos, oculto *leitmotiv* de sus desvelos revolucionarios.

El primer gabinete de la Revolución, es, pues, de lujo, e impecable desde el punto de vista de las credenciales democráticas. Incluso, se escora hacia el anticomunismo. El presidente designado es un juez, Manuel Urrutia, poco conocido, pero con una larga trayectoria de lucha por las libertades. Su Primer Ministro es un ilustre catedrático de Derecho, un penalista llamado José Miró Cardona, las cabezas mejor dotadas entre los juristas del país. El Ministro de Trabajo es Manuel Fernández, contador público, socialdemócrata de la cantera «guiteristas», hombre austero y honrado donde los haya, quien coloca como *vice* al abogado Carlos Varona Duquestrada, uno de los jefes de la oposición en Camagüey, y al expedicionario del *Granma* César Gómez. Como ministro de Relaciones Exteriores queda situado Roberto Agramonte, catedrático de Sociología y heredero de Chibás. Rufo López-Fresquet, economista por norteamericano, es el de Hacienda, y sienta junto a él a José M. Illán otro economista reputado, y uno de los pocos que en Cuba estaban familiarizados con la obra de Mises y de Hayek, y a Antonio Jorge, también buen economista, demócrata intachable, pero más cercano a las tesis keynesianas. Al ingeniero Manuel Ray, jefe de Resistencia Cívica, le encargan el Ministerio de Obras Públicas, y con él se lleva, como mano derecha, a otro joven demócrata, el arquitecto Henry Gutiérrez. La lista, naturalmente, es más larga –Humberto Sori Marín, Armando Hart, Elena Mederos y un inofensivo etcétera–, pero la tónica es la misma: las caras del gobierno de la revolución no dejan espacio para la alarma social. Sólo se presenta una discreta excepción en el terreno jurídico. Se trata de Osvaldo Dorticós Torrado, buen abogado de origen burgués, nacido en Cienfuegos, muy comprometido con los comunistas, pero sus compublanos sólo lo recordaban como una figura activa en el Yacht Club de la ciudad. Aparentemente, era lo que entonces se conocía como un *clubman*. Lo nombran ministro de Ponencia y Estudio de las Leyes Revolucionarias. En realidad es el «carpintero» secreto del proyecto socialista.

Un gobierno en la sombra

En efecto, aunque desconocido y borroso, y aunque lo ignoran sus compañeros, Dorticós era la figura clave del gabinete, pues a él le correspondía comenzar a moldear el estado socialista de acuerdo con Fidel, quien manejaba otro gobierno en la sombra, mucho más radical, y en el que figuraban Ernesto Guevara, Alfredo Guevara, Raúl Castro, Antonio Núñez Jiménez, los hermanos Camilo y Osmany Cienfuegos y Ramiro Valdés, una especie de Laurenti Beria cubano, nacido con una truculenta vocación para ejercer de policía. Ese *oro* gobierno, el verdadero, pues el oficial siempre fue un episodio provisional para Castro, cuya génesis y evolución es el gran hallazgo del periodista e historiador Tad Szulc, se reunía en una casa en las afueras de La Habana, y allí, secretamente, se planeaba la forma y el ritmo con que se llevaría a cabo la transformación de Cuba en un estado comunista, proyecto exigía una absoluta discreción, pues, de haberse conocido en ese momento, la reacción popular hubiera sido totalmente contraria, y el propio Movimiento 26 de julio, fundado sobre las bases del Partido Ortodoxo, hubiera saltado por los aires, dado que una buena parte de la dirigencia –Raúl Chibás, Armando Hart, Marcelo Fernández, Vicente Báez, Carlos Franqui, Faustino Pérez, David Salvador, Huber Matos, entre otros muchos– repudiaba totalmente la idea de un estado totalitario.

En ese punto el que Castro convoca a los comunistas a las reuniones secretas y coloca sobre la mesa su carta más audaz: la Revolución, en efecto, derivará hacia el modelo preconizado por los marxistas, pero a su debido momento, y en un proceso dirigido por Fidel, al que los viejos comunistas tendrán que subordinarse e integrarse, aunque, a cambio de la colaboración que presten, tendrán una clara cuota de poder, pero siempre dentro de un aparato unitario que los englobará a todos, mas bajo la inequívoca jefatura del Comandante. Serán tiempos difíciles, pronostica Fidel, y el encontronazo con la burguesía local y con los yanquis resulta prácticamente inevitable. Para casi toda la jefatura marxista la proposición fue una grata sorpresa. El 1 de enero de 1959 el PSP no tenía la menor idea de que llegado al poder. Tanto es así, que la primera manifestación pública que se hace es para pedir elecciones. Ellos habían practicado el *entrismo*. Esto es, habían «entrado» en la Revolución para intentar controlarla colocando a ciertos cabeceallas comunistas entre los alzados en armas, o, por lo menos, habían tratado de influir en ella, pero el desenlace de este juego político había sido sorprendente: el sector más radical del 26 de julio, con Fidel, Guevara y Raúl a la cabeza, era quien «entra» en el aparato comunista y le pedía su franca complicidad para dos tareas clave que ellos, los fidelistas, no dominaban: la formación masiva de cuadros marxistas dentro de las fuerzas armadas y la creación urgente de una policía política capaz de someter a los enemigos cuando arriera la lucha que inexorablemente se plantearía. Fidel tiene el poder y ha identificado su objetivo, pero no sabe cómo levantar la estructura y no confía en los cuadros de su propia organización. Lo que espera de los comunistas, sin embargo, es prescindible para llevar a cabo sus planes: la sólida ingeniería leninista que se requiere para la creación y el sostenimiento de un estado totalitario. Y hay, todavía, un tercer aporte que pueden hacer los *peseperos*: crear un puente más sólido con Moscú, pues los contactos que tiene Raúl por medio de su amigo Leonov son demasiado laterales y débiles ante una metrópoli que cultiva con esmero las formas y las jeraquías burocráticas. El PSP, sin embargo, había sido un peón leal de Moscú desde su fundación en los años veinte hasta ese mismo momento, y tiene múltiples lazos con los camaradas que mandan en el Kremlin. Ellos pueden avalar la Revolución ante los soviéticos y crear zonas de colaboración, pero esos vínculos, naturalmente, los manejarán los fidelistas. Los dirigentes comunistas, representados por Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez y Anibal Escalante accedieron al pacto. Este último, quien nunca dejó de percibir a Castro como un aventurero *putchista*, creyó que era posible no sólo controlar el poder, sino, además, controlar a Fidel. El futuro le demostraría que estaba equivocado. Antes de tres años Escalante y un grupo de comunistas irían a parar a la cárcel acusados de sectarismo. Fue la *microfacción*, como se le llamó despectivamente. Fidel lo había reclutado para obedecer, no para mandar.

¿Por qué ha tomado Fidel Castro la senda marxista-leninista? En rigor, por coherencia intelectual, y porque ese marco político le resulta perfectamente útil para ejercer como cabeza de un gobierno autocrático con el que piensa transformar a Cuba, y de ser posible a América Latina y al mundo entero. Se siente como una mezcla de Martí y Bolívar, pero *leninizado*. Lo de la «coherencia intelectual» no es difícil de explicar: cuando el pensamiento revolucionario radical es desplegado hasta sus últimas consecuencias, el punto de llegada es una sociedad comunista abiertamente enfrentada a los designios imperialistas de los Estados Unidos. Si una persona creía –como Fidel– que la pobreza de una parte de los cubanos se debía a la explotación de los voraces empresarios y a la crueldad implícita del sistema, lo moralmente justificable era borrar todo vestigio de capitalismo, sustituir el mercado por controles burocráticos establecidos por revolucionarios justos, y procurar a toda costa la igualdad de los cubanos. Si una persona pensaba –como Fidel y tantos revolucionarios de su época– que las inversiones extranjeras eran una forma inmoral de saqueo, ¿qué otra cosa podía hacerse que confiscarles sus propiedades a estos vampiros foráneos y «devolverlas» al pueblo convirtiéndolas en empresas estatales? ¿No llevaban treinta años los revolucionarios cubanos de todas las tendencias pidiendo la nacionalización de la banca y los servicios públicos? Si una persona estaba convencida –como Fidel– de que la burguesía nacional, la Iglesia, y el resto de los estamentos convencionales del país formaban parte de una estructura que generaba pobreza y opresión al servicio de los poderes imperiales vecinos, ¿no resultaba justo y necesario hacerles la guerra y destrozarlos? Si una persona, por último vivía persuadida de que el sistema democrático plural, con diversos partidos políticos que se disputan el poder, es una fuente permanente de corrupción y divisionismo, lo lógico es que, si tiene autoridad para ello, lo elimine de un zarzapo. Fidel, en realidad, no traicionó el pensamiento radical. Todo lo que hizo fue seguir la lógica de sus razonamientos revolucionarios hasta llegar al desenlace totalitario. Tenía ideas equivocadas, suscribía diagnósticos erróneos, y trató, simplemente, de ser consecuente con esos disparates. Llegó adonde tenía que llegar de acuerdo con su sesgada, maniquea e intelectualmente pobre visión de los problemas de la sociedad. Cumplió, en suma, con todo lo que los revolucionarios marxistas (y algunos no marxistas) llevaban prometiendo desde hacía treinta años en América Latina y ninguno se había atrevido a llevar a cabo. Todo esto se hubiera podido evitar si, a tiempo, en sus años formativos, hubiera leído los libros adecuados o hubiera recibido las influencias correctas, pero desde la década de los treinta Cuba vivía en medio de una cultura populista absolutamente fértil para alimentar cualquier clase de locura. Y él, Castro, era la expresión más acabada de ese lamentable caldo de cultivo.

Esto es importante entenderlo, porque entre las tonterías que se dicen sobre la Revolución cubana, ninguna es más injusta con Fidel, o más alejada de la verdad, que esa tan repetida de que «los norteamericanos *empujaron* a Castro en manos del comunismo y de la Unión Soviética». Eso es menoscabar a Castro, a Guevara y a ese puñado de hombres decididos que cambiaron de *motu proprio* la historia de Cuba. Eso es hasta racista, pues es como decir que un pobre señor de las Antillas no es capaz de entender el marxismo y dejarse seducir por él. Es casi como creer que las revoluciones comunistas sólo están al alcance de los seducidos comunistas europeos. Por supuesto que no: Castro, que se ha cansado de repetirlo sin demaiaido éxito –lo afirmó en Madrid, por ejemplo, en los ochenta, durante las cámaras de la televisión española–, eligió el camino del comunismo voluntariamente, y, por la misma naturaleza de su decisión, en medio de la Guerra Fría, acabó situado en el campo soviético y enfrentado a Estados Unidos. Un suceso ni siquiera tan extraño en el momento en que ocurrieron los hechos: en 1957, cuando Fidel estaba en la Sierra Maestra, los comunistas y sus simpatizantes en todo Occidente vivían una etapa de esperanzada euforia. Sartre en París aseguraba que el mundo pronto seguiría el ejemplo de la URSS. Todas las noticias que circulaban apuntaban en esa dirección. Moscú inaugura la carrera espacial con el primer *sputnik*. Desde hacía diez años la economía soviética crecía al ritmo del 10 por ciento anual y ya se hablaba de un mundo bipolar dirigido por dos grandes potencias. A una de ellas, Fidel y ciertos cubanos le atribuían casi todos los males que azotaban a la «república mediatizada»: ¿no conducía este análisis, directamente, a los brazos de la otra?

Estados Unidos estaba parcialmente al margen de las intenciones de Castro. Como la Casa Blanca se nutría de diversas fuentes, los informes eran contradictorios. El embajador saliente, Earl Smith, advertía sombríamente que Washington tendría que enfrentarse a un comunista fanático y antiamericano. La CIA, más benévola, pensaba que se trataba de un típico revolucionario latinoamericano (lo que no era del todo falso), pero sin conseguir establecer claramente los lazos entre Fidel y el viejo partido comunista. Había, sí, comunistas en el gobierno, pero también anticomunistas. Todos coincidían, sin embargo, en que estaban frente a un personaje pintoresco y peligroso que le proporcionaría ciertos quebraderos de cabeza al Departamento de Estado, y, dada la rápida fama que había adquirido en el continente sudamericano, lo mejor era tratar de apaciguarlo. De manera que despacharon a La Habana a un nuevo y experimentado embajador, Philip Bonsal, con instrucciones de que tratara de acercarse lo más posible al flamante gobierno, y que pasara por alto los ataques retóricos del fogoso líder en sus kilométricos discursos. Eran cosas de un muchacho inexperto borracho de gloria. En todo caso: ¿qué podía hacer la pequeña y dependiente Cuba frente a Estados Unidos? ¿A quién le iba a vender su azúcar si Estados Unidos dejaba de comprarle? ¿De dónde iba a sacar el petróleo o los miles de insumos con que los cubanos mantenían el país funcionando? El 80 por ciento de las transacciones comerciales de Cuba eran con Estados Unidos. Con la excepción de Venezuela, Cuba era el país de América Latina que más inversiones tenía y recibía de Estados Unidos. Incluso descartando una intervención militar, ningún gobierno cubano que se enfrentara a Estados Unidos podía sobrevivir más allá de varios meses al agobio económico. La URSS, es cierto, podía intentar colocar su larga mano en el Caribe, pero hasta ese momento los jerrarcas soviéticos suscribían la visión estratégica propuesta por Lenin y mantenida por Stalin: el comunismo no podría llegar a América Latina hasta que Estados Unidos, donde efectivamente existían grandes concentraciones proletarias, y, por consiguiente, conciencia de clase, hiciera su revolución. Sólo que en el Kremlin ya no mandaba Stalin, sino Kruschev, un campesino menos refinado intelectualmente, astuto y audaz, convencido de que en dos décadas su país habría sobrepasado a Estados Unidos y estaría a la cabeza del planeta. Un campesino que, obsesionado por ese objetivo, se dejará arrastrar al reñidero caribeño, como revela *A hell of a gamble*, un libro coescrito por un especialista soviético que cuenta muy elocuentemente cómo los cubanos engatusaron a los rusos, y no al revés, como usualmente se cree.

El paredón de fusilamiento

Curiosamente, el modelo jurídico del primer gobierno revolucionario quien lo proporcionó fue Batista. En 1952, cuando dio el golpe militar, Batista, proclamando textualmente que « la revolución es fuente de derecho » , disolvió las dos cámaras del Parlamento cubano, asignándole la función de legislar al Consejo de Ministros; suspendió las leyes y normas de la Constitución del 40 que entraban en contradicción con su gobierno *de facto*, y hasta restituyó la pena de muerte en los Estatutos dictados a las pocas semanas de la toma del poder, aunque nunca hizo ejecutar « oficialmente » a ningún detenido. Siguiendo muy de cerca este precedente, no fue muy distinto lo que llevó a cabo el gobierno del presidente Urrutia y de su Primer Ministro Miró Cardona. Incluso, hasta repitieron la coartada legitimadora del depuesto dictador: « la revolución es fuente de derecho » , y como esa definición servía para justificar prácticamente cualquier acto, no tardaron en producirse hechos realmente repugnantes para la sensibilidad de las personas educadas en el respeto a la ley y a las formalidades que inexcusablemente ésta conlleva. Se aplicaron, por ejemplo, con carácter retroactivo, penas y leyes que no existían cuando sucedieron ciertos actos que luego fueron tipificados como delitos. En cualquier caso, Miró sólo será Primer Ministro por unas semanas. Renuncia de acuerdo con el presidente, y en febrero Urrutia nombra a Fidel Castro al frente Gobierno.

Ese desprecio por las leyes y por el comportamiento ajustado a Derecho se había observado desde los primeros días del triunfo revolucionario, cuando Raúl Castro, tras un simulacro de juicio revolucionario, había fusilado de espaldas a una zanja a unas cuantas docenas de oficiales de Batista que inmediatamente fue enterrados sin siquiera esperar a que los médicos certificaran muerte de los ajusticiados. Luego en La Habana –y en toda Isla– se hicieron procesos judiciales públicos, con la presencia la prensa internacional y de miles de personas que acudían a contemplar el enjuiciamiento de militares y policías acusados de « torturadores » y « criminales de guerra », delitos que no siempre probaban de una manera convincente, pero que con frecuencia acarrearban la pena de muerte por fusilamiento o larguísima sentencias a cárcel. Es en ese momento en el que los tribunales comienzan a manejar un insólito argumento para imponer las sentencias: surge la condena « por convicción » . Si los honrados revolucionarios estaban convencidos de la culpabilidad de un desacreditado batistiano, aunque las pruebas fueran muy frágiles o inexistentes, podían y debían condenarlo con la mayor severidad.

¿Por qué Castro dejaba de ser el revolucionario bueno, el *Robin Hood* del Caribe, y exponía su imagen al desgaste de comparecer ante la prensa y la televisión como un tipo vengativo y sanguinario que filmaba y proyectaba en los cines las ejecuciones de sus enemigos? Porque estaba convencido de la importancia de la intimidación y el miedo para poder gobernar. Creía que el castigo y el escarmiento eran las dos armas irrenunciables del poder, y así lo reflejaba en su correspondencia personal, donde son frecuentísimas las referencias a Robespierre y su admiración por el terror revolucionario. Esta dureza, por supuesto, no siempre fue compartida por sus subalternos, y, por lo menos en una ocasión, provocó un incidente que comenzó a alertar a la ciudadanía sobre la clase de gobernante que se había adueñado del poder: ocurrió en los primeros meses del 59, cuando fueron llevados a juicio un grupo de pilotos militares acusados de « genocidas » , algo que, sin la menor duda, no podían ser, puesto que los bombardeos y ametrallamientos de que les imputaban no iban encaminados a eliminar a ciertas personas por la etnia o la religión a la que pertenecían –que es lo que específicamente define el genocidio–, ni tampoco era posible establecer quién había disparado contra qué o contra quién, pues no existían pruebas ni récords que establecieran una clara responsabilidad de los inculpados. De manera que el presidente del tribunal, el capitán Félix Pena, ante tantas dudas, decidió absolverlos. Cuando esto se supo, indignado, Castro acudió a la televisión, y sin dar tiempo a excarcelar a los militares absueltos, manifestó su certeza sobre la culpabilidad de los pilotos y exigió un nuevo juicio. Naturalmente, éste se llevó a cabo y los pilotos fueron condenados a larguísima períodos de cárcel. El capitán Pena, avergonzado, se voló la tapa de los sesos. Años después, Castro le aclararía a un visitante las razones que tuvo para mantener en la cárcel a los pilotos: eran los militares más competentes del batistato y los que más relaciones tenían con los norteamericanos en virtud del adiestramiento recibido. Ni siquiera habían sido condenados « por convicción » : todo fue el resultado de un cálculo político. La cárcel no era una venganza, sino una medida preventiva.

Al margen de los juicios revolucionarios –que, para vergüenza histórica del país, no asquearon a demasiada gente, como se comprueba en las enormes manifestaciones de personas que coreaban la consigna de « paredón, paredón » –, la inmensa mayoría de los cubanos recibió con los brazos abiertos algunas leyes populistas encaminadas a consolidar el apoyo masivo al Gobierno. Las más aplaudidas fueron la ley de alquileres, que rebajaba a la mitad la cuota mensual que pagaban los inquilinos, la reducción de las tarifas telefónicas y la ley de reforma agraria, que limitaba la tenencia de tierra a los latifundistas en beneficio de los campesinos que ninguna poseían o que la tenían en condiciones precarias. Para cualquier concedor era obvio que estas leyes iban a afectar tremendamente a la producción nacional, tanto en el terreno de la construcción como en el de la agricultura, pero en ese momento la preocupación del Gobierno, especialmente la de Fidel, no era económica sino política. Para la tarea que tenía por delante, en una fase en la que todavía no existían mecanismos de control y coerción necesitaba el apoyo masivo de los cubanos, y esas leyes se lo procuraban generosamente.

Como es natural en cualquier sociedad abierta –y la cubana todavía lo era en 1959–, a las pocas semanas de instalado el gobierno revolucionario comenzaron las críticas en los medios de comunicación independientes, a las que el Gobierno respondía acremente desde la prensa oficialista. Pronto se vio que cualquier discrepancia era tildada de manifestación *contrarrevolucionaria*, y a quienes la exteriorizaban los calificaban de batistianos o de agentes de la embajada yanqui. No tardaron en producirse algunas rupturas escandalosas. Aunque hubo varios casos previos, la primera « baja » notable del enfrentamiento entre el ala democrática del Gobierno y el ala comunista fue la del jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria, el comandante Pedro Luis Díaz Lanz, quien, tras unas declaraciones críticas a propósito del comunismo, resultó desautorizado por Fidel Castro, lo cual desertó en una pequeña lancha, y al llegar a Estados Unidos denunció que el aparato militar cubano estaba totalmente penetrado por miembros del Partido Comunista que impartían adoctrinamiento y controlaban progresivamente todos los resortes del poder. Eso fue en junio de 1959, y el Gobierno respondió acusándolo de « malversador » y afirmando que su actitud se debía, precisamente, a que sus deshonestidades habían sido descubiertas. En julio, apenas a los siete meses de inaugurada su presidencia, y por las mismas razones, le tocaba su turno al propio presidente Urrutia, quien se vio obligado a abandonar su cargo, y a quien, naturalmente, también acusaron de corrupción. Desde entonces la costumbre ha permanecido invariable: los que rompen con Castro, o los que pierden su gracia y buena voluntad, son siempre reos de feos delitos y de actitudes moralmente censurables. Ninguna persona honorable se opone a la Revolución. Sólo la gente desalmada. A Urrutia lo reemplaza Osvaldo Dorticós. Ya no seguirá construyendo en la sombra el estado socialista: es el nuevo presidente y puede actuar a la luz del día.

A partir de estos dos incidentes los que siguen son casi una monótona repetición de un guión clásico. En octubre, por las mismas causas, el país se estremece como nunca antes: ahora quien es detenido y llevado a los tribunales es el comandante Huber Matos, uno de los héroes de la Revolución, jefe militar de la provincia de Camagüey, y el delito que le imputan es insólito: lo acusan de traición y sedición por haber renunciado al ejército mediante una carta tan firme como respetuosa dirigida a Fidel Castro, en la que señala su descontento por el rumbo comunista adoptado por la revolución. Castro lo hace detener por Camilo Cienfuegos –quien horas más tarde desaparece en un raro accidente de aviación–, y lo trae esposado a La Habana junto a varios oficiales de su Estado Mayor. Lo condenan a 20 años en un vergonzoso juicio militar. Pocos días de su detención habían renunciado el ministro de Trabajo, Manolo Fernández y los subsecretarios Carlos Varona y César Gómez. Para cualquier observador imparcial es totalmente obvio que Castro ha decidido acelerar la marcha de la Revolución hacia modelo comunista y sólo está ganando tiempo para conseguir realizar este peligroso tránsito de una manera exitosa. Es ése el momento en el que numerosos combatientes de la lucha contra Batista deciden volver a conspirar, pues sienten que Castro ha traicionado la Revolución. La guerra contra la anterior dictadura –afirman– buscaba rescatar la democracia y restaurar la Constitución de 1940. Convertir la Isla en una tiranía comunista no formaba parte del proyecto original. Por lo menos del de ellos.

La destrucción de la sociedad civil

En noviembre del 59 el encontronazo entre revolucionarios demócratas y comunistas se reproduce en el X Congreso de la Confederación de Trabajadores de Cuba. Son tres mil delegados, y de ellos menos de trescientos son comunistas. La consigna de Fidel transmitida al líder del 26, David Salvador, es la unidad con los comunistas, a quienes pretende introducir a toda costa en el aparato rector, pero los dirigentes obreros le rechazan y Fidel tiene que acudir en persona a tratar de salvar la situación. Reinol González, José de Jesús Planas y Eduardo García-Moure, tres líderes obreros jóvenes surgidos de la vertiente católica, se destacan en la apasionada defensa de la democracia. Roberto Simeón lo hace desde posición *aprista*. Tras una burda manipulación se llega a una situación de compromiso. Es, no obstante, la única derrota que, provisionalmente, se le inflige al Gobierno. Pero pronto los comunistas conseguirán revertir la situación y controlar el aparato obrero. Les tomará algún tiempo, pero lo logran. Reinol, quien escoge el camino de la conspiración, pasará muchos años de sufrimientos en cárceles particularmente severas. García Moure y Planas tendrán marchar al exilio en Venezuela, en cuya embajada en La Habana se vieron obligados a pedir protección diplomática junto a Roberto Fontanillas-Roig, quien años más tarde se convertiría en la cabeza más respetada de la emigración cubana en ese país.

La ofensiva y posterior ocupación de los medios de comunicación democráticos duró aproximadamente un año. A los ataques del periódico *Revolución*, órgano oficial del 26 de julio, que desempeñó un tristísimo papel de acosador/acusador, y de *Hoy*, el de los comunistas, seguían los conflictos sindicales artificialmente instigados, y la utilización de turbas y amenazas para intimidar a los periodistas críticos. Los sindicatos obligaban a las empresas a publicar una « coletilla » aclaratoria tras cada artículo o información que se apartaba de la rígida línea del Gobierno. Algunos periodistas que habían sido notoriamente antibatistianos dieron batallas memorables contra la incipiente dictadura: Humberto Medrano, Ulises Carbó, Agustín Tamargo, Sergio Carbó, Miguel Ángel Quevedo, Luis Conte Agüero, Jorge Mañach, Pedro Leiva, Andrés Valdespino, Jorge Zayas, Viera Trejo, Aguilar León. Otros, más conservadores, como José I. Rivero y Gastón Baquero –uno de los grandes poetas del país–, también alzaron sus voces decididamente, arriesgando a veces la vida, pues la hacienda ya la daban prácticamente por perdida. Los periódicos, tal vez sin saberlo sus propios dueños, o acaso dándose perfecta cuenta de lo que ocurría, asumían el papel institucional de última trincheras de los ideales republicanos que se hundían. Pero uno tras otro eran triturados por la maquinaria totalitaria: *Bohemia*, *Avance*, *Prensa Libre*, *Diario de la Marina*, *Información*, *El Mundo*, *Zig-Zag*, *CMQ*. Y tras cada despojo se producía la ceremonia obscena: la turba, dirigida por agitadores, enterraba atitudes vacíos con los cadáveres simbólicos de los periódicos confiscados mientras profería gritos y consignas revolucionarias.

Sin periódicos, sin Parlamento, sin partidos políticos, sin sindicatos independientes, con las instituciones gremiales silenciadas y los empresarios empobrecidos y aterrorizados, sin cauces de participación, cada vez era más fácil arrollar a la sociedad civil cubana, prácticamente desbarbolada. El próximo « bastión » tomado por los comunistas fue el sistema de enseñanza privado. El pretexto era la necesidad de darle a todo el pueblo una misma y buena educación para no parcelar a la sociedad en clases diferentes y con distintas visiones de la realidad. Y no era falso el deseo del Gobierno de uniformar a todos los cubanos tras el mismo punto de vista, pero había otro elemento político más obvio: ningún estado comunista podía permitirse el lujo de que existieran islotes de libertad académica en donde pudiera florecer un pensamiento independiente y crítico. Muy pronto a los niños se les empezó a enseñar a leer con cartillas revolucionarias cargadas de un burdo mensaje ideológico: « *La F de Fidel*, *la Ch de Che* » , y así hasta la M de « mi mamá me ama a mí y a Moscú » . A lo largo de toda la Isla había centenares de buenas instituciones pedagógicas, generalmente al alcance de las clases medias y altas del país, aunque no eran exactamente escuelas de elite, pues su precio solía ser muy razonable. Entre los laicos, en La Habana, colegios, como Edison, La Luz, Baldor, Ruston, o Trelles habían alcanzado un notable nivel de excelencia. Entre los religiosos, disfrutaban una gran fama Belén –donde estudió Castro–, La Salle, Los Maristas, Las Ursulinas, El Sagrado Corazón, Las Dominicanas, Los Agustinos o La Progresiva de Cárdenas y el Candler College –donde estudiaba el hijo mayor de Fidel Castro–, estos últimos dirigidos por pastores protestantes. Incluso, la mejor prueba de la calidad de la enseñanza que se impartía en estos centros podía comprobarse en la propia cúpula del poder revolucionario, tanto del 26 *de julio* como del PSP: todos, sin una triste excepción proletaria, habían sido educados en buenas escuelas privadas religiosas o laicas. Ninguno era producto de las numerosas escuelas públicas del país, aunque muchas de ellas, especialmente en la segunda enseñanza o bachillerato, poseían un notable nivel educativo.

La confiscación de los centros de enseñanza y el total control o desaparición de las publicaciones independientes provocaron el enfrentamiento abierto y total entre la Iglesia católica y el Gobierno. Tradicionalmente y durante muchos siglos, la Iglesia ha concretado sus mayores esfuerzos en tres actividades vitales: propagar y mantener la fe religiosa en los templos, educar a las personas, especialmente a los niños y jóvenes, y diseminar información por diversas vías. De estas tres tareas, las dos últimas fueron súbitamente eliminadas por el Gobierno, mientras la primera se transformó en una conducta moralmente censurable. De pronto, acudir a iglesia, bautizar a los recién nacidos o proclamarse católico comenzó a ser visto como sinónimo de oscurantismo, atraso y, finalmente, contrarrevolución. La Iglesia, cuya cabeza más visible era la de un valeroso obispo, monseñor Eduardo Boza Masvidal, protestó mediante cartas pastorales leídas en los templos, y hasta salieron a las calles algunas procesiones de católicos molestos por la agresión de que eran objeto, a las que respondían violentamente turbas organizadas por el Gobierno, pero lo cierto es que la sociedad, en su conjunto, no respondió a la llamada de los representantes de su fe, y Castro pudo neutralizar (y prácticamente liquidar) a este peligroso enemigo sin demasiados contratiempos. En un periodo sorprendentemente breve la Iglesia quedaba silenciada y reducida a las prácticas litúrgicas. Antes de dar la batalla, Castro probablemente sabía que la sociedad cubana, como la uruguayu y la costarricense, y al contrario de lo que sucedía en otras latitudes latinoamericanas, no era profundamente religiosa, y no sentía fuertemente la autoridad del clero. Cuando las campanas comenzaron a tocar a rebato, el pueblo se mantuvo indiferente en sus casas. Nadie se atrevió a protestar cuando más de 200 religiosos fueron obligados a zarpar en un barco rumbo a España, y tampoco cuando los sacerdotes Alfredo Petit, hoy obispo auxiliar de La Habana, y Jaime Ortega Alamino, hoy cardenal de Cuba, fueron internados en campos de concentración. Menos aún cuando el franciscano Miguel Ángel Loredo fue víctima de la « fabricación » de un delito contrarrevolucionario que jamás cometió, acusación por la que pasó más de una década en la cárcel: los diez años que la policía política había jurado apartarlo de la juventud que acudía a su convento en busca de consejo y guía espiritual.

Como era predecible, los demócratas cubanos no se iban a quedar cruzados de brazos mientras Fidel conducía la nación a toda máquina hacia el modelo comunista. Y como también era fácil de pronosticar, las primeras y más serias conspiraciones fueron organizadas por quienes provenían de la lucha contra la anterior dictadura, aunque hay que mencionar dos excepciones: ya en el 59 desembarca en Cuba al frente de una pequeña guerrilla un batistiano llamado Armentino Feria, ex comunista, excombatiente en la Guerra Civil española en las Brigadas Internacionales, hombre extraordinariamente valiente, pero su grupo es inmediatamente aniquilado. Muchos años más tarde, su hija, Aúra Feria, sería encarcelada por defender los derechos humanos. Poco después aborta una conspiración montada por batistianos desde República Dominicana con la clara intervención de Trujillo, delatada en Cuba por los hombres de Gutiérrez Menoyo, quienes supuestamente se habían comprometido a cooperar con los invasores, pero, en realidad, les tendieron una celada. Decenas de personas –algunas de ellas inocentes– fueron a parar a las cárceles. No obstante, el batistianismo no es la

La oposición le más grandes movimientos anticomunistas surgen en las filas de los revolucionarios de filiación católica, en los auténticos de Prio y Tony Varona y en el ala democrática del Movimiento 26 de julio. Lo que a continuación sigue no agota la infinita lista de agrupaciones anticomunistas surgidas en los primeros años de la Revolución ni a los centenares de hombres y mujeres que intentaron impedir el establecimiento del comunismo en Cuba, pero es probable que recoja las principales agrupaciones y las personas que mayor relevancia alcanzaron.

La insurrección anticomunista

El primer foco anticomunista de la vertiente católica posiblemente fue el Movimiento Demócrata Cristiano, fundado por José Ignacio Rasco en 1959 para dar la batalla política, objetivo que muy pronto derivó en lucha clandestina. Poco después se vertebró otro núcleo de oposición en torno a la Agrupación Católica Universitaria, sector elitista, orientado por los jesuitas, que poseía una honda conciencia social y cierta experiencia en el trabajo con los campesinos. Sus principales dirigentes eran el médico Manuel Artime, teniente en Sierra Maestra, el abogado Emilio Martínez Venegas también excombatiente junto a Fidel Castro, el joven psiquiatra Lino Fernández y el ingeniero Rogelio González Corso. Otras dos figuras algo más jóvenes comenzaron inmediatamente a descollar, especialmente tras un sonado incidente en el que « desagraviaron » a Martí colocando unas flores ante su estatua tras una ceremonia similar llevada a cabo por Anastas Mikoyan, el gran *apparatchik* soviético de visita en Cuba: los combativos estudiantes de la Universidad de La Habana, Alberto Müller y Manuel Salvat, ambos con arraigo y simpatías en las facultades de Derecho y Ciencias Sociales. De esta cantera católica surgieron dos grupos conspirativos íntimamente vinculados: el Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR) y –de nuevo, como en los años treinta y en los cincuenta– el Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE). El MRR, sin embargo, amplió sus lazos a zonas ajenas a la militancia católica e incorporó a su directiva a dos personajes que habían tenido una destacadísima presencia en la Sierra Maestra: los capitanes del ejército rebelde Higinio *Nino* Díaz y Jorge Sotús, un temerario hombre de acción que había sido la mano derecha de Frank País.

Los auténticos en esta fase anticastrista ya no respondían a Prio, sino a otros tres líderes: a Tony Varona, su *ex premier*, quien junto a sus viejos compañeros de la lucha contra Machado –más alguna cara nueva, como la del líder estudiantil Alfredo Carrión Obeso había creado un movimiento anticastrista llamado Rescate Revolucionario, al polémico Aureliano Sánchez Arango, conspirador irredento, de nuevo al frente de la *Triple A*, y, como en el caso de Varona, rodeado de buenas personas, pero política y generacionalmente más cercanos a la historia cubana de los años treinta y cuarenta que el de sesenta que entonces se estrenaban. Y junto a ellos, sin apenas estructura o militantes, se situaba Justo Carrillo, un inteligente economista, poseedor de una desbordada imaginación para las intrigas políticas, líder de un pequeñísimo partido– Movimiento Montecristi –que tenía la enorme ventaja y movilidad de ser casi *a-one-man-show*.

La tercera fuente del anticastro, la que directamente venía de las propias filas de la dirección de la revolución, era la más nutrida variopinta. Sus cabezas muy pronto fueron Manuel Ray, ex dirigente de la Resistencia Cívica en la batalla contra Batista y luego ex ministro de Obras Públicas, fundador en esta etapa del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) junto –entre otros– a Reinol González un sindicalista de origen católico y Héctor Carballo, un jovencísimo líder estudiantil de Las Villas; Pedro Luis Boitel, líder en universidad de los estudiantes del 26, y David Salvador, Secretario General de la CTC Revolucionaria, creador de un vasto partido obrero de oposición clandestina llamado *Movimiento 30 de noviembre*, en recuerdo del alzamiento de Frank País en esa misma fecha del año 1956. Al 30 *de noviembre*, en posiciones de graves responsabilidades, se habían unido algunos sindicalistas y el ex capitán del ejército rebelde Hiram González, un verdadero experto en materia de sabotajes y espectaculares fugas de presidio. El 30 llegó a contar con células activas en casi todas las grandes empresas del país, pero fue un objetivo inmediato de los cuerpos de inteligencia.

Ninguno de estos grupos fue ajeno a Estados Unidos desde el momento mismo de su constitución, aunque los lazos del 30 fueron los más débiles y los del MRR los más fuertes. No es que la embajada norteamericana los crease artificialmente, sino que la oposición a Castro percibía a Washington como el aliado natural frente al comunismo, y quienes en ella participaban, se sentían como la *resistencia* francesa, como los *maquis* frente a los nazis, siempre auxiliados por los servicios de inteligencia de Estados Unidos o de Inglaterra, y siempre orgullosos de esa natural cooperación. Y esta colaboración ni siquiera era nueva, pues había comenzado durante el gobierno de Carlos Prio, a partir de 1948, cuando se desata la Guerra Fría y Estados Unidos decide fortalecer sus lazos con los demócratas anti comunistas en todas partes, pero especialmente en América Latina. Por aquellos años, precisamente en La Habana, en un evento en el que se destacó notablemente Raúl Roa, luego y por muchos años canciller del castrismo, se funda el *Congreso por la libertad de la cultura* con dinero canalizado por la CIA, y un buen número de intelectuales y políticos de lo que entonces se llamaba la *izquierda democrática*, muchos ellos ex comunistas, comienza a refutar todas las iniciativas propagandísticas soviéticas camufladas tras los consabidos « congresos por la paz » o « de la juventud » auspiciados tras la Cortina de Hierro. Es la época en que la Organización Regional Interamericana (ORIT), con la discreta ayuda de la CIA, le daba la batalla a la Federación Mundial de Trabajadores, cuyos hilos se manejaban sin demasiados tapujos desde Moscú. Entre los cubanos más jóvenes, además, el antiamericanismo se había debilitado enormemente, concentrándose ese sentimiento en los grupos políticos del vecindario marxista. Prácticamente todos los contenciosos entre La Habana y Washington habían sido resueltos a favor de Cuba. En 1925 los norteamericanos admitieron finalmente la soberanía cubana sobre Isla de Pinos, en litigio desde 1898, cuando ladinamente intentaron apoderarse de ella; en 1934 habían abrogado la Enmienda Platt; el azúcar producido en la Isla tenía un precio y trato preferenciales; los norteamericanos no apoyaron el golpe de Batista de 1952 (que los sorprendió y disgustó), y luego le declararon un embargo de armas al dictador. Estados Unidos era, además, el país que había derrotado a los nazis y les había hecho frente a los comunistas en Corea. Las compañías norteamericanas radicadas en Cuba pagaban los mejores salarios y ofrecían las mejores condiciones a los trabajadores. La imagen, pues, del gran vecino norteño, contrario a la posterior reescritura de la historia, finalizada la década de los cincuenta, era muy positiva para la mayor parte de la población de la Isla. Se le veía, en general, como un país heroico y como una influencia benéfica.

La oposición y Washington

Sin embargo, a pesar de la afinidad de principios e intereses entre la oposición democrática cubana y la sociedad norteamericana, las relaciones entre estas dos entidades eran totalmente asimétricas. Para Estados Unidos los demócratas cubanos no eran unos aliados que merecían ser ayudados por razones morales y políticas, correligionarios ni compañeros de lucha, y a nadie en Washington se le ocurría compararlos mentalmente con los *maquis*. Eran apenas una simple herramienta para desalojar del poder a un servicio de la URSS, y el método para lograr este propósito era desatar ciertas campañas subversivas planeadas y financiadas por medio de la CIA. Era así, de una manera distante y policíaca, como Estados Unidos bregaba con este tipo de conflicto. Fue así como lo manejó en la Guatemala de Árbenz y ahora repetía la misma pauta de comportamiento con los cubanos. Mientras la URSS trataba a las camaradas de los partidos comunistas de Occidente con la deferencia que le merecían sus colegas en el campo ideológico y se relacionaba con ellos en el terreno político, Washington sólo atinaba a establecer unas vinculaciones vergonzosas semiocultas con los cubanos, por medio de oficiales de inteligencia que respondían a nombres ficticios y compraban lealtades y colaboraciones con dinero o con pertrechos bélicos que sólo entregaban a quienes se subordinaban a sus planes. En efecto, la CIA, muy profesionalmente, pero con el ademán burocrático de quien apenas realizaba un delicado trabajo más –lo que resultaba totalmente cierto–, aportaba dinero, adiestramiento, armas y materiales para sabotajes, pero junto con todos esos elementos daba también las órdenes, hacía los planes, y elegía a sus preferidos, desnaturalizando de alguna manera lo que debía ser la lucha de una sociedad independiente por conquistar sus libertades.

¿Cuándo comenzó Estados Unidos a tratar seriamente de derrocar a Castro? Es posible –nadie lo sabe con certeza– que en marzo de 1960 un saboteador de la CIA haya volado el buque belga *La Coubre* en la bahía de La Habana para evitar que los pertrechos de guerra que traía fueran entregados al ejército de Castro, pero de lo que no parece haber duda es de que esa explosión coincidió con el momento exacto en que la administración de Eisenhower, que mantenía contactos fluidos con la oposición desde mediados de 1959, decidió finalmente liquidar por la fuerza al Gobierno cubano. En ese instante la Casa Blanca, totalmente convencida de las crecientes relaciones de complicidad política y militar entre Moscú y La Habana, asesorada por el Consejo Nacional de Seguridad y por la CIA, decide poner en marcha un plan de presiones económicas y apoyo a la subversión interna. El plan incluye restricciones en la compra de azúcar, el adiestramiento y fomento de sabotajes, propaganda, guerra psicológica, guerrillas rurales, y pronto cristaliza en la creación del Frente Democrático Revolucionario, cuyas figuras principales son Manuel Artime (MRR), José Ignacio Rasco (MDC), Tony Varona (Rescate), Justo Carrillo (Montecristi) y Aureliano Sánchez Arango (Triple A). Se trata de una suma entre la vertiente católica y los grupos de oposición originados en el autenticismo. Quienes lo figuran en la coalición, al menos provisionalmente, son los elementos anti comunistas procedentes del 26 de julio. Y quienes están expresa y deliberadamente excluidos son los batistianos. Nadie quiere darle a Castro una buena excusa para desacreditar a sus adversarios con esa etiqueta.

Esta colaboración entre la CIA y la oposición pronto se traduce en un aumento considerable del terrorismo tras la aparición en Cuba de explosivos refinados como el C-3 y el C-4. Las bombas, sin embargo, casi nunca son colocadas –como sí sucedió en época Batista– en sitios públicos donde podían cobrarse vidas inocentes, aunque ciertos incendios intencionales, provocan, efectivamente, algunas muertes. Por esas fechas comienzan las transmisiones por onda corta de una emisora llamada *Radio Swan* y hay un ajeteo febril de conspiradores en todas las provincias y en todos los niveles del Gobierno. Voluntariamente, o alentados por la CIA, se producen varias deserciones importantes en el cuerpo diplomático, y entre éstas la más significativa es la de José Miró Cardona, quien fuera nombrado embajador en España tras su renuncia como Primer Ministro. Mientras tanto, algunos dirigentes de la Revolución, ya desfectos al castrismo, como el comandante Humberto Sorí Marín, ex ministro de Agricultura, viajan clandestinamente a Estados Unidos para reunirse con otros líderes opositoristas con el objeto de planear una insurrección generalizada. Comienzan a entrenarse los primeros guerrilleros bajo la dirección de la CIA. Originalmente, el proyecto de Eisenhower no es invadir Cuba, sino darle a Castro la misma medicina que éste le dio a Batista. Castro, naturalmente, no permanece inmóvil. Recibe del « campo socialista » miles de toneladas de armas que distribuye entre su gente, mientras envía a unos cuantos centenares de sus soldados y oficiales de confianza a recibir formación militar en las academias del mundo comunista. Hace más de un año que creó las milicias populares, y hace pocos meses que organizó barrio por barrio los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Los comunistas, con la ayuda de varios expertos traídos de la URSS, de Alemania y de Checoslovaquia han montado una policía política cada vez más eficiente e implacable. El método más utilizado es el de la infiltración. La inteligencia político-militar, dirigida por Ramiro Valdés con asesoría soviética, tiene, literalmente, a miles de hombres y mujeres buscando información y penetrando incessantemente a los grupos opositoristas. Esta labor no se limita a Cuba: en el exilio –donde ya pasan de trescientos mil los desterrados–, el FBI calcula que por lo menos cinco mil informan a las autoridades cubanas. Unos lo hacen por convicciones, otros por dinero, y un tercer grupo, para proteger familiares amenazados dentro de Cuba. Muchos se convierten en agentes dobles. Las cárceles de la Isla comienzan a llenarse hasta los topes y los piquetes de fusilamiento no descansan. La lucha, ciertamente, es a muerte.

Pero donde el enfrentamiento comienza a cobrar mayor virulencia es, paradójicamente, donde la CIA y el Frente Democrático Revolucionario tienen menos influencia: en las montañas del Escambray, antiguo feudo del *Directorio* y del *Segundo Frente*, sitio en el que se va creando espontáneamente la mayor concentración guerrillera de toda la historia de Cuba: hasta tres mil hombres organizados en columnas invariablemente dirigidas por ex oficiales del ejército rebelde prestigiados en la lucha contra Batista. Pronto sus nombres son revelados por las transmisiones radiales clandestinas. Se trata del capitán Porfirio Ramírez, presidente de la Federación de Estudiantes de las Villas, del comandante Plinio Prieto, del capitán Sinesio Walsh, y de los oficiales Tomás San Gil, Osvaldo Ramírez, Julio Emilio Carretero, Rafael Gerada y Margarito Lanza (*Tondike*). Hay muchos más, y entre ellos alcanza una enorme notoriedad el comandante Evelio Duque, quien demuestra un liderazgo fuera de lo común que en cierto momento lo coloca a la cabeza de todos los alzados. Pero Castro no es Batista y sabe que el peor error que puede cometer un gobierno es permitir la existencia impune de una fuerza guerrillera. Así que alista a sus batallones de milicianos, prohíbe que se utilice la palabra « guerrillero » para designar a estos enemigos, y les da un nombre a las nuevas unidades militares con el que comienza por disputarles a los dos la condición de adversarios políticos: llama a los suyos *Batallones de lucha contra bandidos*. Lanza entonces ofensiva tras ofensiva, utilizando a decenas de miles de soldados que registran metro a metro y piedra a piedra una y otra vez el macizo montañoso, hasta localizar y destruir a los guerrilleros, fusilándolos inmediatamente, al tiempo que deporta a cualquier campesino sospechoso o indiferente al otro extremo de la Isla, a Pinar del Río, en un pueblo creado para alojar a estos nuevos « reconcentrados ». El pueblo se llama Sandino. Años más tarde, cuando Raúl Castro hace el recuento de estos hechos –que en su época apenas fueron recogidos por la prensa–, revelará que la lucha duró entre 1960 y 1966, y le costó a las Fuerzas Armadas nada menos que seis mil bajas, y entre ellas las de varios oficiales de rango mayor que pelearon bravamente. Prácticamente todos los jefes guerrilleros murieron en combate o fueron fusilados. Evelio Duque fue uno de los pocos que consiguió escapar al exilio.

En el año 1960 había elecciones en Estados Unidos, y Cuba, poco a poco, se estaba convirtiendo en un *issue* de la campaña entre republicanos y demócratas. La prensa reportaba diariamente sobre las crecientes relaciones entre los cubanos y los soviéticos, y la sociedad norteamericana comenzaba a asustarse del cálido romance surgido entre Nikíta Krushev y Fidel Castro. Por otra parte, la CIA le comunicaba a la Casa Blanca que no iba demasiado bien la lucha subversiva contra Castro, entre otras razones, porque los alzados apenas recibían armas o pertrechos norteamericanos. La guerra del Escambray era encarnizada, pero los alzados no la estaban ganando. Los grupos clandestinos, realizaban sabotajes y distribuían propaganda, pero no eran capaces de presentar un riesgo mayor a las fuerzas de la Seguridad del Estado. Incluso, en octubre de ese año de 1960 el Gobierno de La Habana había confiscado la casi totalidad de las empresas nacionales y extranjeras de alguna entidad, y la respuesta de la ciudadanía había sido nula. Y dos razones tal vez explicaban esta aparente apatía: por una parte, la eficacia letal de la policía política, pero, por la otra, prevalecía entre los cubanos la convicción total de que Washington no podía permitir el establecimiento de una nación comunista aliada de la URSS a 140 kilómetros de su territorio. De ahí que para los cubanos anticastristas lo más sensato fuera traar de salvar ciertos bienes muebles –dinero, joyas– y emigrar a Estados Unidos a la espera de que los marines solucionaran el problema.

Ante esa coyuntura, Eisenhower dio la orden de que se aumentaran notablemente los campos de adiestramiento de los cubanos exilados, hasta constituir una fuerza invasora capaz de desembarcar en la Isla, tomar alguna ciudad importante, sumar a la población y derrotar al ejército de Castro en el terreno militar, dando por sentado que esa expedición contaría con cierta ayuda de Estados Unidos y el apoyo diplomático de otros pueblos. Es decir: se pasaba de un escenario en el que Castro caía del poder por las presiones internas, a otro en el que lo determinante eran los factores exteriores. Para a esos fines, resultaba conveniente, como recomendó la CIA, ampliar el arco de la oposición, extremo que se reflejó en la creación de un nuevo organismo opositor al que se llamó Consejo Revolucionario Democrático, dirigido por José Miró Cardona, el ex ministro de los primeros tiempos de la Revolución, uniéndose a ese Consejo el ingeniero Manuel Ray y su Movimiento Revolucionario del Pueblo, y, por supuesto, las organizaciones de católicos anticomunistas y los auténticos que ya figuraban en el sacrificado Frente Revolucionario Democrático. El mensaje, pues, era transparente: el Gobierno de Estados Unidos se proponía acabar con el comunismo en la Isla, pero sosteniendo el espíritu revolucionario que animó la lucha contra Batista. Y para demostrarlo ahí estaban, en el primer plano de la oposición

prohija de Washington, Miró Cardona y Manolo Ray. Y a continuación otras figuras también respetables de la anterior corte: Tony Varona, Manuel Artime, José Ignacio Rasco, Alberto Müller y Aureliano Sánchez Arango. Este último, disgustado por la manera en que la CIA manejaba las actividades anticomunistas, algo más adelante renunciaría al Consejo y declararía visionariamente que la expedición planeada sería un costoso error.

Playa Girón

Finalmente, las elecciones norteamericanas tuvieron lugar en diciembre de 1960 y salió electo el joven John F. Kennedy, millonario, ex senador por Massachusetts, héroe de la Segunda Guerra Mundial, premio Pulitzer por unos ensayos históricos, y ferviente anticomunista. Durante su campaña había recurrido al tema cubano para atacar la falta de decisión de Eisenhower y de Nixon, el vicepresidente y contendiente en la disputa electoral. ¿Cómo la administración republicana había permitido el establecimiento en Cuba de un estado vasallo de la URSS –se preguntaba retóricamente– ? ¿Por qué no había hecho nada por impedirlo? En realidad Kennedy sí sabía que la CIA había puesto en marcha una operación encaminada a derrocar a Castro, pero también sabía que Nixon estaba obligado a guardar silencio, de manera que podía golpearlo impunemente en los debates o en sus alocuciones políticas.

El grueso de la fuerza expedicionaria cubana, formada por exiliados, estaba acantonada en una región remota de Guatemala, donde los reclutas recibían un intenso adiestramiento. La Brigada pronto tomó como nombre el número 2506 del soldado Carlos Rodríguez Santana, accidentalmente muerto durante el entrenamiento. El jefe militar seleccionado fue José San Román, un buen oficial de carrera que, muy joven, había servido en las Fuerzas Armadas de Cuba durante el gobierno de Batista, pero terminó por sublevarse, de manera que por un breve período permaneció en el ejército rebelde tras el triunfo de la revolución. El segundo al mando era Eneido Oliva, de biografía más o menos calcada de la de San Román, quien luego en la batalla resultara un excelente militar, y con los años llegaría a ser general de las Fuerzas Armadas norteamericanas. El jefe político era Manuel Artime, la cabeza del MRR, y junto a él y en posición de gran responsabilidad, Emilio Martínez Venegas. Este último debía desembarcar en Cuba al frente de uno de los equipos de infiltración que precederían a los invasores, llevando a cabo actos de sabotaje y maniobras de distracción. Con él estaban, entre otros, Benito Clark José Basulto, Edgar Sopo, Manuel Comellas, Carlos López Oña, Jorge Recarey, y hasta cuatro docenas de telegrafistas, expertos en demolición, inteligencia y el resto de los menesteres propios de esas actividades paramilitares. En una operación independiente, ya se habían infiltrado en Cuba Alberto Müller y Juan Manuel Salvat para preparar un alzamiento en Sierra Maestra, mientras el médico Lino Fernández intentaba un esfuerzo similar en las montañas del Escambray. La moral de los brigadistas era bastante alta. Estaban seguros de que ganarían la batalla final contra el castrismo.

Cuando John F. Kennedy llegó a la Casa Blanca, a fines de enero de 1961, uno de los mayores y más endiablados problemas de cuantos le esperaban era el « asunto cubano» . Cerca de un millar de hombres –llegarían a ser 1 400– aguardaban prácticamente listos para ser lanzados en Cuba, pero la operación no estaba exenta riesgos. Casi semanalmente el Kremlin hacía ominosas advertencias sobre las represalias que podían esperarle a quien atacara a Cuba, y además, desde la perspectiva del flamante presidente no era una buena señal para el mundo inaugurar su mandato con un conflicto bélico en el que Estados Unidos aparecía como el agresor. Por otra parte, a esas alturas resultaba imposible desmantelar los campamentos de Guatemala y poner fin a la operación de la CIA sin exponerse a un mayúsculo escándalo doméstico que se resumía en esta probable acusación: « Así que el anticomunista que criticaba a Eisenhower y a Nixon por su aparente pasividad en el caso cubano, lo primero que hace al llegar a la Casa Blanca es ahogar la estrategia republicana contra Castro.»

Puesto en esa disyuntiva, y con el ánimo de quedar bien con los dos aspectos conflictivos de la situación, Kennedy toma la peor de las decisiones: le daría luz verde a la expedición, pero sin involucrar directamente a las Fuerzas Armadas norteamericanas, y sin que fuera demasiado evidente la relación de Washington con los invasores. Se dedica, pues, a borrar sus huellas en la medida de lo posible y a tratar de reducir las dimensiones de la conflagración bélica. Primero, para bajar el « ruido» internacional cambia el sitio del desembarco. Ya no sería cerca de Trinidad, con las montañas a las espaldas, una ciudad de regular tamaño y bien ganada fama de anticomunista que hubiera podido sumarse masivamente a los expedicionarios, sino elige otro punto a bastantes kilómetros de ese sitio, en una casi deshabitada zona de la costa sur, flanqueada por una ciénaga inhóspita, conocida de dos maneras diferentes: Girón y Bahía de Cochinos. Segundo, aprueba que las tropas sean trasladadas en lentos y pesados barcos de carga, desarmados y sin una debida protección, de manera que tuvieran la apariencia *amateur* de una operación montada enteramente por exiliados. Tercero, reduce el número de incursiones aéreas, sin tomar en cuenta el volumen de fuego de los aviones bombarderos, limitación que dejará en pie a las tres cuartas partes de la aviación de Castro. Kennedy le teme a la alharaca de sus adversarios y sabe que, finalmente, Estados Unidos, bajo su dirección, está haciendo algo para lo que no aviene legítimado por los acuerdos internacionales. No tiene un mandato de Naciones Unidas y ni siquiera ha buscado el apoyo la Organización de Estados Americanos. Sueña, pues, con que mágicamente los invasores, en una operación rápida e indolora, van a derrotar a Castro sin necesidad de una intervención de Estados Unidos. La CIA, que no está de acuerdo con los cambios de planes ni con el encogimiento de la capacidad militar de la Brigada, tampoco presenta grandes objeciones al Presidente. Sin decirlo, los jefes de la operación acaso no descartan que la Casa Blanca, forzada por los hechos, acabaría por ordenar el envío de soldados norteamericanos. Pero es el optimismo lo que prima: abrigan la fantasía de que, tras el desembarco de los expedicionarios, la moral de los comunistas se desmoronará y las tropas se sumarán al adversario. Algo así había sucedido en Guatemala, ¿no?

El 15 de abril, escasos y esporádicos, se iniciaron los bombardeos sobre los aeródromos militares, y el 17 comenzaron a desembarcar los primeros expedicionarios y a ser lanzados los paracaidistas tras las líneas enemigas, dirigidos por Alejandro del Valle. Curiosamente, los equipos de infiltrados que debían colaborar con la invasión no fueron avisados. El grueso de la expedición llegó en varios lentos y antiguos barcos mercantes que muy pronto se convertirían en blancos perfectos para los T-33 y la *Sea Fury* del Gobierno cubano. Otra fuerza más pequeña, con algo más de un centenar de hombres, bajo el mando del capitán *Nino Díaz*, se aproximó a las playas de Oriente, en la otra punta de Cuba, con el propósito de distraer al ejército, pero no encontró las condiciones adecuadas y se abstuvo de desembarcar. El arribo de los expedicionarios a Playa Girón fue precedido por un equipo de hombres-rana, por Eduardo Zayas-Bazán, e inmediatamente comenzó el combate. Contrariamente a lo que señalaba la inteligencia militar, sí había guardias apostados en aquella zona, de manera que a los pocos minutos de iniciado el desembarco ya Castro tenía conocimiento de que, al fin, la anunciada y esperadísima invasión había tocado tierra cubana. En ese momento su instinto le señaló que no podía permitir que sus enemigos consolidaran una cabeza de playa, pues el próximo paso acaso sería instalar un gobierno provisional, buscar el reconocimiento de varios países latinoamericanos y legitimar así una intervención colectiva. Había, pues, que atacarlos sin cuartel hasta destruirlos, propósito que logró en sólo tres días de combates furiosos, lanzando miles de milicianos y soldados sobre los expedicionarios. Tras el hundimiento o la fuga de los barcos de transporte los invasores, aunque habían peleado con valor y eficacia, haciéndole al enemigo cinco bajas por cada una de las que ellos sufrieron, se habían quedado sin municiones, sin defensas contra la incesante artillería del Gobierno o contra los ataques de la aviación, y tuvieron que rendirse en masa para no ser totalmente aniquilados. Sólo unos pocos lograron escapar, pero no siempre con suerte. En un bote que quedó a la deriva durante muchos días varios expedicionarios murieron de hambre y de sed, entre ellos Alejandro del Valle, Raúl Menocal y José García Montes, como luego contarán los horrorizados sobrevivientes Raúl Muxó y Julio Pestonit. No obstante, al contrario de lo que solía ocurrir en el Escambray, se respetó la vida quienes se entregaron. Pero al menos en un caso los captores actuaron despiadadamente: cuando encerraron a un número elevado de prisioneros en un camión hermético para su traslado a La Habana. Al abrir las puertas encontraron nueve expedicionarios muertos por asfixia y otras dos docenas a punto de perecer. Eran más de cien hombres apiñados en una hermética caja de metal bajo el inclemente sol del Trópico, recuerda Amado Gayol, uno de los supervivientes. El responsable de esta criminal negligencia parece haber sido Osmany Cienfuegos, el hermano de Camilo, y el único caso que se conoce de un oficial del ejército rebelde que se inventó unos galones de capitán de Sierra Maestra sin haberse movido jamás de su cómodo exilio mexicano durante la dictadura de Batista. Tal vez creyó que la crueldad en el trato a los prisioneros compensaba su inexistente pasado insurreccional.

Súbitamente, *Camelot*, como le gustaba a Kennedy que llamaran a su ilusionada Administración, se convirtió en *Serendip*, el tragicómico reino en el que todo sucedía al revés de lo previsto. Kennedy había conseguido exactamente lo contrario de lo que se propuso: el mundo entero, ante las pruebas más contundentes, ahora lo acusaba de haber lanzado una operación militar contra un país con el que no estaba formalmente en guerra, y la invasión, además, había fracasado. Y si el presidente americano antes no había sabido qué hacer con el millar largo de reclutas apostados en Guatemala, ahora tendría que afrontar la enorme vergüenza de, por su culpa, por su impericia, por sus indecisiones y, sobre todo, por su total desconocimiento de quién era Castro, esos hombres ahora estaban presos en las cárceles cubanas y unos ciento cincuenta habían perecido en una absurda batalla. Situación que se le hacía terriblemente incómoda, dado que afectaba directamente a exiliados interlocutores de la CIA y de la propia Casa Blanca, pero entre los prisioneros estaban los hijos y familiares cercanos de dirigentes civiles del Consejo Revolucionario Cubano, y de políticos y empresarios muy notables de Cuba: José Miró Torras, *Carlitos* Varona, José Andreu, Juan y Jorge Suárez Rivas, Rafael Montalvo, Waldo Castroverde, Enrique Llaca, Jorge Alonso, Ernesto Freyre, Julio Mestre, Alfredo Durán, Jorge y Julio Tarafá y otra decena de personas muy conocidas y respetadas entre la comunidad de exiliados.

Para Castro, al contrario, el episodio de Playa Girón significaba el más sensacional triunfo de su vida política. Esta victoria le había dado la oportunidad de plantear clara y desembozadamente la militancia comunista de la Revolución. Lo hizo el día 15 de abril, cuando comenzaron los bombardeos, quemando todas las naves ideológicas, obligando a la sociedad a definirse y a los soviéticos a comprometerse a fondo. Pero todavía había otras ventajas políticas de mucho más calado: la fallida invasión le dio la coartada perfecta para que la policía política detuviera sin contemplaciones a decenas de millares de opositores reales o potenciales, que fueron hacinados en estadios deportivos y edificios públicos custodiados por el ejército, quebrándoles el espinazo a prácticamente todas las organizaciones anticomunistas que existían en el país. Y una vez apresados e identificados los prisioneros, algunos de los mayores de la oposición fueron fusilados sumariamente. Así murieron, entre otros, el ex comandante del ejército rebelde Humberto Sorí Marín, Rogelio González Corso, Antonino Díaz Pou, y dirigentes del *Directorio* Virgilio Campanería y Alberto Tapia Ruano. Dureza que no constituyó un caso excepcional, sino que fue la norma durante los días de la invasión: en las cárceles políticas fueron colocadas cargas de dinamita y los guardianes recibieron el orden de asesinar a todos los presos en caso de que los expedicionarios, efectivamente, consolidaran sus posiciones. Asimismo, todas las embajadas extranjeras, en las que unos cuantos centenares de opositores habían recibido asilo, permanecían rodeadas por el ejército, y se sabía que los soldados, estaban preparados para el asalto de los recintos diplomáticos. Si la invasión hubiera triunfado, o si el régimen se hubiera visto en peligro de que tal cosa sucediera, miles de cabezas habrían rodado antes de llegar al desenlace, recuerda Aldo Messulán. Si Castro perdía el poder, su final hubiera llegado en medio de un estruendo wagneriano. Él lo decía constantemente: no estaba frente al guatemalteco Árbenz.

Pero ganó. A fines de abril, disipado el humo de la batalla, Castro tenía razones para sentirse feliz y seguro. Casi toda la oposición estaba descabezada, sus líderes presos o muertos, las guerrillas que resistían en el Escambray eran cada vez más débiles, y el gobierno de Kennedy, a cuya cuenta había ido a parar el fracaso, se había quedado sin fórmulas para intentar derrocarlo. Todavía sostenido por la CIA, pero desorientado y sin funciones, aún se mantenía en Miami el *Consejo* presidido por un Miró Cardona y por un Tony Varona atribulados por la derrota y la prisión de sus hijos, coléricos por la traición de que habían sido objeto, pero, aunque nadie lo admitía, era evidente que la fase guatemalteca ya se había agotado frente a la realidad política cubana. Si Estados Unidos insistía en derribar al Gobierno cubano, tendría que hacerlo con sus propias tropas. Al mismo tiempo, Moscú había tomado buena nota del desarrollo de los hechos. La imagen de Castro había adquirido una colosal dimensión en todas partes, pero muy especialmente en la URSS, donde aparecía como el líder, ya comunista declarado, que le había infligido una derrota humillante a Estados Unidos. El Kremlin, por primera vez en su historia, podía contar en América Latina con un aliado fiable y peleador que no se dejaba arredrar por Estados Unidos, y daba la impresión de que el presidente norteamericano era un tipo blando e irresoluto relativamente fácil de intimidar. Este dato era importante, pues Estados Unidos, como consecuencia de la Guerra Fría, y para evitar la paridad nuclear, desarrollaba la estrategia de rodear a la URSS de bases militares desde las que se apuntaba a Moscú con aviones y misiles atómicos, como los colocados en Turquía, y podía ser una magnífica idea reproducir en Cuba el mismo esquema, de manera que los norteamericanos comenzaran a vivir con la cuchilla colocada a dos centímetros de la yugular, exactamente igual a lo que ocurría a los ciudadanos soviéticos. Algo de esto, incluso, les habían susurrado los cubanos en otro momento a los soviéticos, pero justificándolo desde un ángulo diferente: si Estados Unidos sabía que en Cuba había armas nucleares capaces de destruir a la Nación americana, o, por lo menos de causarle un daño enorme, se abstendría de intentar el derrocamiento del gobierno de Castro. Nadie juega con fuego. Especialmente con fuego nuclear.

Tras el fiasco de Bahía de Cochinos, como le llamó la prensa norteamericana a este incidente, Kennedy se enfrentaba a dos problemas diferentes con relación a Cuba. Uno, de carácter moral humanitario: cómo rescatar a los 1 400 hombres presos y sentenciados en las cárceles cubanas. El otro, de orden estratégico: era evidente que, estimulados por el fracaso de la invasión, los soviéticos aceleraban sus lazos militares y políticos con Cuba, algo que ponía muy nerviosos a los analistas del Pentágono. Al primer asunto pronto, afortunadamente, comenzó a encontrarle una solución: Castro estaba dispuesto a amnistiarlos y devolverlos a Estados Unidos mediante una copiosa compensación en trajes, medicinas y alimentos. No era exactamente un gesto de bondad, sino una calculada medida política para humillar a sus adversarios yanquis y cubanos con una operación en la que los soldados derrotados, como si fueran cosas, eran canceados por potes de compota o cajas de penicilina. Castro pensaba, además, que mantener a esos soldados presos en las cárceles cubanas era alimentar la obligación y los compromisos de Estados Unidos con la oposición, así que le pareció mucho más rentable, a su debido tiempo, reembarcarlos rumbo a Miami, adonde irían a rumiar sus frustraciones, y en donde muy difícilmente intentarían repetir la aventura. Las delicadas operaciones para efectuar el canje fueron juiciosa y trabajosamente llevadas a cabo por algunos de los familiares de los prisioneros, llegaron a buen fin hasta muchos meses después, cuando a Castro le pareció oportuno.

De la crisis de los misiles a la muerte de Kennedy

El segundo problema –la creciente presencia soviética en la Isla– ahora tenía que ser abordado por Kennedy de forma diferente. Ya no se podía insistir en invasiones de exiliados o en la reorganización de la lucha clandestina en Cuba. Esos escenarios habían definitivamente liquidados con Bahía de Cochinos. Si se persistía en la idea de derribar a Castro –algo que se convirtió en una obsesión para los hermanos Kennedy, puesto que Bobby, el Fiscal General también la había hecho suya– la única opción disponible, llena de riesgos y muy costosa, era lanzar directamente al combate a las Fuerzas Armadas norteamericanas. Habría, naturalmente, cubanos anticomunistas en esa invasión, pero actuarían como parte de las tropas norteamericanas, plan que le comunicó la CIA a los dirigentes del Consejo Revolucionario Democrático en el verano de 1962. Por esas fechas, un alto oficial de ese organismo viajó a Miami i mantuvo conversaciones secretas con Miró Cardona y con Tony Varona: la Casa Blanca estudiaba la posibilidad de invadir Cuba, y, ante esa contingencia, era indispensable sondear la viabilidad de reclutar jóvenes exiliados que desembarcarían junto a las tropas norteamericanas. Esta vez no habría traición. Estados Unidos jamás abandona a sus hombres en medio de la batalla. Pero mientras eso ocurría en Estados Unidos, algunos cubanos recién llegados al exilio aportaban pruebas y testimonios que describían una presencia

rusa en Cuba bastante mayor que la inteligencia norteamericana hasta ese momento. En efecto: cuarenta mil soldados y técnicos soviéticos trabajaban febrilmente en el fortalecimiento de las defensas de Castro, iniciando la construcción de bases militares con rampas de lanzamiento capaces de disparar enormes misiles nucleares contra Estados Unidos. Era, pues, como dos trenes en marcha que recorrían el mismo camino pero en direcciones opuestas. En algún momento se produciría la inevitable colisión.

Ocurrió en octubre de 1962. En los primeros días de ese mes los servicios de espionaje aéreo colocaban sobre la mesa de Kennedy las pruebas irrefutables de que se preparaba el emplazamiento de cohetes nucleares capaces de destruir a Estados Unidos tras pocos minutos de vuelo. Ante esta evidencia, Kennedy dio la orden de poner en alerta a las Fuerzas Armadas norteamericanas y acelerar inmediatamente el reclutamiento de exiliados en unas llamadas *Unidades Cubanas* que enseguida comenzaron a reclutarse en Miami para ser enviadas a Fort Knox en el estado de Kentucky. La opción más probable consistía en ordenar la destrucción preventiva de las instalaciones militares en la Isla y el inmediato desembarco de las tropas norteamericanas. La tensión aumentaba por horas y los incidentes se multiplicaban. A los pocos centenares de cubanos ya situados en el campamento de Kentucky, como recuerda José de la Hoz, los llevaron inmediatamente al campo de tiro para enseñarlos a disparar, y el capellán les preguntó quiénes eran católicos y querían confesarse, pues no deberían tardar en entrar en acción. En la Isla todo el ejército cubano estaba también en zafarrancho de combate. Castro no admitía el *derecho* de aviones espía a volar sobre su territorio, y en medio de la crisis uno de ellos, un U-2, fue derribado por un cohete aparentemente lanzado desde una base controlada por los soviéticos. La guerra parecía inminente e inevitable ante la alternativa planteada por la Casa Blanca: o los rusos retiraban los misiles de Cuba o se produciría el enfrentamiento militar. Cuba fue bloqueada por la marina norteamericana. Castro, siempre belicoso e indomable, le sugirió a Kruschev que no cediera. En un telegrama cifrado, uno de los textos más irresponsables de la historia, le pidió que atacara primero a Estados Unidos, sin importarle lo que pudiera ocurrir con Cuba, pues los patriotas cubanos estaban dispuestos a morir por la digna causa del socialismo. En el último minuto Kruschev dio la orden de retirar los misiles. La Tercera Guerra mundial no estallaría por su culpa. Y hubiera estallado, porque lo que entonces no sabían los norteamericanos, primero, que ya había algunos misiles listos para ser disparados; y, segundo, y mucho más escalofriante, que en ese momento existían en Cuba armas nucleares tácticas en manos de los rusos que podían ser utilizadas a discreción por los oficiales de unidades menores. Si las tropas norteamericanas hubieran desembarcado en Cuba, un simple coronel de infantería de las fuerzas soviéticas apostadas en la Isla hubiera podido dar la orden de atacarlas con estas «pequeñas» armas atómicas –capaces de borrar del mapa a un regimiento en un segundo–, que con toda probabilidad hubiera desencadenado una respuesta nuclear total contra la URSS.

La *Crisis de los Misiles* –como la bautizó la prensa– se saldó con una victoria política para Kennedy, que había demostrado una firmeza hasta entonces nunca vista, y con un Kruschev derrotado que recibió, sin embargo, un secreto premio de consolación concedido para tranquilizar a los militares soviéticos humillados por el incidente: Estados Unidos decidió sacar de Turquía los «obsoletos» misiles Júpiter que apuntaban hacia Rusia desde una base de la OTAN. Ése fue el *quid pro quo* pactado con Moscú. Castro, no obstante, se sintió profundamente humillado porque el acuerdo Kennedy–Kruschev había sido negociado a sus espaldas, aunque él también obtuvo una notable ventaja del arreglo: Estados Unidos se comprometió a no invadir Cuba, siempre y cuando la URSS se abstuviera de utilizar la Isla para colocar armas ofensivas que pusieran en peligro la seguridad norteamericana. Es decir, Castro había logrado con la retirada de los misiles el mismo objetivo que había propuesto cuando pidió que los instalaran: impedir una invasión norteamericana. En diciembre de ese mismo año, a las pocas semanas de haberse zanjado la más peligrosa disputa de la historia, casi todos los prisioneros de Bahía de Cochinos eran amnistiados y aterrizaron finalmente en Estados Unidos. Así Castro liberaba a Kennedy de un compromiso del que el mandatario norteamericano sólo podía evadirse destruyendo al Gobierno que los mantenía en la cárcel. Era una jugada inteligente de Castro y en el momento correcto. Los invasores estuvieron en la cárcel menos de dos años. Sólo unos pocos no fueron excarcelados. El Gobierno les cobró algunas cuentas políticas pendientes.

Pero Kennedy no era un estadista frío, sino un hombre bastante más visceral y emotivo de lo que percibía la opinión pública. Tan pronto los ex prisioneros de la Brigada 2506 arribaron a Miami, el presidente participó en un acto público junto a Jackie, su mujer, y recibió de manos de los jefes de la Brigada una bandera cubana, prometiendo que algún día la devolvería en una Cuba liberada del comunismo. Y no lo decía de una manera ritual para halagar a los cubanos, sino porque continuaba decidido a terminar con la dictadura cubana, aunque se hubiera visto obligado a descartar cualquier proyecto de invasión directa. ¿Cómo lograr ese objetivo? Una medida que enseguida autorizó fue la creación de comandos exiliados cubanos que se infiltrarían en Cuba, recabarían inteligencia y atacarían objetivos del Gobierno para mantener viva la llama de la esperanza. Los comandos aparentarían ser independientes, mas estarían alimentados por la CIA. Pero la más importante de todas las medidas debía permanecer en secreto: el asesinato de Fidel Castro. Era un acto tremendamente audaz, pero parecía ser el camino más directo para terminar con el comunismo, puesto que todos los expertos coincidían en que la cubana era una tiranía personal, pendiente de la autoridad casi ilimitada del Máximo Líder. Muerto Castro, el pronóstico era que la Revolución colapsaría al poco tiempo. ¿Y quién podía ponerle el cascabel a ese gato montaraz y arañador? La respuesta que se dio Kennedy no fue la más inteligente ni resultaba moralmente aceptable proviniendo del líder democrático de un Estado de Derecho: la mafia. La mafia que era perseguida en Estados Unidos por cometer crímenes horrendos, iba a ser discretamente requerida para que en Cuba le prestara un servicio sangriento a la nación americana. Era un total despropósito, pero ni siquiera se trataba de la primera vez que tal cosa ocurría: durante la Segunda Guerra mundial el Gobierno norteamericano le había pedido a *Lucky* Luciano cierta cooperación para ayudar al desembarco aliado en Sicilia. Seguramente alguien recordó el precedente cuando *Bobby* Kennedy comenzó a moverse en esa peligrosísima dirección.

Sólo que en ese pacto con la mafia tal vez esté la raíz del asesinato del propio presidente Kennedy. Como se sabe, en noviembre de 1963 Kennedy fue abatido por un francotirador llamado Lee Harvey Oswald, miembro del Comité pro justo trato para Cuba, una organización de simpatizantes castristas fundada a principios de la década ante la presencia del propio Che Guevara, a la sazón de visita en Estados Unidos. Oswald, que parece haber sufrido serios desajustes mentales, había vivido en la URSS, adonde dijo trasladarse por afinidad ideológica, se había casado con una rusa, pocos días antes de la muerte de Kennedy había estado en la embajada cubana en México, y, finalmente, frente a docenas de periodistas y fotógrafos, cuando era trasladado de prisión, un conocido hampón, Jack Ruby, lo asesinó.

¿Qué fue lo que realmente sucedió? Hay mil hipótesis y el expediente todavía está abierto. Sin embargo, el presidente Johnson, sucesor de Kennedy, según sus colaboradores más íntimos, vivió y murió convencido de que las manos de Castro y de la mafia, combinadas, eran responsables de este crimen. ¿De qué manera? El famoso periodista Jack Anderson, el columnista «sindicado» de más difusión en el país, llevó a cabo una investigación que luego transmitió por la televisión norteamericana reconstruyendo los hechos de la siguiente forma: Fidel Castro descubre que la mafia planea ejecutarlo por instrucciones de Kennedy y, muy dentro de su psicología ojo por ojo y diente por diente, decide responderle al presidente en el mismo terreno: para eso cuenta con un extraño sicópata llamado Oswald entre sus simpatizantes fichados. A la mafia, por su parte, la amenaza convincentemente: los servicios secretos cubanos pueden comenzar a matar mafiosos impunemente, y sin la menor posibilidad de que se les devuelva el golpe, porque los pandilleros norteamericanos ni siquiera saben a quiénes tienen que enfrentarse. Ellos, los mafiosos, están preparados para pelear contra otras bandas, o para matar a ciertas personas mediante «contratos», pero no pueden luchar contra enemigos sin rostro que poseen mejores armas, están mejor entrenados y cuentan con un santuario al cual escapar si corren peligro. Al FBI, sujeto en una maraña legal, le es muy difícil derrotar a la mafia, pero para la Dirección de Inteligencia de Cuba es relativamente fácil. ¿Y qué tendría que hacer la mafia para quitarse de encima esa amenaza? Matar a Oswald y eliminar con ello las huellas de La Habana en el asesinato de Kennedy.

¿Es cierta esta teoría? Quién sabe. Por lo menos tiene una estructura lógica. Pocos días antes de la muerte de Kennedy, Castro, de visita en la residencia del embajador brasilero en La Habana, declaró, enigmáticamente, que las armas que hoy le apuntaban a él, mañana podían volverse contra quien las pagaba. Era la teoría de Johnson y la de Anderson, pero hay otras en las que los villanos son exiliados cubanos o agentes de la CIA o magnates del petróleo o todos juntos y revueltos. Sin embargo, esta teoría contiene, por lo menos, cuatro datos incontrovertibles: lo único que sabemos con toda certeza es que Oswald mató a Kennedy, que estaba en contacto con los agentes de Castro, que Ruby mató a Oswald, y que Ruby no era un idealista trastornado por delirios ideológicos, sino un tipo mafioso que regentaba un cabaret de mala muerte. Y si la teoría es cierta, ¿por qué Robert Kennedy, que siguió siendo por un tiempo Fiscal General de la nación no la exploró hasta el final? Porque hubiera hecho pública su bochornosa y delictiva complicidad con la mafia en el intento de asesinato de un jefe de Gobierno, por muy comunista y enemigo de Estados Unidos que fuera, y tal vez ése hubiera sido el fin de su carrera política, el comienzo de un grave pleito de carácter penal y una clara deshonra para su hermano muerto.

Pero da igual si los perros son galgos o podencos. Lo cierto que con la muerte de Kennedy el derrocamiento de Castro dejó ser una obsesión de la Casa Blanca, y poco a poco se fueron extinguiendo las medidas activas encaminadas a tratar de destruir la dictadura cubana. A partir de los balazos de Dallas, el sucesor de Kennedy, Lyndon Johnson, que no se sentía personalmente humillado por Bahía de Cochinos, ni padecía una especial aversión a Castro, ni contaba con amistades entre los exiliados, orilló la «cuestión cubana» y empezó a combatir tenazmente a su propio enemigo vietnamita. Por otra parte, reconocer la vinculación de Castro con la muerte de Kennedy, dada la indignación que esto hubiera provocado a la sociedad norteamericana, ineludiblemente implicaba invadir a Cuba y arriesgarse a una guerra con la URSS, algo que atomizaba a Johnson, como se desprende de sus conversaciones con el senador Richard Russell y de las confidencias que le hiciera a Joseph Califano, su secretario de Salud, Educación y Bienestar Público, luego reveladas por el veterano periodista Henry Raymond. Lo más prudente, pues, acaso era enterrar cuanto antes el asesinato de Kennedy –para lo cual se creó la escasamente creída Comisión Warren– y aprender a convivir con un Fidel Castro al que resultaba muy difícil o peligroso tratar de desalojar del poder.

Quedaron, eso sí, como reliquias de la etapa anterior, y como consecuencias de la Guerra Fría, una «política cubana» basada en el sostenimiento de tres objetivos de largo alcance inscritos dentro de la estrategia general de contención del comunismo: el mantenimiento de presiones económicas (embargo), aislamiento político y diplomático de Cuba, y propaganda e información constantes sobre la realidad de la Isla. Pero ya nadie volvió a pensar en invasiones o en esfuerzos subversivos serios. El tiempo, suponían resignados, se encargaría de resolver lo que los políticos norteamericanos y los cubanos anticastristas no fueron capaces de solucionar. Desaparecido Kennedy, no había más peligros importantes en el feliz horizonte de un Castro al que se le había despejado su sendero hacia la gloria.

¿Para qué todo esto? Quiero decir: ¿para qué se hacía la Revolución, ese enorme y sangriento esfuerzo? La respuesta de Fidel Castro y de su círculo más próximo contenía dos elementos estrechamente relacionados: para cambiar a Cuba y para cambiar al mundo. Y « cambiar » para ellos quería decir terminar con las injusticias de unas sociedades en las que unas personas habían acumulado riquezas y otras habían sido « desposeídas » de esas riquezas. Cambiar a Cuba significaba crear una sociedad igualitaria en la que todos tuvieran un alto nivel de prosperidad y desarrollo, quitándoles sus bienes a los que los tenían para dotar con ellos a los que no tenían, pues las igualdades parecían repugnarles de una manera visceral. Para los castristas, inmersos en una concepción muy antigua de la economía, la riqueza era una cosa estática, algo metido en un cofre, una cantidad inmutable de recursos que había que repartir « correctamente ». El mismo razonamiento luego se extendía al plano internacional. Al margen del placer mismo que les producía la aventura subversiva –esa grata e intensa sensación física de luchar por una causa sagrada y ser los heroicos protagonistas de una gran hazaña–, había que terminar con las injusticias de los países que todo lo poseían y todo lo consumían, mientras otros apenas alcanzaban los niveles mínimos de supervivencia. Para Castro y su más próxima gente, las naciones prósperas no habían creado con su trabajo e inventiva la riqueza de que disfrutaban, sino que se la habían arrebatao a las naciones más débiles: el desarrollo era un juego de suma-cero.

Ésa era la visión. Castro y sus hombres de confianza vivían en un mundo cruel e injusto que manifestaba su miseria moral en unas desigualdades que servían para explicar el bienestar de unos y la miseria de otros. Y era paradójica esa postura, pues a Fidel y Raúl les hubiera bastado analizar la biografía de Ángel Castro, el laborioso padre, inmigrante trabajador como tantos gallegos, para comprobar que la riqueza no se le quita a otros, sino que se hace, se crea, beneficiando en ese proceso a numerosas personas. Y si la sagacidad les hubiera alcanzado para trasladar ese juicio al plano internacional, les hubiera resultado muy fácil comprobar que las naciones más ricas del planeta eran aquellas que no se caracterizaban por la creación de imperios explotadores, como era el caso de Suiza, Dinamarca, Alemania o Suecia, mientras algunos de los imperios mayores y más tenaces de la historia –Portugal, Turquía, España– no consiguieron desarrollarse convenientemente. En todo caso, sujetos a ese evidente error intelectual que lastraba de inicio la gestión de Gobierno, el castrismo deducía su *misión* de este pobre diagnóstico. La misión que se autoasignaban, o que les deparaba la Historia, así con una dramática mayúscula, era corregir desniveles. ¿Cómo? En primer lugar, transfiriendo los activos de « pocas » manos en que se encontraban a un Estado benefactor administrado por revolucionarios justos que multiplicarían esa riqueza en beneficio de todos. El estado-empresario sería la panacea. Estado que tendría a su cargo la tarea de industrializar el país a marcha forzada mediante el relativamente simple procedimiento de importar fábricas llave-en-mano del mundo socialista. Todo era coser y cantar. Si los revolucionarios habían podido derrotar a Batista a tiro limpio, con la misma eficiencia podían fabricar automóviles o exportar helicópteros. Y se lo creían, claro que se lo creían a pie juntillas: el Che Guevara en Punta del Este, Uruguay, en 1962, ante una asombrada asamblea internacional, explicó sería y candorosamente cómo en el plazo de apenas una década Cuba ya habría alcanzado a Estados Unidos y estaría a la cabeza del mundo.

En realidad, se trataba, ante todo, de un problema de falta de preparación. Prácticamente la totalidad de los dirigentes eran universitarios, pero sus títulos académicos no les impedían ser unos perfectos ignorantes, tanto en materia de Gobierno como en los asuntos relacionados con la economía. Fidel Castro era un abogado sin experiencia. Raúl Castro apenas había aprobado algunas asignaturas de Ciencias Sociales. El Che era un médico recién graduado que había servido en un leprocomio por un breve período. Carlos Rafael Rodríguez había estudiado derecho y economía marxista, pero toda su vida no había sido otra cosa que un dedicadísimo *apparatchik*, modestamente subsidiado por el PSP, dedicado a las batallas internas del Partido, aunque había llegado a ser ministro sin cartera en el gabinete de Batista de los años cuarenta. Antonio Núñez Jiménez era un geógrafo y espeleólogo aficionado. Alfredo Guevara había estudiado filosofía y letras, pero el valor que Fidel y Raúl Castro le asignaban, y por lo que de alguna manera lo distinguían, era por cierto refinamiento personal, expresado en sus modales más que en sus ideas, que deslumbraba a los rústicos hermanos. Pero ninguno de ellos, en verdad, tenía la menor idea sobre cómo se creaba la riqueza o sobre cómo se destruía, salvo los disparates que habían aprendido por medio de la vulgata marxista dispensada en aquellos tiempos. Fidel Castro, por ejemplo, había tomado algunos cursillos en la sede del Partido Socialista Popular a fines de los años cuarenta, en la calle Carlos III 609., como recuerda Bernardo Martínez Niebla, ex dirigente provincial del PSP, donde en tres lecciones mágicas y vertiginosas, muy apropiadas para su furiosa impaciencia, le contaron el cuento marxista de la plusvalía y otras superficialidades maravillosamente útiles para « entender » los conflictos de la sociedad de una manera urgente, aunque minuciosamente equivocada.

El otro problema de estos revolucionarios era la absoluta ausencia de experiencia empresarial, y, en los casos de Fidel y Raúl, incluso laboral. Para ellos la vida había sido la violencia o la discusión política a vuelo rasante en medio de chorros de café y bajo la densa capa de humo expedida por los habanos. Era revolucionarios del género tertuliano. Jamás habían sometido sus hipótesis a un análisis académico serio y mucho menos las habían contrastado con la experiencia empírica. Hablaban incesantemente, sin tregua, mesura o conciencia de su propia ignorancia. No sabían lo que eran el trabajo, el ahorro, la inversión, pero estaban seguros de lo que había que hacer para transformar a Cuba en una nación puntera. Ignoraban el manejo de una nómina, la formulación de presupuestos, el desarrollo de planes de corto, medio o largo alcance. Jamás se habían enfrentado a responsabilidades económicas propias. Hasta el momento de alcanzar el poder, habían vivido del dinero enviado por el padre, o de las arcas de la Revolución, pero nunca se habían asomado al mundo real de la producción, y mucho menos a la literatura que explicaba en dónde radicaban las ventajas del capitalismo y su mayor eficiencia frente al socialismo como modo de crear y asignar riquezas. Aislados por unas espesas orejeras ideológicas, ninguno de ellos jamás había oído hablar de la Escuela Austriaca –ya insistentemente mencionada en La Habana por el notable empresario Goar Mestre–, de Marshall, de Mises, Hayeko de cualquier otro persuasivo defensor del mercado. Teñidas sus entendederas por una leve pátina marxista, aun cuando se proponían conseguir el desarrollo de Cuba, ni siquiera habían tenido la mínima curiosidad de asomarse al fenómeno de la Alemania de Ludwig Erhard, aquel democristiano liberal de la Escuela de Friburgo, autor de un verdadero milagro de recuperación y desarrollo que estaba ocurriendo precisamente en la década de los cincuenta, ante los ojos cerrados pero vehementes de los revolucionarios cubanos. ¿No sabían lo que estaba sucediendo en la Alemania occidental, en contraste de lo que acontecía en la comunista, mientras ellos soñaban con el socialismo radical? Del simple examen de esa experiencia –o de la japonesa– hubieran podido deducir otros caminos mucho más racionales si de verdad querían lograr la rápida prosperidad de los cubanos, pero esas vías moderadas y trabajosas carecían de *glamour* revolucionario. Era fórmulas burguesas sin el menor atractivo para los *hombres de acción*, como entonces se autotitulaban con cierto orgullo encharcado en testosterona.

¿Acaso era imposible en Cuba, en esa época y en ese momento, entender el desarrollo de otro modo que el que proponían los marxistas? Falso. Todo era cuestión de ponderar correctamente las causas de la pobreza. Exactamente por los mismos años en que Castro intentaba su « gran salto adelante » desde postulados tercermundistas, Singapur, que en 1963 alcanzaba la independencia, se proponía los mismos objetivos, pero elegía el camino del mercado, la propiedad privada y la colaboración estrecha con el Primer Mundo. Lee Kwan Yew, que también era un revolucionario dispuesto a « quemar etapas », en lugar de elegir el modelo chino o ruso, con todo sentido común se acogía al japonés. ¿Resultado? Casi cuarenta años más tarde, el enclave asiático –que tampoco, por cierto, es un dechado de virtudes democráticas–, aun cuando había partido de una situación de total inferioridad con relación a Cuba, ha erradicado totalmente la pobreza, posee treinta veces el PIB per cápita que tienen los cubanos, y sí ha alcanzado los niveles de prosperidad de Estados Unidos, pero con menos desigualdades. Los objetivos que el Che había descrito no eran, pues, irreales más el camino para lograrlos discurría por otro rumbo. El problema era de formación y de información. Castro y su corte tenían, sencillamente, unas ideas absurdas que condujeron el país al desastre total e hicieron descender a Cuba del tercer lugar latinoamericano en nivel de desarrollo, tras Argentina y Uruguay, al más miserable del Continente, exceptuando Haití y la Nicaragua empobrecida por los sandinistas.

Podría decirse –Castro lo ha alegado alguna vez– que los ejemplos asiáticos no son extrapolables a Cuba por las diferencias culturales que existen, pero entonces es posible recurrir a otro caso mucho más próximo: precisamente en 1959, tras veinte años de experimentación con el estatismo, el nacionalismo económico y la autarquía, la España de Franco comenzó a abrirse al mercado y a la globalización –aunque entonces esta palabra no era frecuente–, y dio inicio a un enérgico cambio de de modelo económico. En ese año de 1959, España era más miserable que Cuba y miles de gallegos, asturianos y canarios buscaban formas de emigrar a la Isla caribeña, no sólo por razones económicas, sino por la total afinidad cultural entre los dos países. ¿Adónde nos conduce esta comparación? Mientras Cuba se empobrecía radicalmente, España tomaba un camino ascendente hacia el Primer Mundo, hoy posee uno de los más altos niveles de calidad de vida en todo el planeta, y se ha convertido en una especie de sueño dorado para millones de cubanos que estarían dispuestos a marchar a la Península si tuvieran el privilegio de obtener una visa.

Por supuesto que los revolucionarios cubanos, de no haber padecido la pereza intelectual que los aquejaba, hubieran podido hacer las cosas de otro modo, pero estaban psicológicamente impedidos para esa tarea, desde el momento en que habían constreñido la inmensa complejidad del desarrollo de los pueblos a la existencia de tres categorías morales: las víctimas, los victimarios y los salvadores. Las víctimas eran los pobres, los que habían sido brutalmente privados de algo que supuestamente les pertenecía y que estaba en poder de otros. Esos otros eran los victimarios, los capitalistas, los ricos, los propietarios egoístas, incapaces de sentir solidaridad. Los salvadores de las víctimas, naturalmente, eran los revolucionarios. Era ellos mismos. Ellos eran sabios: sabían lo que había que producir, cómo, cuándo, dónde; y sabían la porción que debía tocarle a cada cubano para que el reparto fuera a equitativo. Y como eran dueños de esas certezas indudables y del correspondiente encono moral que les producía la injusticia, estaba dispuestos a aplastar a los victimarios y a sus « amos » extranjeros, especialmente a los yanquis que mantenían a los países pobres en la miseria. Por eso había que luchar contra ellos en todos los terrenos y en todos los momentos, y de ahí que todas las batallas, por remotas que fueran, y por extraño que resultara el enemigo, tenían una justificación. Era batallas teológicas contra el Mal.

Es fundamental tener en cuenta esta carencia intelectual, ese análisis raquítico de los revolucionarios, porque es de esta forma simplista y maniquea de entender a los seres humanos y los conflictos que los enfrentan de donde luego se derivan los inmensos atropellos que son capaces de cometer contra el prójimo y la absoluta tolerancia que poseen con sus propios errores. ¿Qué importa privar de sus bienes a cientos de miles de personas, si el mero hecho de ser propietarios demuestra la responsabilidad que tienen por la pobreza de los « desposeídos »? ¿Qué importa encarcelar o fusilar a cientos o a millares de personas si sólo se trata de victimarios, de viles « gusanos » moralmente deformados por el egoísmo? ¿Qué importa equivocarse mil veces en la administración de los asuntos públicos, generar más problemas de los que se pretende resolver, crear más pobreza e injusticias, si la intención que animaba a los revolucionarios/salvadores son puras y honestas? A las personas hay que juzgarlas por sus actos. Menos a los revolucionarios/salvadores. A éstos hay que juzgarlos por sus intenciones.

Gusanos, homosexuales y hombres nuevos

Así las cosas, en los primeros años de la Revolución fue destruido totalmente el sistema económico que hasta ese momento había sostenido a la nación cubana y la compleja trama empresarial creada durante siglos. Primero vinieron las confiscaciones de 1959 y 1960, cuando se « recuperaron » en beneficio del Estado los bienes en poder de los batistianos. Luego siguieron las empresas que poseían un matiz ideológico. Ahí cayeron, fundamentalmente, los medios de comunicación y los centros de enseñanza privados, de manera que la sociedad civil de la era prerrevolucionaria no pudiera articular su defensa. Más tarde, en octubre de 1960, la gran propiedad industrial y comercial, nacional y extranjera, fue confiscada en 24 horas mediante un decreto fulminante. Súbitamente, el Estado cubano, que poseía una mínima experiencia gerencial, se vio obligado a administrar el 50 por ciento del PIB. Y unos años más tarde, en 1968, tras una llamada *ofensiva revolucionaria*, todo el pequeño tejido empresarial que quedaba en el país –unas 50 000 minúsculas empresas, casi todas familiares– pasó a poder del Estado, porque Fidel Castro –contra la tímida oposición de Carlos Rafael Rodríguez– estaba convencido de que el papel del Gobierno era el de arreglar paraguas, cambiar suelas de zapato o componer neveras, para así evitar, a toda costa, que algún cubano pudiera ponerse a salvo del control de los burócratas gubernamentales y manejar su propia intención. Poseer propiedad era una manera de tener poder, y Fidel Castro estaba decidido a que nadie en la Isla lo tuviera, salvo él mismo. Cuba se convirtió entonces en un estado más comunista aún que la propia URSS.

Esas confiscaciones provocaron el éxodo masivo de la clase empresarial y de numerosos profesionales que veían cómo se encogía su horizonte vital. El país fue insensiblemente drenado de lo que hoy se llama *capital humano*, y con cada emigrante que escapaba se debilitaba la fuerte ética de trabajo que caracterizaba al conjunto de la sociedad cubana, sustituyéndola por la actitud pasiva de quien espera que el Estado le solucione todos sus problemas, pues éste ha asumido el control de sus vidas. A esas personas y a no les era dable soñar con un mejor destino personal y familiar que dependiera de su propia iniciativa. Era el Partido el que les decía dónde podían trabajar, cuánto podían ganar y de qué forma estaban a autorizados a gastar ese dinero. Pero ésa era sólo una parte de las limitaciones impuestas a la sociedad. El Partido, además de racionar los alimentos para determinar cuánto y qué debían ingerir los cubanos, también establecía las reglas éticas e interpersonales del grupo. Era los comunistas los que decidían qué ideas eran justas y cuáles resultaban execrables; qué libros debían leerse y cuáles estaban destinados a la hoguera; qué música se ajustaba al patriotismo y cuál denotaba una actitud proyanqui y entreguista, como esos Beatles roqueros creados por el perverso imperialismo. Nada escapaba al ojo implacable del Partido: qué ropas y qué corte de pelo tenían raíces nacionalistas, y cuáles, por el contrario, ponían de manifiesto personalidades perdidas de cosmopolitismo. Incluso, el Partido sabía y decidía qué personas podían frecuentarse y cuáles debían rehuirse para no ser culpables de establecer o mantener vínculos con gentes políticamente indeseables. Había, pues, que volver el rostro ante la proximidad de viejos conocidos enfrentados al Gobierno, y hasta de familiares incómodos, porque para los revolucionarios no existía otra relación aceptable que la que se establecía con el correligionario sin tacha. De manera que un revolucionario cabal tenía que renunciar al trato de sus padres, hijos o hermanos si éstos caían en desgracia u optaban por exiliarse, pues abandonar Cuba era calificado como una sórdida forma de traición a la patria, actitud que ni siquiera podía achacarse al infantilismo político de los primeros tiempos, pues en fecha tan reciente como julio de 1999, cuando unos jugadores de baloncesto deciden permanecer en Puerto Rico tras un torneo internacional, el padre de uno de ellos, Ruperto Herrera, presidente de la Federación de ese deporte en Cuba, al conocer la noticia, los declara traidores a la nación en que nacieron y proclama la inmensa vergüenza que le produce la inalficible « deserción » de su hijo, un muchacho que sólo pretendía seguir jugando *basket* en un país en el que los ciudadanos fueran tratados como personas y no como cosas poseídas por el poder político.

Todavía más: le correspondía al onnipotente Partido establecer cuáles jóvenes podían acceder a estudios superiores y quiénes estaban condenados a ser obreros o empleados de baja categoría para toda la vida, porque ya la universidad había dejado de ser un derecho al alcance de cualquier bachiller talentoso para convertirse en un privilegio basado en las creencias políticas. Una y otra vez se repetía la consigna lanzada por el propio Castro sin el menor sonrojo: « La universidad es para los revolucionarios. » Cuando se descubre que el secretario de organización de la Federación Estudiantil Universitaria en el Hospital Clínico, Antonio Guedes, un estudiante de Medicina, es católico militante, lo expulsan de la universidad. Ser creyente en los años ochenta era incompatible con la formación académica. Es sólo una anécdota entre mil historias similares. Pero más grave aún es lo que le sucede a Ana María Sabournin. La echan de la universidad en medio de una tormentosa asamblea en la que a voz en cuello le informan que su esposo es homosexual. Se sabía que no era posible ser universitario y homosexual –expulsaban deshonrosamente en asambleas públicas a quienes tenían o

Castro era lanzar una peligosa ofensiva sobre la misma capital. Naturalmente, Castro empezó a preocuparse y a tomar en serio el nuevo inquieto de la Casa Blanca. No tardó en saber que en la primera reunión del gabinete de Reagan se había discutido si la invasión a Cuba era necesaria para contener el avance de los comunistas en la región. Y muy pronto, en 1983, comprobaría que la amenaza tenía ciertas posibilidades de materializarse. El 19 de octubre de ese año, el sector estalinista de Grenada, comandado por Bernard Coard, por rencillas internas y puro y sangriento sectarismo, da un golpe militar y ejecuta a Bishop, circunstancia que Reagan aprovecha para inmediatamente —apenas una semana— lanzar una invasión militar sobre la pequeña isla del Caribe y desplazar a los comunistas del poder. A todos: a los de Bishop y a los de Coard, porque aunque el pretexto de la invasión es proteger las vidas de los norteamericanos que residían en la isla —fundamentalmente varias docenas de estudiantes de Medicina—, el propósito real del Pentágono es evitar la terminación de un aeropuerto y de una larga pista de aterrizaje cuya utilidad final, según las fuentes de inteligencia norteamericanas, sólo podía ser la recepción de los enormes bombarderos soviéticos y la nueva generación de Migs 29.

Para Castro el episodio de Grenada fue una embarrasosa derrota. Primero, porque se trataba de un territorio bajo la influencia directa de La Habana, muy cercano a Venezuela —su sueño dorado—, y, sobre todo, porque el contingente cubano destacado en la Isla, un millar de efectivos entre soldados y trabajadores de la construcción, todos armados y con adiestramiento militar, recibió órdenes de pelear hasta el último hombre y hasta la última bala para demostrarle a Estados Unidos el inmenso costo de tratar de invadir Cuba. Tan seguro estaba Castro de que sus deseos se convertirían en realidades, que la radio cubana, informada de las heroicas instrucciones del Comandante, tras la emotiva transmisión del himno nacional, llegó a anunciar que el último de los combatientes cubanos había caído envuelto en la sagrada bandera de la patria. Cuba se estremeció. Los niños de todas las escuelas del país fueron sacados a saludar la bandera en homenaje a los nuevos mártires de la patria. Incluso los anticastroistas, comnovidos, derramaron lágrimas de solidaridad cubana. Fueron 24 horas de luto nacional. Hasta que comenzaron a llegar los videos de lo que verdaderamente había sucedido: los soldados cubanos se entregaron casi sin ofrecer resistencia, apenas tuvieron bajas, y fueron muy cortésmente tratados por las tropas invasoras. Poco después, por una gestión realizada por el gobernante español Felipe González, los cubanos fueron repatriados rumbo a Cuba, y cada uno de ellos llevaba en sus manos una gloriosa cajita con comida y utensilios de primera necesidad amorosamente donada por la Cruz Roja norteamericana. Fue muy extraño verlos llegar al aeropuerto de La Habana y escucharles decir a Fidel Castro: «Misión cumplida, Comandante.» El coronel que los mandaba, Pedro Tortoló Comas, un militar prudente que pensó que era inmorral sacrificar a un millar de personas por consideraciones de carácter político y por hacer un gesto de oscuro significado, fue degradado y enviado a Angola como soldado raso. Su nombre, injustamente, se convirtió en una fuente de perversos chistes sobre la falta de valor de los soldados cubanos.

Castro y Gorbachov

Si Fidel no pudo darle una lección a los norteamericanos, él sí aprendió la suya de los soviéticos, que casi nada hicieron por impedir la pérdida de Grenada. En 1982 había muerto su amigo Leonid Brézhnev —quien siempre tuvo una costosísima debilidad por Castro—, y era evidente que el Kremlin andaba manga por hombro, de manera que no le hicieron el menor caso cuando urgentemente solicitó al nuevo *Premier* que mantuviera una posición enérgica frente a los norteamericanos en el caso de Grenada. Como sustituto de Brézhnev había sido elegido Yuri Andrópov, un hombre bastante refinado, formado en la jefatura del KGB, que conocía a fondo las deficiencias y problemas reales por los que atravesaba su país, y no parecía inclinado a agravarlos para mantener los frutos de un expansionismo cuya racionalidad comenzaban a cuestionar los propios estrategas soviéticos: ¿tenía sentido conquistar Angola, Etiopía o Nicaragua para luego colgarlas del magro presupuesto soviético? La URSS comenzaba a darse cuenta de que era una metrópoli —quizá la única en la historia— saqueada por sus colonias. ¿Había sido una sabia decisión tratar de apoderarse del avispero afgano al precio de miles de hombres y de una inmensa cantidad de rublos? ¿Cuánto había costado la aventura cubana? El subsidio a Cuba ya andaba en varios miles de millones de dólares anuales, mientras la situación económica en la propia URSS se deterioraba rápidamente en el frente financiero y en el de la producción. Ya se sabía, por ejemplo, que comenzaba a reducirse la esperanza promedio de vida entre los soviéticos. El país involucnaba hacia el Tercer Mundo como consecuencia de garrafales disparates económicos.

En 1984 murió Andrópov y lo sucedió en el cargo Konstantin Chernenko. Fidel Castro fue al entierro con un gorro de astracán que subrayaba la preocupación de su ceño arrugado. Era febrero y ése es un mes implacable en Moscú. El mismo día que anunciaron al sucesor, un hombre borroso y viejo, los corresponsales extranjeros advirtieron que estaba muy enfermo. Y no se equivocaban: casi al año exacto, marzo de 1985, Chernenko entregaba su alma a quien en el cielo o el infierno correspondía la delicada tarea de recogerlas cuando espiraban los mandamases del Kremlin. El escogido como heredero era un «joven» —a los cincuenta y tantos era casi un niño dentro de la jerarquía comunista— llamado Mijail Gorbachov, firmemente determinado a poner orden en medio del creciente caos que padecía el país. Gorbachov era un técnico más que un ideólogo, protegido de Andrópov, pero bajo la desconocida influencia de Alexander Yakólev. Este último, héroe de la Segunda Guerra Mundial, herido en combate, ex embajador en Canadá —adonde lo enviaron por las inconveniencias que solía decir— había desarrollado la teoría de que la clave del relativo fracaso soviético se debía a la imposibilidad de examinar sin temor los problemas que afectaban a la sociedad. La URSS, para salvarse y superar a Occidente, necesitaba de *glasnost*, de transparencia en el análisis y libertad de expresión, algo que sólo podía darse dentro de una reforma profunda del Estado, la *perestroika*, capaz de eliminar la violencia leninista de las relaciones entre la sociedad y el Partido. Gorbachov creía en esto. Estaba convencido de que por esa vía podría colocar a la URSS a la cabeza del mundo. Fidel Castro, que algo intuía de cuanto sucedía en Moscú, ni se molestó en acudir al entierro de Chernenko. Marzo también es un mes muy frío en Rusia.

Situado Gorbachov en el poder, no tardó en comenzar a emitir señales preocupantes para el siempre belicoso aliado cubano. En 1986 las tropas soviéticas iniciaron su retirada de Afganistán y los emisarios del Kremlin les advirtieron a los sandinistas y al gobierno de Angola que no podían contar indefinidamente con la ayuda rusa. La retirada de Afganistán no era sólo el fin de un episodio bélico fallido, sino de toda una época. La prioridad del nuevo Gobierno ruso era el desarrollo económico y llegar a ciertos acuerdos con Washington en el agobiante terreno de la carrera armamentista. La existencia de un régimen prosoviético en el traspatio norteamericano enfrentado a tiros con aliados de Estados Unidos, no parecía una señal feliz de la renovada URSS anunciada por Gorbachov. Por otra parte, para esas fechas, la «contra» nicaraguense, armada por la CIA, había adquirido una gran eficacia y parecía inderrutable en el campo militar, pese a que el ejército sandinista ya era uno de los mayores de América Latina, y, con el millonario subsidio ruso, había multiplicado por diez los efectivos de la Guardia Nacional de Somoza. Al frente de los asesores extranjeros situados en Nicaragua estaba, o había estado, el mejor general cubano, Arnaldo Ochoa, formado en la URSS, héroe de Angola y Etiopía, ex guerrillero en Venezuela y protagonista de incontables hazañas del internacionalismo cubano, unas conocidas y otras clandestinas, como su secreta participación en el adiestramiento de los guerrilleros y terroristas argentinos que en 1988 atacaron el cuartel de La Tablada en la débil pero democrática Argentina de Raúl Alfonsín.

La narco-revolución

Pese a lo anterior, en 1989, poco después de una sonada visita de Gorbachov a Cuba, la prensa cubana sacudió al mundo con la noticia de las detenciones de los generales Arnaldo Ochoa y Patricio de la Guardia, jefe de «Tropas Especiales» (los *rangers* cubanos), el ex general y ministro de Transporte Diocles Torralba, el coronel Antonio *Tony* de la Guardia, hermano gemelo de Patricio, hombre poderoso y allegado a Fidel Castro, por cuyas manos pasaba la mayor parte de las operaciones clandestinas más delicadas. Junto a ellos también eran apresados otros oficiales menos conocidos del Ministerio del Interior. ¿Qué había sucedido? La historia ha sido minuciosamente reconstruida en dos libros fundamentales para entender la Cuba actual: *Fin de siglo en La Habana*, escrito por Jean-François Fogel y Bertrand Rosenthal, dos periodistas franceses, y *La hora final de Castro* del argentinoamericano Andrés Oppenheimer.

Al principio las noticias fueron muy confusas. Los cubanos enseguida advirtieron que las dos figuras clave eran Arnaldo Ochoa y Tony de la Guardia, pero no resultaba sencillo introducir a estos dos personajes dentro del mismo saco. Aunque se conocían y mantenían cierta amistad, Ochoa era un militar que se movía en el ámbito de las Fuerzas Armadas y de la Guardia, era una especie de «Pimpinela Escarlata» de los servicios cubanos de inteligencia. Tony, hombre audaz, inteligente, pintor aficionado, y con cierto refinamiento intelectual, era capaz de llevar a cabo acciones que bordeaban el suicidio. De él y de su hermano se contaba —por ejemplo—, sin que jamás se confirmara fehacientemente, que cuando la Crisis de Octubre de 1962 habían introducido potentes cargas explosivas en la sala principal de Naciones Unidas con el objeto de volarla en plena sesión si Cuba resultaba invadida por Estados Unidos. Fidel Castro, como Sansón, estaba dispuesto a acabar con el templo y con los filiseos al precio de una catástrofe internacional.

Tras los iniciales momentos de tíubeo, rápidamente las autoridades cubanas formularon una acusación concreta: estos militares estaban dedicados al narcotráfico y a la corrupción. Se les hizo un escandaloso juicio en el que actuó como fiscal el general Juan Escalona, un hombre de la confianza de Raúl Castro que, como su propio jefe, en el pasado había tenido serios problemas de alcoholismo. Tras un proceso descaradamente manipulado, en el que se interrumpían las sesiones cuando los acusados decían cosas «inconvenientes» , a casi todos —la más conspicua excepción fue Patricio— se les condenó a muerte. La sentencia del Tribunal Militar, siguiendo la vieja tradición de las pandillas —todos tienen que mancharse las manos—, fue ratificada por el Consejo de Estado y por numerosos generales que luego fueron llevados a manifestar su conformidad con la ejecución y su desprecio por los acusados. Quienes no se prestaron, o quienes lo hicieron sin demasiada convicción, fueron separados de sus cargos, como le sucedió al general Raúl M. Tomassevich, un cubano con antepasados eslavos que sentía un genuino afecto por Ochoa.

¿Qué había ocurrido? ¿Habían sido descubiertos unos maleantes dentro de las estructuras de mando de la honorable revolución cubana y se les castigaba por su felonía? Nada de eso. El delito sí, había sido descubierto, pero no por los servicios de inteligencia cubana —que eran los delincuentes—, sino por el *Drug Enforcement Administration*, la DEA norteamericana que vigila y persigue el narcotráfico en el terreno internacional. Sencilloamente, el Gobierno cubano había sido agarrado con las manos en la masa de la cocaína. La DEA tenía las pruebas de la complicidad con el narcotráfico de la Marina, la Fuerza Aérea, el Ministerio del Interior y hasta del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba. Los cuerpos policíacos estadounidenses habían infiltrado en la operación a un piloto taiwanés, Hu Chang, que el 8 de mayo de 1987 aterrizó en una de las más secretas instalaciones del Gobierno cubano, en un vuelo procedente de Colombia cargado de cocaína. Prueba contundente que reproducía la experiencia previa de dos narcotraficantes cubanoamericanos, Reynaldo Ruiz y su hijo Rubén, vinculados por lazos familiares a un alto oficial de los servicios de inteligencia cubanos, Miguel Ruiz Poo, situado en Panamá. Reynaldo y Rubén, obligados a colaborar con la DEA como modo de reducir las acusaciones que se les formularían por narcotráfico, le habían dado al Gobierno norteamericano todas las pruebas y pistas necesarias para que Castro pudiera ser llevado a los tribunales por sus vínculos con el tráfico de narcóticos y «lavado» de dinero. No obstante, decidido a presentar el caso de manera totalmente irrefutable, el Gobierno norteamericano comete entonces una increíble estupidez: se propone tenderle una trampa al mismísimo ministro del Interior, el general José Abrantes, y para esos fines saca de la cárcel a un narcotraficante cubano llamado Gustavo Fernández, *Papito*, que en el pasado había colaborado con la CIA, y le propone una sustancial rebaja de su pena si se presta a montar la celada. El plan —en el que piensan hasta utilizar un submarino— incluye el apresamiento en aguas internacionales de Abrantes y su posterior presentación a los tribunales y a la prensa. Gustavo Fernández, naturalmente, acepta, pero en un descuido de quienes lo vigilan escapa a La Habana y cuenta todo lo que sabe: va a estallar el escándalo y Castro dejará de ser la heroica figura de la Revolución para convertirse ante los ojos del mundo en un vulgar narcodictador de la categoría del panameño Manuel Antonio Noriega, figura absolutamente desacreditada por aquellas mismas fechas.

Esto ocurre entre abril y mayo de 1989. El Comandante se preocupa. Sabe que esta vez los norteamericanos pueden destruir su imagen. Monta en cólera y culpa a Tony de la Guardia. Como siempre, la excusa es la patria: Tony ha puesto en peligro a la Revolución al actuar con una mezcla de audacia e irresponsabilidad. Ahora Estados Unidos podrá invadir a Cuba sin que nadie la defienda. A sus ojos, el delito de Tony no es el narcotráfico, algo de lo que Castro estaba perfectamente enterado, pues era una práctica frecuente desde principios de los años setenta. Vender droga en Estados Unidos es también una forma de debilitar al imperialismo yanqui, como revela a la prensa Juan Antonio Rodríguez Menier, mayor de los servicios de inteligencia que ha desertado a Estados Unidos, en una entrevista concedida a *El Nuevo Herald* poco antes del escándalo. Ése no es el problema. El delito de Tony es la imprudencia. Y la imprudencia, en este gravísimo caso, se confunde con la traición a la patria. Pero para Castro hay otro elemento tan inquietante como las pruebas del narcotráfico que tenía, la DEA: los servicios de contrainteligencia del Gobierno cubano, dirigidos por el incansable general Colomé Ibarra, *Furry*, le han puesto sobre su mesa las comprometedoras grabaciones de varias conversaciones entre los gemelos Tony y Patricio de la Guardia, Diocles Torralba y Arnaldo Ochoa. Se burlaban de él y de su hermano Raúl. Hacían chistes, opinaban positivamente de Gorbachov y de la *perestroika*, se quejaban de la terca insistencia en la ortodoxia estalinista del Gobierno.

Sotto voce, Fidel Castro era el hazmerreir de la dirigencia cubana en ese momento. El Comandante lo sabía y le irritaba. Deliraba de una manera tan extraordinaria que le había pedido al Centro de Biotecnología y Genética, entonces dirigido por Manuel Limonta, que «diseñara» una pequeña vaca casera para que cada cubano pudiera tener en su casa uno de estos cuadrúpedos enanos capaces de darle cuando menos un litro de leche al día.

Y no era una broma: el Comandante se había aparecido en la reunión con los científicos hasta con los planos del mueble para poder alimentar a la vaca doméstica. Castro reinventaba la chiva. En medio de ese clima de burla general, el «máximo líder» descubre que Ochoa y los de la Guardia también lo tomaban a chacota. Cómo se reían. No le temían. Ya no eran unos revolucionarios leales. Se habían convertido en unos peligrosos desafectos, instalados en la frontera misma de la conspiración. Algo realmente peligroso porque Ochoa estaba a punto de hacerse cargo de la dirección del Ejército de Occidente —donde se encuadra La Habana—, mientras Patricio de la Guardia acantona allí mismo sus *tropas especiales*. Aunque en ese momento no hay una conspiración en marcha, potencialmente pudiera haberla, porque se ha relajado un principio de autoridad fundado en la pleitesía al Caudillo. Y Castro es de los que están convencidos de que «sólo los paranoicos logran sobrevivir» .

Ante esa situación, el Comandante corta por lo sano. Toma una decisión drástica: matará tres pájaros con el mismo disparo. Hará detener a Ochoa, a los de la Guardia y a otros oficiales menores —siempre tiene que haber una cadena de mando— y los juzgará públicamente. ¿Qué logra con ello? Primero, por encima de todo, defender su propia imagen. Dado que negarlo es inútil, admite que, efectivamente, existía tráfico de droga, pero que él no lo sabía. ¿Qué prueba mayor de su propia inocencia que fusilar a su más valioso general y a su *James Bond* preferido? En segundo lugar, da un escarmiento en el Ministerio del Interior y entre los funcionarios del «aparato». Todo aquel que manifieste veleidades *perestroikas* sabe lo que le espera. Quien se mueva un milímetro de la línea oficial se expone a lo peor. Tercero, elimina los riesgos de colocar a su gobierno al alcance de una intentona militar. Sólo le quedan dos cabos por atar: cómo lograr que los acusados cooperen y cómo conseguir que el mundo lo crea. Lo primero no es difícil. Los cuerpos de seguridad les aplicarán a los detenidos una conocida técnica de ablandamiento. Durante horas y horas, día tras día, sin dejarlos dormir, siempre bajo la luz perpetua y cegadora de los calabozos «especiales» , los convencerán de que han actuado con un grado tal de negligencia y temeridad que han puesto en riesgo la existencia misma de la patria. ¿No recordaban el

bloqueo norteamericano le ha causado al Gobierno cuantiosas pérdidas, mucho mayor volumen alcanzó el subsidio soviético a lo largo de treinta años: más de cien mil millones de dólares, según la angustiada auditoría de la historiadora rusa Irina Zorina, una cifra que multiplica por ocho el monto del Plan Marshall destinado a reconstruir toda Europa después de la Segunda Guerra Mundial. No es el bloqueo: es el sistema lo que no funciona. Un sistema que penaliza la creatividad, aplasta las iniciativas individuales y malgasta los recursos colectivos de una forma criminal. Cuba posee hoy –por ejemplo– más de un millar de geógrafos y geólogos, muchos de ellos muy bien formados en la antigua URSS. Y tiene centenares de ingenieros especializados en locomotoras y organización de tránsito terrestre, cuando las necesidades del país se hubieran podido solucionar con pocas docenas. ¿Qué sentido tiene que una nación de las dimensiones de Cuba cuente con ese elefantástico «parque» de profesionales? Claro que el problema no es sólo cubano: ése es el sello de una educación socialista planeada por burócratas para formar más burócratas. ¿Qué importaba que cuando el joven profesional abandonara las aulas universitarias con su diploma bajo el brazo no lo esperara una sociedad abierta, en la que podía crear riquezas, sino un oscuro puesto de trabajo y un salario apenas vinculados a los resultados de su gestión? ¿Qué le importaba al astrónomo Juan o al ornitólogo Pedro adquirir una especialidad sin destino económico, si de todas maneras le asignarían una responsabilidad artificial y un salario de hambre en algún rincón del vasto universo burocrático, hiciera o no falta su labor? Osmany Cienfuegos, hombre importante del segundo anillo de poder –Castro jamás lo ha tragado del todo– alguna vez le dijo a un visitante, al periodista mexicano Carlos Castillo Peraza, que la tragedia de la Revolución era que, junto con los burgueses, «había tirado la aritmética por la ventana». Y es cierto: dedicados a realizar hazañas históricas al ritmo impuesto por el comité Castro, se olvidaron de que el crecimiento económico y el desarrollo son consecuencia de las relaciones entre los costos, los beneficios, los ahorros y las inversiones. Cuando una sociedad tira la aritmética por la ventana, acaba por descubrir que ella misma es la que ha saltado al vacío.

¿Y los deportes? Cuba, en efecto, es una potencia deportiva. Gana muchas medallas en las competiciones internacionales y tiene miles de entrenadores formados en Alemania del Este y la URSS, también potencias deportivas en la era de la Guerra Fría. ¿Qué prueba eso? En realidad, nada, salvo –otra vez– que los escasos recursos del país se emplean mal. ¿Cuánto le cuestan a la pobre Cuba los medalleros de oro, plata y bronce que van acumulando sus atletas? A Castro no le importa, porque su naturaleza de incansable competidor la ha trasladado al terreno de juego. Castro es un fanático natural, un «hincha» puro, como dicen los españoles. Una persona que obtiene unas infinitas recompensas emocionales con estos enfrentamientos entre bandos adversarios. No sabe perder. Todo lo trascendentaliza. Cuando los cubanos salen a competir, se juegan el honor de la Revolución. Cómo se relaciona el honor de la Revolución con la cantidad de veces que una pelota pasa por un aro o por la longitud del salto de un señor que tiene las piernas muy largas es otro insondable misterio. Pero es así. Cuando un equipo de béisbol –el deporte nacional cubano– en el año 1999 se enfrentó a los Orioles del Baltimore, Castro convirtió esos encuentros en su particular guerra de las galaxias. Los cubanos –que siempre han sido buenos peloteros– perdieron el primer partido, celebrado en Cuba, y ganaron el segundo, que tuvo lugar en Estados Unidos. Al regreso de los deportistas el Comandante los esperaba con honores y discursos. Los saludó como si hubieran detenido a los nazis en Stalingrado. Era la derrota del imperialismo, la venganza de Grenada, la prueba de que la revolución era invencible. En última instancia, Castro estaba solicitando al mundo que juzgara a la Revolución por «hazañas» como ésa (ganarles a los americanos). ¿Era justo hacerlo? ¿Se puede juzgar al Gobierno de Kenya por la fortaleza asombrosa de sus corredores de fondo o a Francia o a México por su poco peso relativo en el terreno deportivo?

¿Qué más puede decirse de los «logros» de la Revolución? Uno de los más escuchados es el de la «dignidad del pueblo cubano». Para quienes esto sostienen, los cubanos, al enfrentarse altivamente a Estados Unidos, adquieren una especial categoría moral que los distingue del resto de los cipayos latinoamericanos. En primer lugar, es difícil creer que los cubanos han elegido voluntariamente la confrontación con Estados Unidos. Cada vez que pueden se marchan a ese país y no a otro. Ya uno de cada seis cubanos vive en Estados Unidos. A juzgar por los síntomas, medio país haría lo mismo. Por otra parte, ¿en dónde radica la «dignidad» de una sociedad que no puede elegir libremente el sistema en el que quiere vivir, los gobernantes, los libros, los amigos, el sitio de residencia o el lugar de trabajo que realmente desea? ¿Son esos cubanos que no pueden entrar en los sitios destinados a los turistas más «dignos» que el resto de los latinoamericanos? ¿O esos que son detenidos por la policía en las calles cuando pasean junto a los extranjeros y se les advierte que el Gobierno condena este tipo de relación, «porque para hablar con los extranjeros están los guías turísticos»? ¿Dónde se esconde la «dignidad» de la persona que tiene que silenciar sus querencias porque mostrar afecto hacia el perseguido es una forma de señalarse? ¿Dónde radica la del que se ve obligado a simular odio y desprecio, y lo arrastran a un acto de repudio a insultar a una persona o a vejlarla por instrucciones del Partido Comunista? ¿Cómo puede ser «digna» esa familia que ve prostituirse a las muchachas de la casa para beneficio de todos, y hasta sus padres o abuelos les prestan la cama matrimonial como balsa simbólica en la que todos escaparán de la miseria?

Pero ¿y la raza? Al menos el comunismo les ha traído a los negros cubanos la dignidad que antes les negaba la etnia blanca dominante. Es verdad que en la esfera privada –escuelas, clubes, ciertos centros de trabajo y sindicatos– de la Cuba prerrevolucionaria los negros eran recibidos a cuentagotas o se les vedaba la entrada. Es triste, pero así era buena parte de América Latina hasta los años cincuenta, y, especialmente Estados Unidos. También es cierto que en la esfera oficial la discriminación era mínima. La escuela o la universidad públicas estaban abiertas para todos. El Parlamento y las Fuerzas Armadas también. Batista, un mulato, era presidente de la República, y al menos en 1940 había ganado ese puesto en las urnas limpiamente. El problema estaba en el ámbito de la sociedad civil. A los blancos no les inquietaba excesivamente que los negros fueran senadores o jueces. El prejuicio surgía en los sitios donde se confraternizaba. Ahí los hábitos y las costumbres mantenían su tensión racista concretada en una frase muy común: «los negros tienen que saber darse su lugar». Cada raza tenía un lugar. No era, como en Estados Unidos, una segregación implacable –bebederos, baños o asientos en los autobuses separados–, pero existía.

Afortunadamente, la Revolución aceleró el fin de esa injusta situación. Hubiera ocurrido de todos modos, de la misma manera que sucedió en Estados Unidos, pero en la Cuba de Castro no hay duda de que se intentó darles más oportunidades a los cubanos de la etnia negra. Sin embargo, junto a esa discriminación positiva había dos elementos contradictorios. El primero era que los castristas entendían poco de las sutilezas de la sociología, y de pronto vieron que, pese a la proclamada igualdad de las razas bajo el comunismo, apenas había negros en el Comité Central del Partido Comunista, en el Consejo de Ministros o entre los 125 generales que componían la jefatura de las Fuerzas Armadas. El poder seguía siendo blanco. ¿Por qué? Porque las estructuras de poder en Cuba no se habían configurado con arreglo a la meritocracia, sino a la cooptación efectuada por unos jefarcas invariablemente blancos. Se gobernaba con los amigos, en busca de lealtades personales, y el círculo de esas relaciones siempre era blanco. Originalmente el único negro de la alta jerarquía era Juan Almeida y apenas tenía poder. Luego hubo otros, pero siempre fueron muy pocos.

La segunda contradicción tenía que ver con la ideología. La Revolución castrista «elevaba» a los negros a la categoría de los blancos, pero no lo hacía como un justo acto de reparación de una injusticia, sino como una dádiva especial que los negros cubanos tenían que agradecer con su permanente militancia dentro de las filas revolucionarias. Los negros y mulatos *tenían* que ser castristas, o se convertían en traidores a la Revolución, a su raza y a la patria. Un blanco anticastrista era, simplemente, un contrarrevolucionario. Un negro anticastrista era, además, un ingrato traidor, y así lo trataba la policía si era detenido por manifestar su repudio al Gobierno o por solicitar la salida del país. Antes, por ser negros, no podían entrar a los clubes de la burguesía. Ahora, por ser negros, no podían pensar con su cabeza. No podían llegar a la conclusión de que el marxismo era un disparate o de que Castro estaba acabando con el país. Es difícil precisar cuál de las dos situaciones es más humillante para un ser humano.

Otro de los «logros» de la Revolución, a juzgar por sus alabarderos, es la consolidación de la conciencia nacional. Los cubanos –de acuerdo con esta hipótesis hoy son más nacionalistas, y lo son, claro, frente a Estados Unidos, porque el nacionalismo es siempre la reafirmación del perfil propio frente a un elemento que lo pone en peligro. Es una lástima que la historia real de Cuba contradiga totalmente esa interpretación. Cuando Cuba se estrenó como República, en 1902, cierto porcentaje de la sociedad era anexionista. Eran los cubanos y –sobre todo– españoles, que deseaban que la Isla fuera incorporada a Estados Unidos para salvaguardar sus intereses y gozar de la tranquilidad institucional que brindaba este padrínazgo. En ese momento, un fragmento del territorio de Cuba –Isla de Pinos– era disputado por Estados Unidos, y los cubanos habían sido obligados a aceptar la Enmienda Platt como parte de los acuerdos de posguerra dirigidos a entregarles la soberanía. Asimismo, una parte importante y creciente de la economía –azúcar, banca, medios de transporte– estaba en poder de los norteamericanos, y el embajador de Estados Unidos actuaba como un no siempre discreto procoñoso que intervenía en los asuntos internos de Cuba, práctica que alcanzó su punto de mayor ocurrencia en los años veinte, durante el gobierno de Zayas, cuando hasta la composición del gabinete presidencial tuvo que ser aprobada por la embajada de Estados Unidos.

Pero esa influencia fue decreciendo muy rápidamente en la sociedad cubana. Primero desaparecieron los anexionistas por falta de espacio en la realidad del país. Luego la burguesía criolla, muy empobrecida durante la Guerra de Independencia, comenzó a recobrar paulatinamente el control de la economía. En 1925 Estados Unidos renunció a Isla de Pinos. En 1934 fue eliminada la Enmienda Platt y nunca más los marines desembarcaron en Cuba para poner orden en los desgajados de los cubanos o para defender sus intereses. En la década de los cincuenta y a las dos terceras partes de los ingenios azucareros estaban en poder de los cubanos, la banca privada cubana controlaba más del 50 por ciento de los depósitos, y los capitales extranjeros apenas gerenciaban un 6 por ciento del PIB nacional. Por otra parte, la influencia de Washington en los asuntos cubanos había disminuido tan drásticamente, que en 1952, aunque le disgustaba, la Casa Blanca no pudo impedir el golpe de Batista (como en 1933 había sido incapaz de «orquestrar» la caída de Machado), y en 1958, aunque le asustaba, tampoco pudo impedir el acceso de Castro al poder. Desde los períodos «auténticos» –1944 –1952 –Cuba no era ni más ni menos dependiente de Estados Unidos que el resto de los países de la cuenca del Caribe. Poco a poco, sin traumas ni alharacas, se había afirmado la nacionalidad cubana y la sociedad tenía el control de su soberanía. En ese momento los cubanos no pensaban en emigrar a ningún sitio, y la Isla, por el contrario, seguía recibiendo inmigrantes de diversas partes del mundo.

¿Qué sucede a las puertas del siglo XXI? El 20 por ciento de la población cubana se ha trasladado a territorio norteamericano, ya no hay confianza en el destino de la Isla, y se ha creado en Estados Unidos una entidad –los *Cuban-Americans*– capaz de influir en las relaciones de Washington con La Habana de una manera y con un poder que los anexionistas jamás pudieron siquiera soñar que era posible. Por otra parte, dado el fracaso del modelo cubano, quienes tienen más peso en la economía de la Isla son hoy esos cubanoamericanos, con sus remesas millonarias, mientras a Castro sólo se le ocurre una fórmula para aliviar las tremendas presiones que afectan a Cuba: negociar con Washington la concesión de veinte mil visas anuales, mediante sorteo, para mantener en calma a una población cuya más grata ilusión es marcharse rumbo al país que durante cuarenta años le han advertido de que es el causante de todos los males que padece Cuba. No hay duda de que Castro, lejos de revitalizar el nacionalismo de los cubanos, lo que ha hecho es revertir una sana tendencia que imperaba en el país hasta que él asumió el liderazgo. El peor anexionista ha resultado ser él mismo.

Por último, queda el tema de la «liberación femenina» traída por la Revolución, mito muy bien desarmado por dos agudas ensayistas cubanas: Ileana Fuentes y Uva de Aragón. La verdad es que muy pocas sociedades occidentales han sido tan machistas como la cubana durante la época del castrismo. En primer término, los orígenes y la posterior proyección general del proceso siempre remiten a la cosmovisión de una sociedad de guerreros enzarzados en una pelea infinita. El lenguaje es belicista: la «batalla» de la producción, la «guerra» contra el imperialismo o esos ridículos gritos rituales con que siempre terminan sus discursos («¡Patria o muerte! ¡Venceremos! ¡Socialismo o muerte!»). Luego está la permanente, cruel y neurótica persecución a los homosexuales, o la protección del honor de los varones de la jerarquía, a los que la policía política les comunica las infidelidades de sus esposas o compañeras para que inmediatamente se separen y pongan fin a una situación que rebaja la dignidad de la revolución. Todo esto explica la poca importancia que, en realidad, tienen las mujeres en los centros de toma de decisión de Cuba. Hay sí, como en toda América Latina, un número creciente de mujeres profesionales, pero las cubanas casi nunca suelen ocupar posiciones relevantes. Soportan, es sí, situaciones familiares realmente apabullantes, como consecuencia del altísimo índice de divorcios –más del 50 por ciento de las parejas se deshace–, y la carga familiar que ello conlleva, pues los hijos casi siempre quedan bajo la custodia de madres sin recursos. De ahí, tal vez se deriva un triste dato ya consignado en otro lugar de estos papeles: la mujer cubana tiene el más alto índice de suicidios del mundo entero. Ésa sí es una marca que los cubanos nunca hubieran conseguido sin la influencia de la Revolución.

cuando, en realidad, no es eso. Se trata de una política basada en la capacidad de intriga y el persuasivo talento de la oposición exiliada, capaz de influir en unos demócratas y republicanos que ya apenas abrigan sentimientos anticastroistas, entre otras razones, porque la mayor parte de los gobernantes norteamericanos del fin de siglo eran unos niños cuando Castro llegó al poder.

Es cierto que Eisenhower decretó las primeras restricciones al comercio entre los dos países; y no es falso que Kennedy las endureció a partir de la « Crisis de los Misiles », pero desde Johnson todos los presidentes norteamericanos han estado tentados a normalizar las relaciones económicas entre los dos países, y si eso no ha ocurrido es, en primer lugar, por la terca resistencia de Castro a flexibilizar sus posiciones cada vez que un emisario de la Casa Blanca ha intentado obtener de La Habana alguna concesión que facilitara el cambio de política. Incluso Reagan, si es más duro de todos, estuvo dispuesto a modificar totalmente su política hacia Cuba si La Habana dejaba de ayudar a los terroristas y subversivos en Centroamérica –entonces la mayor preocupación de la Casa Blanca–, pero su enviado, el general Alexander Haig, encontró una firme negativa por parte de sus interlocutores: « Fidel Castro jamás cede un milímetro en materia de principios revolucionarios.»

Los congresistas cubanoamericanos

Casi simultáneamente a la adquisición de poder político *indirecto* en Washington por medio del *lobby* cubano, se producía en el exilio otro notable fenómeno que impactaría las relaciones con Cuba: la aparición de congresistas cubanoamericanos de nivel nacional. Primero fue electa Ileana Ros-Lethinen, una mujer enormemente querida por los miamenses, luego Lincoln Díaz-Balart—su tía Mirta, irónicamente, fue la primera esposa de Castro–, abogado con madera de estadista y talento para la polémica, y, finalmente, Roberto *Bob* Menéndez. Los dos primeros vinculados al partido republicano y elegidos por Miami, y el último, al demócrata, del estado de Nueva Jersey. Menéndez, además, ocupa dentro de su grupo parlamentario la tercera posición en importancia, lo que puede dar idea de su notable jerarquía en el Congreso.

La elección de estos tres congresistas cubanoamericanos, especialmente tras la muerte de Mas Canosa en 1997 y la desaparición de la influencia que él poseía como persona y líder energético y atractivo, tiene una especialísima significación, pues comporta « el desplazamiento del centro de interlocución », como ha señalado Leopoldo Cifuentes, un prominente exiliado, residente en España, que en Cuba poseía una de las mejores fábricas de puros del país. Washington ya cuenta con quiénes consensuar su política cubana: ahora pesan mucho más las opiniones de estos tres legisladores, y la representación que *oficiosamente* se les atribuye de la comunidad cubanoamericana, que lo que puedan decir las organizaciones formadas por exiliados, aun cuando uno de estos congresistas, Bob Menéndez, ha sido seleccionado por un distrito en el que apenas hay electores cubanos. Esto –el gran *leverage* de estos tres congresistas– explica la redacción y aprobación de la llamada *ley Helms-Burton*, una pieza legislativa que, debido a la mediación de Díaz-Balart, codifica todos los anteriores decretos presidenciales relacionados con el « embargo », y coloca la política cubana en manos del Congreso, atándole las manos al inquilino de la Casa Blanca que quiera cambiar las relaciones con La Habana. Ahora la posibilidad de eliminar el embargo sólo radica en el Congreso, y dentro de esa institución hay tres celosos guardianes dispuestos a no dejarse arrebatar esta medida.

¿Cómo defienden la permanencia del embargo estos tres congresistas? Con una combinación de argumentos jurídicos, morales, estratégicos y políticos que vale la pena examinar. En primer término, aclaran que el embargo no le prohíbe a ningún país del mundo comerciar con el Gobierno de Castro, invertir en Cuba o favorecer al régimen con créditos, préstamos blandos o francas donaciones. Y la prueba es que algunos de los mejores aliados de Estados Unidos –Canadá, España, Francia, Israel– hacen todo eso constantemente. Si en Cuba, de acuerdo con las cifras oficiales de La Habana, operan más de 350 empresas extranjeras, y si Cuba tiene deudas con Occidente que sobrepasan los once mil millones de dólares, es porque el país, por supuesto, no está aislado en el terreno económico. La verdad es que todo lo que Cuba produce con calidad y precio encuentra siempre su mercado en el exterior: básicamente azúcar, mariscos, tabaco, níquel, y ciertos productos biotecnológicos. Y la verdad es que todo lo que Cuba necesita, si tiene dinero para adquirirlo, o si obtiene créditos, puede comprarlo en Europa, Japón, Corea, Taiwán o América Latina, incluidos los productos *made in U.S.A.*, o como puede comprobar cualquiera que visite una tienda para turistas. La ley Helms-Burton se limita a prohibirles a los norteamericanos negociar con Cuba –los perjudicados son ellos– y deja abierta la puerta de los tribunales o de la negación de visa a cualquiera que se beneficie o apodere de bienes propiedad de estadounidenses confiscados en Cuba sin previa indemnización.

Por otra parte, también es falso que el Gobierno cubano carece de acceso al mercado norteamericano. Todo lo que tiene que hacer es rellenar una licencia y en el 99 por ciento de los casos se le concede. Más aún: la sociedad norteamericana es la que más ayuda brinda al pueblo cubano. Las donaciones de los particulares y de las iglesias desde la aprobación de la « ley Torricelli » en 1992 hasta 1997, de acuerdo con un informe oficial escrito para el Parlamento norteamericano por Roger Noriega, ayudante del senador Helms, se acercan a los dos mil cuatrocientos millones de dólares, cifra por lo menos veinte veces mayor a la de la Unión Europea. Si a este guarismo se le añaden los cientos de millones de dólares que anualmente giran los cubanoamericanos a sus familiares, o la humanitaria aceptación de veinte mil inmigrantes todos los años, se tiene un cuadro mucho más realista de las relaciones entre los dos países: Estados Unidos, lejos de ser el origen de los problemas económicos de Cuba, resulta ser su principal fuente de alivio. Casi la única.

Desde el punto de vista jurídico tampoco parece haber contradicciones en la aplicación extraterritorial de la ley Helms-Burton. En una época que acepta la mundialización de los códigos penales, como se evidencia en la detención de Pinochet en Londres por solicitud de un juez español decidido a castigar delitos cometidos en Chile, o en el que catorce países le declaran la guerra a Yugoslavia por los genocidios cometidos dentro de su propio territorio, resulta perfectamente coherente que un país decida sancionar o someter al arbitrio de sus jueces a quienes no han tenido inconveniente en lucrar con propiedades de sus ciudadanos que, en principio, han sido robadas a sus legítimos propietarios en terceros países.

Los argumentos de carácter moral que los congresistas cubanoamericanos suelen esgrimir tampoco son desdeñables: un país –en este caso Estados Unidos– tiene la obligación ética de imponer sanciones y castigos económicos a las naciones que violan los derechos humanos, especialmente si se trata de gobiernos que no muestran el menor propósito de enmienda. Esto fue lo que se hizo contra la Sudáfrica racista del *apartheid* o contra la narcodictadura haitiana. Y el hecho de que se trate de sanciones unilaterales, no aprobadas por la ONU, puede ser un dato insignificante. La ONU tampoco aprobó el bombardeo de Yugoslavia y no por eso las principales democracias del planeta dejaron de actuar. Al mismo tiempo, resulta un despropósito tratar de desacreditar el embargo contra Cuba contrastándolo con la política comercial que Estados Unidos sigue con China. Es verdad que se trata de un caso de justicia selectiva, pero no porque esté mal en Cuba, sino porque está mal en China. El hecho de que Estados Unidos tenga una política incorrecta en China –basada en el tamaño y la población de ese país– no se corrige cometiendo el mismo error en Cuba.

Pero ¿cómo defender el argumento moral si el embargo afecta al pueblo cubano más que a su Gobierno? Porque la anterior es una falsa premisa desmentida por la realidad. Es cierto que el embargo perjudica al Gobierno, pero no a la sociedad. Paradójicamente, es muy probable que ese embargo redunde en beneficio de la sociedad. La experiencia de cuarenta años demuestra que el pueblo cubano sólo ha visto aliviarse su miseria cuando el Gobierno, agobiado por la falta de recursos, se ha sentido obligado a permitir actividades privadas –« paladares », pequeños mercados campesinos, ciertos empleos y profesiones–, mientras ha recrudecido el estatismo y el control oficial de los ciudadanos cuando ha contado con suficientes recursos económicos. Si hoy las granjas estatales han sido convertidas en cooperativas, o si se ha despenalizado el uso del dólar para que los exiliados puedan ayudar a sus familiares, o si Castro se ha visto obligado a reducir las dimensiones de sus Fuerzas Armadas y su aparato represivo, o si ha debido limitar su agresivo internacionalismo, esto ha sido la consecuencia de la crisis financiera del Gobierno. De donde se desprende que levantar el embargo sería una forma de ayudar al Gobierno, ergo de perjudicar a la población.

La permanencia del embargo desde el punto de vista político y estratégico también tiene su razón de ser de acuerdo con el análisis de estos tres congresistas: es verdad que en cuarenta años no ha derrocado a Fidel Castro, pero quienes lo rechazan por ineficaz, probablemente decían lo mismo de la política de contención frente a la URSS... hasta que un día, un día de 1989, el mundo comunista se vino abajo como el castillo de naipes de la cansada metáfora. En todo caso, ahí hay un elemento de transacción con el Gobierno cubano que seguramente no servirá para llevar a Castro a la mesa de negociaciones –transar es un verbo cuyo significado desconoce este terco personaje–, pero será muy útil cuando él desaparezca de escena y una persona más realista lo suceda en la casa de gobierno. Por otra parte, es lógico que una oposición a la que en Cuba le está vedada cualquier forma de participación, y que no puede o no quiere recurrir a la violencia para tratar de terminar con la dictadura, se aferre al único instrumento de legítima presión que tiene a su alcance. Si lo sacrificara, piensan los congresistas, ¿con qué cuentan los opositores para tratar de defender sus derechos e inducir la democracia en el país?

La Plataforma Democrática y la reconciliación

Naturalmente, ese carácter de doble representatividad de los congresistas cubanos –representan ante el Gobierno de Estados Unidos a los electores de su distrito y, a la vez, oficiosamente, a una gran parte de los exiliados cubanos– no agota la compleja variedad de una comunidad que cuenta, como queda dicho, con dos millones de personas y tiene, además, que dialogar con muchos gobiernos e instituciones fuera de Estados Unidos. Y es dentro de ese espíritu que en agosto de 1990 se reunieron en Madrid exiliados liberales, social demócratas y democristianos, para construir lo que se llamó la *Plataforma Democrática Cubana*, una coalición o asociación de partidos políticos democráticos, vinculados a estas tendencias por medio de las correspondientes internacionales.

El propósito de este encuentro era obvio: preparar un camino sin violencia para el tránsito hacia la democracia. Por eso se escogió Madrid para la cita. Los españoles habían logrado el milagro de la transición tras la muerte de Franco, en la segunda mitad de los setenta, y desde entonces el país era la obligada referencia política para quienes pensaban contribuir al cambio pacífico en sociedades en las que el modelo de gobierno parecía agotado. Por otra parte, la caída del Muro de Berlín y el desplome de los regímenes comunistas en Europa hacían presumir que algo similar podía y debía suceder en Cuba a corto plazo, así que lo más razonable era crear un cauce institucional capaz de conducir o ayudar a conducir eficazmente un proceso que en ese momento parecía inmediato e inevitable.

El documento fundacional –la Declaración de Madrid–, por el que se renunciaba a la violencia y se proponían fórmulas razonables para propiciar un desenlace democrático con garantías para todas las partes, llevó, entre otras, las firmas de un grupo de exiliados que tenían a sus espaldas una larga ejecutoria en el terreno político e internacional: José Ignacio Rasco, Roberto Fontanillas Roig, Juan Suárez-Rivas, Uva de Aragón Clavijo, Felicitó Rodríguez –un hombre muy cercano a la jerarquía eclesiástica cubana–, Marcelino Miyares, Enrique Baloya r, René L. Díaz, Ricardo Bofill, Emilio Martínez Venegas, el cineasta Miguel González Pando, quien poco después estrenaría dos excelentes documentales sobre la historia del exilio, y Fernando Bernal, autor de unas interesantes memorias de su paso por Sierra Maestra y luego por el gobierno de los primeros tiempos de Castro.

La Plataforma tuvo inmediatamente una gran acogida en los principales gobiernos de Occidente, y en el plazo de tres años prácticamente todos los presidentes de América Latina, la cancillería rusa y algunos gobernantes europeos, como el español Felipe González, le abrieron las puertas y le brindaron diversas expresiones de apoyo político y diplomático. Era obvio que existía un genuino interés en estimular el cambio pacífico en Cuba, y la civilizada fórmula propuesta por la Plataforma tenía una dosis de sensatez que resultaba notoriamente tranquilizadora. Sólo que Castro no estaba dispuesto a admitir la imposibilidad material de sostener con éxito el proyecto de una Cuba comunista, y entonces dedicó sus baterías propagandísticas a presentar los esfuerzos de la Plataforma como una « estratagema de la CIA », cuando todo el mundo sabía que se trataba de una iniciativa totalmente independiente por parte de exiliados que querían sacar el problema cubano del reñidero La Habana-Washington para colocarlo en un ámbito internacional en el que otros actores –Europa y América Latina– pudieran colaborar con el difícil proceso de democratización del país.

Curiosamente, los ataques de Castro contra la Plataforma coincidían con los que le hacían otros sectores del exilio pero por razones totalmente diferentes. Desde la derecha –si es que esa palabra significa algo entendible– la Junta Patriótica –una amplia y antigua coalición de organizaciones políticas y cívicas con bastante arraigo entre los desterrados de cierta edad–, y la Fundación Nacional Cubano Americana la acusaban por medio de la radio y la prensa escrita de colaborar con el enemigo y de querer salvar al castrismo en su peor momento, destacando como algo censurable el hecho de la explícita renuncia a la violencia por parte de la *Plataforma* o su disposición a sentarse con Castro a buscar una forma pacífica de transitar hacia la democracia; mientras el pequeño sector castrista del exilio repetía la consigna cubana de que las propuestas de la *Plataforma* no eran otra cosa que el otro brazo de la *Fundación*, inventado por la CIA como un ardid político.

En efecto, en el exilio existe un grupo de simpatizantes de Castro, muy minoritario y sin apenas peso en la opinión pública, pero con cierta presencia en los medios de comunicación. Tres son las personas más notables entre ellas: Francisco Aruca, Andrés Gómez y Max Lesnik Menéndez. Aruca en su juventud fue un dirigente católico, y poco después del establecimiento de la dictadura castrista comenzó a conspirar, fue encarcelado y acusado de terrorista, pero huyó de la prisión disfrazado de niño –entonces era delgado y lampiño–, y, tras asilarse en una embajada, consiguió llegar al exilio. Estudió economía y fue profesor de esta disciplina, pero luego se convirtió en un exitoso empresario turístico y comenzó a llevar pasajeros a Cuba. Poco a poco, su pasado contrarrevolucionario fue desvaneciéndose hasta que se transformó en una especie de portavoz extraoficial del Gobierno cubano en el exilio, al que le habla todas las tardes por una emisora de radio de Miami, dato que por sí solo desmiente la teoría de que los cubanos de esa ciudad son mayoritariamente violentos e intolerantes.

Gómez, por su parte, llegó casi niño al exilio, estudió en una universidad miamense y, como les sucedió a algunos jóvenes norteamericanos en los sesenta y setenta, sufrió un proceso de radicalización que lo llevó a descubrir el marxismo y a reevaluar su análisis de la situación cubana, adoptando los puntos de vista de los castristas con una milimétrica fidelidad y una casi asombrosa falta de originalidad e imaginación. En virtud de esa conversión, creó la *Brigada Antonio Maceo*, una (obviamente) muy pequeña organización de inconformes hijos o nietos de exiliados que han optado por el comunismo, aunque admiten en sus filas a elementos de otras procedencias igualmente conquistados por las « virtudes » del totalitarismo. Lesnik, en cambio, es un caso mucho más raro –una tardía vocación castrista– de alguien que se pasó la vida afirmando en todas las esquinas –y en la mitad de los papeles que publicaba– que Fidel Castro, además de ser su enemigo de la juventud, era un gángster detestable, para terminar desmintiendo esa versión casi a punto de cumplir los setenta años de edad, momento que ha elegido para decir exactamente lo contrario.

Para la policía política cubana estas personas –a las que seguramente desprecia y en las que jamás confiará del todo– tienen un papel muy concreto y triste que jugar: a ellos les toca repetir fuera de Cuba las interpretaciones, versiones y mentiras que el «aparato» se inventa para desacreditar a sus enemigos, y muy especialmente la acusación de que sus adversarios de dentro y fuera, los disidentes y opositores, están pagados y manejados por los órganos de inteligencia norteamericanos. Como las opiniones del Gobierno sobre sus enemigos carecen de credibilidad, el testimonio de estos supuestos exiliados sirve para «corroborar imparcialmente» las acusaciones que ellos fabrican. Este sucio juego se ve muy claramente en un libro apologético de Castro escrito por el novelista español Manuel Vázquez Montalbán, *Y Dios entró en La Habana*, cuando el oficial de inteligencia cubano a cargo de estas operaciones de propaganda, Luis Báez –así identificado por el mayor Rodríguez Menier–, le sugiere a Vázquez Montalbán que utilice a Lesnik como informante: le dirá exactamente lo que el Gobierno cubano quiere, y la fuente, claro, no será oficial. Le dirá, además, lo que Vázquez Montalbán quiere escuchar, pues su interés no es el de encontrar la verdad o contrastar opiniones –algo que ni se molesta en intentar, acaso porque oficia de novelista aun cuando presumiblemente está escribiendo historia–, sino el de redactar apresurada y descuidadamente un libro que le resulte útil a la dictadura cubana, el último reducto de esos paraísos estalinistas que el escritor catalán no ha dejado de aplaudir ni cuando desaparecieron bajo el peso de la historia.

Finalmente, pese a los esfuerzos de la policía política de Castro por evitarlo, inventora de la patraña de que los exiliados quieren regresar para vengarse de los que quedaron en la Isla y privarlos de sus escasos bienes, algo que no ha sucedido en Nicaragua ni en ningún país del Este de Europa y jamás ocurrirá en Cuba, lo que a finales de siglo está acaeciendo es el acercamiento de las dos sociedades cubanas, la del exilio y la de la Isla, bajo un lema que no se cansa de repetir Orlando Gutiérrez, el joven líder del Directorio Revolucionario: «somos un solo pueblo». Y así, en la Isla leen con fruición los textos de Zoé Valdés, Daina Chaviano, Luis Ricardo Alonso o Marcos Antonio Ramos, mientras escuchan a Gloria Estefan, Celia Cruz, Paquito D’Rivera, Lucrecia, Willy Chirino, Flores Chaviano o Marianella Santurio –todos prominentes desterrados, y en el exilio, en cambio, circulan los libros de Pedro Juan Gutiérrez, Abilio Estévez y Leonardo Padura, o se recibe con los brazos abiertos a los profesores Pedro Monreal y Julio Carranza –cualesquiera que sean sus opiniones–, con música de Carlos Varela y Pedro Luis Ferrer como telón de fondo, porque es evidente que está en camino un necesario proceso de saneamiento y reconstrucción del tejido social del país. Fenómeno que también se advierte en la creciente colaboración entre las comunidades académicas de Cuba y del exilio impulsada por organizaciones como el Instituto de Estudios Cubanos dirigido por María Cristina Herrera, el Centro de Estudios Cubanos de la Universidad Internacional de la Florida, o esa asociación de economistas fundada en Cuba contra viento y marea, el Instituto Cubano de Economistas Independientes, que tiene su contrapartida en el exilio en la imponente –por la calidad de sus trabajos– *Association for the Study of the Cuban Economy*, círculo de trabajo o *think tank* que en ese terreno incluye una de las más notables concentraciones de talento de toda la historia de la nación cubana: Ernesto Hernández-Cató, Plinio Montalván, Rolando Castañeda, Carlos Quijano, Sergio Díaz-Brisquets, Jorge Sanguinetti, José Salazar Carrillo, Juan del Águila Carmelo Mesa-Lago o Roger Betancourt, por sólo mencionar una decena del centenar de nombres que componen el grupo.

¿Qué augura todo esto? Algo muy importante: la sociedad cubana, a trancas y barrancas, va superando esa inmensa fractura que fue la Revolución. Los pedazos se van soldando lentamente. Cuando termine el proceso el país empezará a moverse en la dirección correcta: la de la democracia y la economía de mercado, la de las veinte naciones prósperas y civilizadas de Occidente. La que le corresponde por su historia y por su geografía.

El diálogo que sigue pudiera ocurrir en el velorio del Comandante. Incluso, es muy probable que ocurra, pero no entre dos interlocutores, sino entre muchos, en voz muy baja y de manera fragmentaria. Mientras lloran, se abrazan y expresan signos de consternación —muy importantes para sobrevivir políticamente en un momento tan dramático—, y mientras manifiestan la inquebrantable lealtad a los ideales y enseñanzas del caudillo desaparecido, la conversación se desviará por otros vehicutos más comprometedores e interesantes. Unos dirigentes, muy discretamente, hablarán de Raúl, de los chinos y de los venezolanos. Otros centrarán sus observaciones en Estados Unidos y en los problemas que afronta el socialismo real, o en las necesidades de cambio económico y político, o en el camino de incertidumbre que se abre ante el país. Todos, llenos de ansiedad, estarán conscientes de que en Cuba se inicia una nueva etapa y querrán adivinar lo que les deparará el futuro.

El Heredero

¿Sobre qué bases reales se asienta el poder del general Raúl Castro?

Raúl, en gran medida, tiene el control del aparato policíaco-militar y del Partido Comunista. Durante muchos años ha ido colocando a personas de su entorno en puestos de importancia. Sin embargo, su peso en la Asamblea Nacional del Poder Popular, en los sindicatos, en el aparato cultural y en las otras organizaciones de masas es considerablemente inferior.

¿Es indiscutible su liderazgo?

No. Raúl fue designado por su hermano como heredero, y nadie le niega « méritos revolucionarios» —su destacada participación en la y a remota lucha contra Batista—, ni ciertas dotes como organizador, o su carácter de buen padre de familia, dato desconcertante que carece de importancia cuando recordamos que Adolfo Hitler era una persona cariñosa con sus allegados, pero la percepción general es que es una persona mediocre y sin ideas, aunque menos caótico que su hermano. Raúl, no obstante, es un ser humano con cierto balance emocional que le permite conjugar la dureza contra sus enemigos con una dosis afectiva genuina por sus allegados, sin ese detestable narcisismo que caracteriza al Máximo Líder. Naturalmente, no posee la fuerte personalidad ni el carisma de Fidel. Además, a lo largo de casi medio siglo se ha granjeado la antipatía y el rencor de muchos de los miembros del aparato que fueron marginados de la cúpula en medio de las luchas burocráticas. Nadie le discutía a Fidel el liderazgo político del país, o el *derecho* a castigar o premiar a quien deseara sin dar explicaciones, pero hay numerosos dirigentes que creen tener más méritos y talento que Raúl, y que no aceptan sus decisiones sin que antes o después tenga que justificarlas. Esa es la diferencia entre un caudillo indiscutible y un mero jefe.

¿Quiénes, por ejemplo, cuestionan el liderazgo de Raúl?

Potencialmente, muchísimas personas. En las Fuerzas Armadas, todos los oficiales que pasaron por las buenas academias soviéticas y luego se foguearon en Angola y Etiopía. Para éstos, Raúl es un militar improvisado. Los tecnócratas como José Luis Rodríguez, Francisco Soberón o Abraham Macique podían aceptar las imposiciones de Fidel en el terreno económico, porque Fidel era un sabelotodo, aunque a ciencia cierta no fuera más que un dilitante temerario afectado por una irreprimible tendencia a experimentar, pero a Raúl no lo respetan en ese terreno. Lo mismo le sucede en los asuntos diplomáticos en su relación con Ricardo Alarcón o en los culturales desde la perspectiva de Abel Prieto, Roberto Fernández Retamar o Eusebio Leal. Nadie le discuta en la cúpula se subordinada intelectual y emocionalmente a Raúl Castro como lo hacían con Fidel. Esa diferencia no es irrelevante.

¿Interviene en este fenómeno el factor psicológico?

Por supuesto. Ese aspecto es vital. Fidel Castro le ha impuesto su sello personal al gobierno cubano hasta extremos increíbles. Las instituciones no han servido para nada durante su prolongado mandato. Jamás ha habido una administración colegiada, pero toda la clase dirigente ha aceptado esa situación sin protestar porque se trataba de Fidel. Un hombre como Carlos Lage, que es un administrador laborioso, austero, razonablemente eficiente (aunque sin destellos de genialidad) en medio del desastre general del país, ha vivido y aceptado durante veinte años la arbitraria jefatura de Fidel por el carácter excepcional del Comandante, pero la de Raúl la tomaría, como dice la frase latina, « con un grano de sab» . A Fidel le suponían genialidad, inteligencia, memoria, formación e información cultural, y le atribuían la proeza de haber descabezado la dictadura de Batista y sobrevivido a la hostilidad norteamericana, aun tras la desaparición de la URSS, pero Raúl es otra cosa. Otra cosa menor concebida a una escala humana. A Raúl no le reconocen ningún sintoma de grandeza. Ni siquiera los hombres de confianza de Raúl —Abelardo Colomé Ibarra, José Ramón Machado Ventura, Jaime Crombet, Julio Casas Regueiro— acatan su jerarquía como consecuencia de la (limitada) admiración que les despierta, sino como resultado de un sistema de amistad personal y apoyos mutuos basados en la conveniencia recíproca.

¿Y qué sucede con los jóvenes «talibanes»?

Ése es un liderazgo muy débil fundado en la selección arbitraria de Fidel, dado que muchos de ellos provenían del llamado *Grupo de apoyo al Comandante*. Desaparecido Fidel, el peso de estos jóvenes, más allá de que tengan o no talento, se desvanece y deben establecer una trama de alianzas para sobrevivir políticamente. Felipe Pérez Roque, Otto Rivero, Hassan Pérez, Juan Contino Asian, Carlos Manuel Valenciga apenas tienen anclaje en las instituciones y, desde luego, significan muy poco para la opinión pública. Es una situación parecida a la de Randy Alonso, Lázaro Barredo, Reinaldo Taladríd y Rogelio Polanco, los usuales contertulios de Castro en la Mesa Redonda: son *estrellas* mediáticas coyunturales sin peso específico propio ni leyenda personal acreditada, aunque algunos procedan del Ministerio del Interior, como sucede con Taladríd y Barredo.

Pero quedan los viejos Comandantes.

Todos con setenta y cinco años, ancianos y achacosos, atados a la antigua leyenda de la Sierra Maestra. Ni Juan Almeida, Ramiro Valdés o Guillermo García hicieron aportes significativos a la labor de gobierno a lo largo de medio siglo. A ninguno de ellos se le tiene por especialmente talentoso. Ramiro, por otra parte, que fue Ministro del Interior durante mucho tiempo y ahora tiene a su cargo el Ministerio de Comunicaciones e Informática, es percibido como un represor, como el Beria cubano, y ése es un papel escasamente atrayente. Los tres, además, *sotto voce* son acusados por sus compañeros de haber vivido como millonarios en un país en el que las limitaciones materiales a veces afectaban a la propia clase dirigente. En un gobierno que ha predicado la austeridad y el igualitarismo hasta la exasperación, y en el que la pobreza y la escasez son la tónica reinante, molestaban las casas suntuosas, los yates de recreo y el uso de los recursos de la nación para complacer a las ex esposas o ex compañeras sentimentales de estos personajes.

Tres sofismas y una verdad oculta

En definitiva, ¿qué mantiene unida a la clase dirigente?

El discurso oficial establece tres sofismas que se repiten hasta la fatiga con el objeto de crearle una suerte de legitimidad moral a la dictadura, pero en los que ninguna persona sensata parece creer seriamente:

—Que las fuerzas armadas y, en general, los revolucionarios o simpatizantes del sistema, son los continuadores de la lucha de los mambises del siglo XIX, quienes supuestamente fueron traicionados por los políticos de la corrupta « república mediatizada» .

—Que si los revolucionarios « se dividen» , Estados Unidos, junto a los *cipayos* exiliados en Miami, unos despreciables *anexionistas*, establecerían en la Isla una colonia de los yanquis vendida a los intereses capitalistas.

—Que el fin de la revolución significaría el fin de las llamadas « conquistas revolucionarias» : la educación, la salud y cierto grado de igualdad racial que hoy existe en la sociedad cubana. Simultáneamente, una nube de codiciosos exiliados dominados por los deseos de venganza descendería sobre la indefensa sociedad cubana para apoderarse de las viviendas y recuperar los bienes confiscados tras el triunfo, convirtiendo a los cubanos de la Isla en verdaderos cautivos de extranjeros y desterrados.

De acuerdo con estas falsas premisas se monta una especie de silogismo: revolución, patria, nación, partido comunista forman parte de una misma ecuación (en la que, por cierto, se incluye al propio Fidel). Si el gobierno comunista (la revolución) desaparece, también desaparecen la patria y la nación fagocitadas por la maldad de unos enemigos siniestros que esclavizarían al pueblo, empobreciéndolo en el plano material hasta niveles haitianos.

Pero, ¿hay algo de verdad en estos planteamientos?

Ni una pizca. Esas son sólo las coartadas para mantenerse en el poder.

—Es una obscenidad intelectual plantear que los revolucionarios de hoy, unos señores que invocan el marxismo leninismo como fuente de autoridad ideológica y el Estado soviético como modelo de organización, son los continuadores de la lucha de José Martí y los mambises. Aquellos cubanos, como no podía ser de otra manera, eran unos liberales del siglo XIX —en el sentido que se le daba a esa palabra en aquellos tiempos— que aspiraban a crear una república clásica, democrática y con respeto por la propiedad privada, y que nada tenían que ver con los experimentos totalitarios puestos en marcha en la Rusia de 1917.

—Estados Unidos, a principios del siglo XXI, no tiene el menor interés en anexionar a Cuba. Por el contrario, su principal objetivo es que en la Isla se establezca un sistema democrático y próspero para que los cubanos no emigren clandestinamente a territorio norteamericano. Tampoco es relevante la cuestión económica. Para una economía como la norteamericana, que se acerca a los trece trillones de dólares, el paupérrimo mercado cubano carece totalmente de importancia. Por el contrario, Estados Unidos, que cuenta en su seno con una notable minoría cubano —americana a la que debe tener en cuenta, volcaría todo su peso económico sobre la Isla, e invitaría a Europa y a Japón a que hicieran lo mismo, con el objeto de mejorar intensa y rápidamente la calidad de vida de los cubanos y así evitar una crisis migratoria.

—Los cubanos exiliados, según las encuestas más solventes, no van a regresar masivamente a residir en Cuba (si las condiciones son favorables lo hará un 10%), ni van a desalojar a nadie de unas casas miserables que se están cayendo a pedazos por culpa de la incuria socialista. Los exiliados cubanos, no obstante, si hay garantías jurídicas, sí acudirían masivamente como turistas e inversionistas, convirtiéndose en una fuente de desarrollo y prosperidad para beneficio de todos y poniendo fin a una hostilidad artificialmente alimentada por el gobierno. Eso es lo que reflejan todas las encuestas y *focus group* que se realizan. El sur de la Florida y, en general, los sitios donde se concentran los exiliados, se convertirían en motores económicos que impulsarían energícamente la reconstrucción y el desarrollo de la Isla. En cierto modo, la diáspora sería la provincia más rica de Cuba y la que más contribuiría a la prosperidad de los cubanos.

Si esto es así, ¿hay alguna razón oculta que explique el inmovilismo de la clase dirigente cubana?

Por supuesto: la clase dirigente cubana teme perder el poder y con éste los privilegios que comporta. La nomenclatura es víctima de la natural incertidumbre que provoca el riesgo de ver reducida su importancia social y laboral. Quienes pueden tomar decisiones temen por la suerte de sus hijos y el destino de la familia. Sienten miedo al cambio, y el miedo, a veces, es un fuerte cohesivo, pero un pésimo consejero.

Las razones del cambio

¿Y qué sucede con las convicciones ideológicas?

Parece que son muy débiles. El testimonio confidencial de los hijos y parientes de numerosos dirigentes no deja lugar a dudas: en la intimidad de sus casas se reniega del sistema y se admite el total desastre en que vive el país. El derrumbe del socialismo real y el cambio de signo del modelo chino, sumados a la experiencia de casi cincuenta años de colectivismo en suelo cubano, han convencido a la clase dirigente de que ese sistema no es capaz de generar riqueza y bienestar para el pueblo. Los dirigentes tendrían que estar ciegos para no darse cuenta de que el comunismo es tremenda e irremediablemente ineficiente: lo ha sido en todas las latitudes y culturas donde lo han entronizado. Y aun si ellos estuvieran ciegos, sus familiares, especialmente sus hijos y nietos, se encargarían de recordarles que están defendiendo un grave error intelectual que genera terribles consecuencias morales y materiales para el conjunto de la sociedad.

¿Y por qué mantienen el sistema si no creen en él? ¿Por qué no intentan cambiarlo?

Esencialmente, por tres razones:

—Primero, porque el colectivismo era una caprichosa imposición de Fidel Castro y nadie se atrevía a contradecir al Comandante en Jefe. Fidel, como los reyes antiguos, ha sido el dueño del país durante medio siglo y les ha impuesto

a los cubanos sus convicciones, más o menos como en el pasado la religión del monarca era la que debían aceptar sus súditos. Sin embargo, al menos desde los años setenta, siempre ha habido reformistas lúcidos que han intentado alejarse del comunismo o atenuar sus peores consecuencias, pero Fidel invariablemente los ha liquidado.

—Segundo, porque los privilegios y el ejercicio de la autoridad están muy ligados a la existencia de esa rígida burocracia en la que el Partido Comunista y la administración del Estado se entremezclan. En la estructura gubernamental soviética, que es la impuesta por Fidel Castro a los cubanos, coexisten y se solapan dos burocracias paralelas, el Partido y el aparato administrativo de gobierno. El fin del sistema significa que el Partido perdería su control sobre el gobierno. Por otra parte, desmontar el colectivismo es darle poder a la sociedad civil y a individuos que no necesariamente responden a la nomenclatura. Eso aterroriza a una parte de la clase dirigente.

—Tercero, porque la presión efectiva en dirección de los cambios se circunscribe a la postura de Estados Unidos y (en menor medida) la Unión Europea, a lo que se agregan las acciones de los demócratas cubanos de la oposición interna y externa, y, hasta ahora, estos factores no han sido suficientes para impulsar las transformaciones.

Pero, ¿el pueblo desea o no los cambios?

Los desea, pero « el pueblo» no tiene cauces de expresión en las sociedades totalitarias. En el modelo político cubano, caicado de la Unión Soviética, las instituciones son establos en los que se encierra a la sociedad para transmitirles los deseos e instrucciones de la clase dirigente. Ni el parlamento, ni los sindicatos, ni las organizaciones juveniles oficiales dan cabida a puntos de vista que no respondan a la línea oficial decidida por la cúpula. Cuando alguien protesta dentro de las instituciones, lo amonestan, lo separan del cargo o lo marginan totalmente. Si lleva la protesta a las calles, le lanzan las turbas mediante pogromos o « actos de repudio» , o, simplemente, lo encarcelan. El cacareado centralismo democrático que se practica en el Partido Comunista, pese a la retórica de la participación de las masas en el proceso de toma de decisiones, no es otra cosa que un ritual vacío para imponer la voluntad de la jerarquía instalada en los órganos superiores de gobierno, y, en última instancia, de quien esté a la cabeza.

¿Y si el pueblo tiene poca capacidad para demandar cambios, y si Estados Unidos, la Unión Europea y los demócratas de la oposición interna y externa tienen una limitada capacidad para demandar cambios, ¿cómo y por qué van a llegar esos cambios?

Van a llegar por varias razones que podemos deducir de la experiencia:

—Porque la sociedad cubana posee una centenaria tradición de modernidad y eso no se ha evaporado con el comunismo. Carece de sentido suponer que los cubanos van a estar permanentemente sujetos a un arcaico sistema de gobierno que ha desaparecido en todas partes del mundo como consecuencia de su ineficiencia. Hoy parece difícil que en Cuba se produzcan cambios, pero más extraño sería que no se produjeran. No puede olvidarse que las naciones evolucionan en grupo siguiendo corrientes históricas: estamos en una era en la que la democracia y las libertades económicas se imponen en todas partes. Cuba no puede ser la excepción a esta tendencia de forma permanente.

—Porque hay dos factores psicológicos que están presentes en todos los procesos de cambio y en Cuba son fácilmente observables: de una parte, es obvio que existe un profundo desencanto e indiferencia con la revolución en el seno de la sociedad cubana. Por la otra, los dirigentes ya no se perciben como los protagonistas de una hazaña histórica positiva, sino como los agentes de un sistema torpe y cruel que ha demostrado una total incapacidad para mejorar las condiciones de vida del pueblo. A ninguna persona mentalmente sana le resulta gratificante formar parte de un grupo repudiado por la sociedad y criticado en el seno de la familia.

—Porque entre esos cubanos de la clase dirigente tiene que haber un notable porcentaje que desea que mejoren los estándares de vida de la sociedad, y que está cansado de fingir devociones que no siente y de defender posiciones que le parecen equivocadas. Si en la nomenclatura de todos los países comunistas de Europa central existían estos reformistas dispuestos a impulsar los cambios y a abandonar los errores, ¿por qué en Cuba va a suceder de otro modo?El argumento de que en Cuba persiste el comunismo por la supuesta amenaza norteamericana no es más que un pretexto sin fundamentos.

—Porque en los últimos cuarenta años, desde el posfranquismo español comenzado a fines de 1975, hasta el desmantelamiento de las dictaduras comunistas de Europa central, los cubanos del poder y de la oposición han podido comprobar en veinte países que es posible una evolución política pacífica, sin revanchas ni atropellos, que ponga fin a un sistema agotado y dé paso a una nueva etapa en la que casi todos salgan ganando. Para cambiar el signo político del país no es necesaria una revolución violenta, ni la humillación de quienes salgan derrotados en la confrontación, sino una transición pactada hacia el multipartidismo y la libertad, en la que todos o casi todos salgan ganando, como ha sucedido en el resto del mundo. La teoría de juegos lo confirma: las decisiones se inclinan, racionalmente, hacia el escenario que resulta más conveniente para la mayoría de acuerdo con los incentivos que estén presentes.

La Alternativa Bolivariana

Sin embargo, el gobierno cubano —o al menos una parte— no parece creer que es inevitable la transición hacia la democracia y la economía de mercado. Fidel Castro deja como herencia la tarea de continuar la revolución de la mano de Hugo Chávez, para construir lo que el venezolano llama «la revolución bolivariana y el socialismo del siglo XXI».

Es cierto. La alternativa al cambio que Fidel Castro propone al final de su vida es continuar con la « revolución bolivariana y el socialismo del siglo XXI» . ¿En qué consiste esa propuesta? Consiste en conquistar políticamente a los países de América Latina para enfrentarlos a Estados Unidos y al primer mundo mientras se desarrolla alguna variante del colectivismo en las sociedades que consigan reclutar para esta peligrosa aventura. Felipe Pérez Roque lo explicó en un discurso pronunciado en Caracas en diciembre de 2005. Vino a decir que La Habana y Caracas habían asumido la responsabilidad de dirigir la revolución en el mundo, sustituyendo en esa tarea a la desaparecida URSS y a la fatigada Europa, ya corrompida por el capitalismo. Poco antes, Carlos Lage afirmó que Cuba tenía dos presidentes: Fidel Castro y Hugo Chávez. Sin embargo, no parece probable que Raúl Castro se empeñe seriamente en esa tarea.

¿Por qué Raúl rechazaría esta tarea legada por su hermano y mentor?

Porque el pueblo cubano, y muy especialmente la clase dirigente, saben que el país y perdió cuarenta años inútilmente « haciendo la revolución» y persiguiendo utopías inalcanzables. La búsqueda del *hombre nuevo* condujo a sembrar la sociedad de ciudadanos hipócritas escondoniac a las guerrillas campesinas a lo Mao o, en alguna medida, a lo Castro. El método chavista, deducido de la experiencia venezolana y hoy elevado a estrategia universal, es recurrir a las elecciones, plantear la historia de la guerra en Angola o de la independencia de Namibia (y se silencia la aventura en Somalia) para justificar los absurdos sacrificios impuestos al pueblo cubano, pero nadie ignora que esos son los pretextos de Castro para ocultar su napoleonismo caribeño y su voluntad de clavarse en la historia a cualquier precio. Los experimentos económicos destruyeron los fundamentos de la producción nacional, incluida la centenaria industria azucarera. ¿Quien en sus cabales puede reeditar esas pesadillas de la mano nada monos quo de Hugo Chávez, medio siglo más tarde? Raúl, que ya pasó la rubéola ideológica, aunque no tiene el menor instinto democrático, está más cerca de la cínica madurez de los chinos y vietnamitas, decididos a globalizarse, a privatizar (dentro de ciertos límites) y a hacer buenos negocios con Estados Unidos y el Primer Mundo, que del infantilismo pendenciero del chavismo. Ya Cuba y ellos mismos —exceptuado Fidel— superaron la fase del « internacionalismo revolucionario» .

¿En qué se parecen o se diferencian el socialismo de los soviéticos y el castro-chavismo bolivariano?

En primer lugar, en el método para llegar al poder. Los « bolivarianos» abandonan la lucha de clases, las protestas obreras y la convocatoria a una huelga general definitiva con que soñaban los marxistas-leninistas (que no sucedió en ninguna parte, por cierto). También renuncian a las guerrillas campesinas a lo Mao o, en alguna medida, a lo Castro. El método chavista, deducido de la experiencia venezolana y hoy elevado a estrategia universal, es recurrir a las elecciones, plantear una constituyente que concentre el poder en las manos del Ejecutivo, fomentar el clientelismo de los más pobres mediante medidas populistas efectivas, pero de alcance real limitado, y luego comenzar a dismantelar el Estado de derecho y la economía de mercado, imponiendo, finalmente, una suerte de dictadura dirigida.

¿Y qué ocurre en el plano internacional?

Como especulaba Lenin en el 17 (tras el análisis de Trotski), o Castro desde el 59 hasta nuestros días, Chávez está convencido de que « el socialismo del siglo XXI» que se propone implantar en Venezuela sólo puede sobrevivir si crea una vasta red de complicidad internacional para enfrentarla a lo que llama « el imperialismo» , y muy especialmente a Estados Unidos. No cree posible que su socialismo del siglo XXI pueda sobrevivir en un solo país. Aunque los métodos para tomar el poder son diferentes a los empleados por los soviéticos, los objetivos son los mismos: destruir al primer mundo capitalista y reemplazarlo por una sociedad igualitaria y solidaria en la que ni siquiera sea necesario el uso del dinero porque los trueques y los impulsos filantrópicos reemplazarían al dinero y al individualismo egoísta. Chávez, como Castro, es un utópico armado con pistola.

Pero podría suceder que el castro-chavismo tuviera éxito y, finalmente, se consolidara un eje bolivariano en América Latina que sirviera de sostén a una Cuba empeñada en el colectivismo.

Eso es muy improbable. Hasta ahora hay unos cuantos países muy pobres que van camino de convertirse en protectorados de Venezuela. Este es el caso de Bolivia y tal vez Nicaragua marche por la misma senda de la mano de Daniel Ortega. Está por verse lo que hará el señor Correa en Ecuador. Pero si la URSS, que era el país mayor y potencialmente más rico del planeta, junto a naciones viejas y sabias como Alemania del Este, Checoslovaquia, Hungría y Polonia, se hundieron en la ineficiencia y la mediocridad, ¿qué puede esperarse de un frente revolucionario integrado por Venezuela, Bolivia, Cuba, Nicaragua y, llegado el caso, Ecuador? Las probabilidades de que ese experimento fracase son casi todas.

Pero Venezuela es muy importante como fuente de subsidios petroleros y financieros.

Así es. Los ciento ocho mil barriles diarios de petróleo que Caracas dona a La Habana (aunque disfrace esas transacciones de intercambios), más el generoso financiamiento de numerosas compras, son una ayuda importante para el gobierno cubano, pero la cúpula dirigente sabe que el precio de acompañar a Chávez en sus delirios de conquista planetaria es demasiado oneroso y comprometedor. Nadie en los círculos de poder respeta realmente a Chávez (en privado le llaman « el Loco» y se rien de él), y muy poca gente cree que ese país desorganizado, controlado por un gobierno profundamente corrompido, claramente rechazado por la mitad de la sociedad, puede convertirse en la estable metrópolis revolucionaria del mundo. Lo probable, pues, es que ese fallido experimento venezolano en algún momento termine mal y abruptamente, lo que significaría un golpe mortal para el gobierno cubano en la medida en que dependa de Caracas. Si algo aprendieron los dirigentes cubanos tras la debacle de la URSS y sus satélites, es que una sociedad no puede confiar su destino a factores ajenos alejados a su control. El fin del chavismo —que llegará en algún momento como consecuencia de la propia naturaleza caótica del gobierno y de su líder— significaría la muerte súbita de la revolución o el inicio de otro agónico *período especial*. Sólo alguien muy irresponsable podría jugarse el futuro de Cuba a esa carta de dudoso destino.

El modelo chino

Queda, sin embargo, la opción del modelo chino, que parece gustarle a Raúl Castro.

Si, pero primero hay que entender que no existe ese supuesto modelo chino. Tras la muerte de Mao, que era, como Fidel, un visionario terco totalmente indiferente a la realidad, los reformistas chinos, que conocían los « milagros» económicos de Taiwán, Hong Kong y Singapur, protagonizados por chinos como ellos, entendieron que debían poner fin a la locura colectivista, permitir y estimular la empresa privada, sacar paulatinamente al Estado de las actividades económicas y vincularse intensamente al mundo desarrollado. En último análisis, eso era lo que habían hecho los tigres asiáticos. Ellos —la China continental— podían convertirse en el mayor tigre asiático del mundo, pero tenían que abandonar las supersticiones del marxismo.

Pero esas reformas partieron de un modelo.

No, partieron de una convicción melancólica que se resume en una frase escueta: « el colectivismo marxista no funciona» . A partir de ese punto comenzó un proceso de reformas improvisadas que no fijaba límites ni calendarios en el terreno económico, y que se iba acelerando en la medida en que se hacían evidentes los logros obtenidos. El país crecía en torno al 10% anual como conjunto, pero había zonas que crecían al ritmo del 20 y el 25, mientras se ampliaba el círculo de las actividades privadas. Tan importante como el hecho de que existían numerosas empresas capitalistas era el florecimiento de decenas de miles de escuelas privadas y el abandono de las comunas campesinas en beneficio de las explotaciones agrícolas privadas. Sólo ha habido una zona en la que estaba y está (por ahora) prohibida la actividad de los individuos: la lucha política.

Sin embargo, se seguía venerando a la figura de Mao.

Pero como un ejercicio retórico sin ningún contenido real. Si se renunciaba a las comunas campesinas y a la penetración política en el tercer mundo; si se entronizaba la propiedad privada, se limitaba drásticamente el peso del Partido Comunista en la dirección de la economía y se cooperaba con las naciones de Occidente en todos los terrenos, ¿qué quedaba del maísmo? Lo único que falta es denunciar públicamente a Mao como el terrible déspota y genocida que fue, pero eso aún tomará cierto tiempo.

¿Hasta dónde llegaría Raúl Castro si toma el camino chino?

Insisto: el camino chino no tiene fin. Es un camino, no una meta. Una vez que se entra en un proceso de reformas como el emprendido por los chinos los resultados y las coyunturas van ampliando los horizontes, lo que, a su vez, precipita a los dirigentes a improvisar sobre la marcha. Son procesos abiertos. En todo caso, la distancia cultural, demográfica, geográfica e histórica entre China y Cuba es abismal. Raúl puede tomar la decisión de abrir sustancialmente la economía cubana y todos lo aplaudirían, pero los resultados, aunque alivien la miserable forma de vida de los cubanos, no serían semejantes a los de China.

Pero las reformas que Fidel Castro autorizó en los noventa (y luego revocó comenzado el nuevo siglo), ¿no forman parte de una visión china? Raúl puede retomar ese camino.

Fracasaría. En los noventa Fidel Castro se limitó a hacer unas reformas menores con el objeto de capear el temporal, no de cambiar el sistema. Lo que logró con esos mínimos cambios fue lo peor de ambos mundos: desigualdad sin desarrollo. Los chinos permiten la desigualdad como parte del costo del desarrollo, pero en el colectivismo híbrido diseñado por Castro sólo se enriquecen unos pocos, mientras se practica el más repugnante *apartheid* contra los cubanos. Por otra parte, los inversionistas serios que se acercaron a Cuba en la década de los noventa comprobaron los riesgos de invertir en un país en el que la ley no significa nada. Ese sistema de inversiones conjuntas entre el Estado y los capitalistas extranjeros para la común explotación de los trabajadores cubanos no puede reeditarse como fórmula para lograr salir de la miseria ni para ilusionar a una sociedad que ya comprobó sus pésimos resultados.

¿Yno estarían los chinos interesados en invertir en Cuba y captarla para su bando?

No tendría sentido. Los gobernantes chinos del siglo XXI no ven el mundo como un campo de batalla entre Oriente y Occidente. Estados Unidos es el mayor socio comercial de China. China posee novecientos mil millones de dólares en reserva. Pekín entiende que lo que le conviene es que Estados Unidos tenga una economía saludable para que siga consumiendo productos manufacturados en China. Hace cierto tiempo, cuando el presidente brasilero Lula da Silva trató de reclutar al Primer Ministro chino para incorporar a ese país, junto a la India y Sudáfrica, en un eje más o menos antioccidental, se encontró con una cortés negativa. China no está interesada en pugnar con Estados Unidos, Japón o Europa. Lo que quiere es formar parte del primer mundo, no destruirlo. Hace diez años la economía de China era del tamaño de la brasilera. Hoy es tres veces mayor. Y esa exitosa estrategia no la va a comprometer respaldando a un gobierno militante e infantilmente dedicado al antianiquismo o a construir utopías ridiculas. Si Raúl Castro quiere seguir comprándole ollas arroceras o vendiéndole níquel a Pekín nadie se lo impedirá, pero los chinos no convertirán esas exiguas relaciones comerciales en un elemento de fricción con el primer mundo, y mucho menos con Estados Unidos.

La apertura

Si la vía bolivariana conduce al fracaso, la china es un espejismo y el modelo cubano de joint ventures demostró sus limitaciones y se agotó, ¿qué opciones reales le quedan a la Cuba que hereda Raúl Castro a los 75 años?

Una opción, por supuesto, es no hacer nada. Poner más policías en las calles, intimidar con mayor saña a la población, contemplar como la base material y moral del país se degrada progresivamente, mientras los cubanos se vuelven más desilusionados y cínicos, sin otra esperanza que « sacarse el bombo» , construir una balsa o seducir a un o una turista para escapar de Cuba, como han hecho los hijos y familiares de tantos dirigentes, hasta que algún día estalle una ola de violencia como consecuencia de las penurias y la insatisfacción general. Otra opción, la más madura, sería abrir los cauces de participación de la sociedad para, entre todos, buscar una salida consensuada a la situación en que se encuentra el país. Ni siquiera hay que elegir expresamente el camino del cambio: por donde hay que empezar es por reconocer que existen otras voces diferentes a la del Partido Comunista (que en medio siglo no ha conseguido solucionar los problemas más elementales de la población), y disponerse a escucharlas.

¿Se refiere usted al diálogo entre el gobierno y la oposición?

Si, pero no sólo a eso. Desde 1989 una persona tan respetable como el desaparecido Gustavo Arcos, entonces al frente del Comité Cubano de Derechos Humanos, propuso crear una mesa abierta de discusión entre el gobierno y la oposición y la respuesta fue el acoso político y el encarcelamiento de miembros de su grupo y de su familia. Una verdadera apertura comienza por admitir que los cubanos creen legalmente asociaciones políticas o de cualquier tipo y puedan reunirse entre ellos para discutir en total libertad. En España, antes de la muerte de Franco, cuando las autoridades comprendieron que era imposible seguir sosteniendo la ficción de que « el Movimiento» –el partido único del franquismo– representaba a la totalidad de la sociedad, se aprobó una ley de asociaciones y las agrupaciones políticas comenzaron a surgir dándole sentido y forma a diferentes corrientes de opinión. Organizaciones como las Damas de Blanco, personas como Oswaldo Payá, Vladimiro Roca, Héctor Palacios, Elizardo Sánchez, Martha Beatriz Roque, Laura Pollán, Oscar Espinosa, Gisela Delgado, Dagoberto Valdés, Juan Carlos González Leiva, Julia Cecilia Delgado, León Padrón, Miriam Leiva, Luis Ciño y tantos otros, son cubanos inteligentes e instruidos que dirigen grupos que tienen mucho que aportar para solucionar los graves problemas que afectan al país.

Pero el gobierno cubano alega que los disidentes son instrumentos de la embajada norteamericana y, por lo tanto, se niega a hablar con ellos o a considerarlos como una oposición respetable.

Si, pero ésa es una falacia para no tener que admitir que la sociedad cubana, como todas, está compuesta por millones de personas que albergan diferentes puntos de vista y pueden y deben agruparse en distintas tendencias. Si hay algo realmente contra natura es la uniformidad impuesta por los gobiernos totalitarios. Es verdad que varias naciones occidentales les prestan algún tipo de ayuda a los cubanos demócratas –ese mismo fenómeno, por cierto, se observó en Europa central durante la época de la Guerra Fría–, y más que ninguna Estados Unidos, pero ese tipo de solidaridad forma parte de la lógica del Estado cubano. ¿No reclama el gobierno de La Habana su derecho a ejercer el « internacionalismo revolucionario» ? En ese caso, la coherencia lógica debe llevarlo a admitir el derecho al « internacionalismo democrático» que tienen sus adversarios. Si la dictadura, durante décadas, ha brindado todo tipo de ayuda a los grupos afines al comunismo, ¿cómo es posible que les niegue a las democracias el derecho a hacer lo mismo con los disidentes cubanos que intentan agruparse en asociaciones pacíficas para solicitar pluralismo y democracia?

¿Qué harían esas asociaciones?

Las asociaciones hablan, publican papeles, comunican ideas, captan miembros. Es vital que todos los cubanos puedan expresarse sin miedo a ser agredidos por las turbas o a ser encarcelados. Pero no sólo se trata de los demócratas de la oposición. Dentro de las filas del gobierno hay personas inconformes con la línea oficial que también deben tener acceso sin miedo a las tribunas. Las hay en las universidades, en los claustros de profesores y en el estudiantado. Las hay en los sindicatos. Sabemos que hay dirigentes sindicales medios en Cuba que están dispuestos a defender públicamente que los trabajadores cubanos puedan utilizar la moneda nacional al cambio oficial en todos los establecimientos. Quieren acabar con el apartheid monetario porque les indigna que el gobierno les pague a los trabajadores en una moneda inservible y que, además, les haga trampas con un sistema cambiario que es una verdadera estafa. Nada extraordinario va a suceder porque unas personas opinen de manera diferente al gobierno. Por ejemplo, bajo la dirección del ingeniero Dagoberto Valdés, un grupo católico de Pinar del Río ha publicado durante años la excelente revista *Vital* –una excepción que confirma la regla de la censura general–, y el régimen no ha colapsado: son sólo opiniones distintas, muy sensatamente defendidas, que contribuyen a la comprensión general de los asuntos comunes y a la solución de los conflictos. Ninguna sociedad puede progresar si se impide el libre examen de los problemas generales.

¿Y los presos políticos?

En todos los países que han intentado una apertura se ha puesto en libertad a los presos políticos de forma inmediata. En las cárceles cubanas hay gente valiosísima, como el Dr. Oscar Elias Biscet, Héctor Maseda, Regis Iglesia, Jorge Luis García (Antúnez) y tantos y tantos imposibles de mencionar. Son personas que pueden y deben contribuir enormemente a la pacífica transformación del país. Tienen ideas y buena voluntad. Es una vergüenza que Cuba sea el único país de América Latina en donde existen presos políticos: más de trescientos según las denuncias de Amnistía Internacional. Y es criminal la crueldad con que son maltratados tanto ellos como sus familiares.

¿A dónde conduciría esa apertura?

La apertura no necesariamente significa transición, pero es un requisito previo. La apertura es sólo el derecho a ejercer la libertad de asociación y de prensa, el fin del acoso policial y de las turbas parapoliciales que realizan actos de repudio, más la excarcelación de los presos políticos. Pero hasta ese punto todavía no se puede hablar de cambios ni de transición. La apertura puede hacerse sin siquiera modificar la legislación de la dictadura. Teóricamente, la vigente constitución del país garantiza estos derechos, aunque luego, en la práctica, se conculquen ilegalmente.

¿Cambiar en qué dirección?

¿Cómo se pasa de la apertura al cambio?

La experiencia muestra que hay varias formas de pasar de la apertura al cambio. Una forma sencilla es preguntarle al pueblo si desea cambios. De alguna manera, es lo que sucedió en Chile con el referéndum que abrió el camino a las elecciones generales, y lo que ha propuesto el ingeniero Oswaldo Payá en el *Proyecto Varela* con el respaldo de miles de firmas. En España las cosas sucedieron de otro modo: el gobierno llevó a cabo una suerte de discreto diálogo con la oposición y luego el parlamento modificó las leyes y dio paso al multipartidismo. En Polonia, el gobierno convocó a unas elecciones parlamentarias en las que la oposición podía optar por un número limitado de diputados, pero el respaldo a los demócratas fue de tal naturaleza que el régimen comunista se desplomó.

¿Hay algún elemento común a todas las transiciones?

En general, todas las transiciones son diferentes y en todas se observa una clara e inevitable tendencia a la improvisación, pero hay dos rasgos comunes que las vinculan: primero, el reconocimiento de que existe una oposición o, simplemente, otras voces que tienen el derecho a existir; y, segundo, la admisión de que estas personas pueden y deben participar en la vida pública del país. A partir de la aceptación de estos dos elementos se abre un sinfin de posibilidades, pero todas en algún momento necesitan legitimarse en las urnas. En definitiva, sólo hay dos formas de organizar la convivencia: la imposición arbitraria de la fuerza (que es lo que se ha hecho en Cuba durante casi medio siglo con los nefastos resultados que todos conocemos), o mediante mecanismos democráticos de consulta. La democracia es el método ideal para propiciar los cambios pacíficos. No suele ser un método rápido ni es totalmente eficiente, pero es el mejor que se conoce.

¿Por qué los comunistas cubanos tolerarían un cambio de esa naturaleza?

Porque los comunistas cubanos no son muy diferentes a los checos, polacos o alemanes. Ellos comprenden que también saldrán ganando en la medida en que cambien una manera de actuar que ha resultado contraproducente. Los comunistas cubanos saben que en el país hay una profunda inconformidad con el sistema. Una parte sustancial de los ex comunistas polacos, rusos, rumanos y eslovenos se transformaron en socialdemócratas o se integraron a otras corrientes ideológicas y eventualmente lograron volver el poder. Los sandinistas consiguieron ganar las elecciones y regresar al gobierno dentro de las reglas del juego democrático. La verdadera democracia no le cierra la puerta a nadie. Los comunistas cubanos saben que hay vida más allá de la derrota política.

¿Y si el pueblo cubano deseara continuar con un sistema colectivista de partido único?

En realidad, son muy pocas las sociedades comunistas que han insistido en el viejo sistema si se les ha dado a las personas la oportunidad de elegir el pluralismo político y las libertades económicas. Aparentemente, esto sólo ha sucedido en Moldavia, que es una excepción muy particular, y en algún otro territorio ex soviético del Asia central. En todo caso, el principio rector de la democracia es el acatamiento a la voluntad de la mayoría, siempre que se ajuste a la ley y se respeten los derechos de las minorías. Lo importante es que la totalidad de la sociedad cubana asuma el control de su destino.

Imagínese un escenario en el que comienzan los cambios.

Con los presos políticos liberados y las asociaciones políticas legitimadas, la oposición se presenta a las elecciones con candidatos propios y un número sustancial de demócratas hace campaña y llega a la Asamblea Nacional del Poder Popular y a otros órganos legislativos para luchar por el sistema político en el que creen. Esa es una variante del modelo polaco.

Imagínese otro.

La ANPP convoca a un referéndum para decidir si se admite un cambio de sistema, pero, naturalmente, permite que la oposición acceda a los medios de comunicación y haga una vigorosa campaña en defensa del cambio. Algo parecido ocurrió en Chile.

Piense en la tercera opción.

La española: el propio parlamento hace los cambios necesarios y luego convoca a elecciones generales y toda la variedad política del país queda reflejada en el parlamento.

¿Cuál es el mejor?

Nadie lo sabe. Todas estas opciones son imperfectas y están llenas de incertidumbre. Lo importante es que los agentes de cambio no minen inútilmente el campo político. Lo fundamental es recurrir a las soluciones racionales.

¿Bajo qué leyes se hace esto?

Bajo las que existen. Todas las transiciones acaecidas en el este de Europa se hicieron enmendando constituciones muy parecidas a la cubana actual, dado que todas se fundamentaban en el texto constitucional soviético de 1936.

Una vez iniciado el proceso de cambio y ya dotados de un parlamento plural se puede pensar en una nueva constitución, como sucedió en España en 1978.

¿Y qué ocurriría con los ajustes de cuenta o las responsabilidades penales por los atropellos cometidos durante la dictadura?

La experiencia en Europa, e incluso en América Latina, indica que las sociedades posdictatoriales están más interesadas en salvar el futuro que en revisar el pasado. En España, además de decretar una amnistía para los presos políticos, se practicó una especie de amnesia voluntaria. También es posible, y quizás sea conveniente, convocar a un referéndum para que la sociedad decida si quiere perdonar todas las violaciones de la ley y los atropellos contra los derechos humanos desde 1952, cuando Batista dio su ilegal golpe militar, hasta el momento en que se consulta a los cubanos. Lo probable es que la inmensa mayoría opte por el borrón y cuenta nueva, aunque siempre quedará abierta la puerta para juzgar crímenes inculpicables de lesa humanidad, como el deliberado hundimiento del remolcador « 13 de marzo », en el que murieron decenas de personas, entre ellas once niños, o el derribo criminal de las avionetas de Hermanos al Rescate, cuando se vulneraron todos los acuerdos internacionales en materia de defensa aérea, asesinando sin piedad a cuatro personas indefensas.

¿No es ésa una forma de estimular la impunidad?

No: es una forma de reconocer que la culpabilidad en los Estados totalitarios recae sobre tantas personas que es imposible recurrir a los castigos. La línea entre verdugos y víctimas es muy confusa. La víctima de hoy tal vez fue verdugo en el pasado. El verdugo de hoy acaso es una persona movlizada por el miedo que anteriormente había formado parto del grupo de las víctimas. Hay que empezar con rapidez la reconstrucción del país sin empantanarse en una peligrosa batalla que pudiera descarrilar la transformación que se necesita.

También se puede crear una comisión de la verdad.

Se hizo en Sudáfrica con éxito, pero en Cuba acaso sea más difícil. En estos procesos hay varias verdades conflictivas y contradictorias que se entrelazan y confunden. El que para algunos es, por ejemplo, un héroe intemacionalista, para otros puede resultar un terrorista que intervino injustificadamente en los asuntos ajenos y asesinó soldados o policías inocentes. El que para la oposición era un combatiente heroico, para el gobierno, era un mercenario. Esas interpretaciones subjetivas son irreconciliables, así que lo más sensato es dejar que convivan paralelamente las dos historias sin tratar de imponer una lectura única de unos hechos inmensamente complicados. Más que la creación de una discutible « comisión de la verdad » es mejor estimular una absoluta libertad de prensa y de pensamiento para que cada cual cuente la historia desde su perspectiva particular y ya se encargará la posteridad de sacar sus propias conclusiones.

El destino de las instituciones y de los logros

¿Qué pasaría, por ejemplo, con las fuerzas armadas y los cuerpos policiales?

De acuerdo con la experiencia de Europa del Este, de España, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay o Nicaragua —lo que da la medida de la amplitud del ejemplo—, las instituciones militares pueden continuar sirviendo a una sociedad que se ha acogido a la democracia. En algunos países centroamericanos, para viabilizar los procesos de paz, se facilitó el pase a retiro de los oficiales que así lo solicitaron, y hasta se les garantizó el pago de sus jubilaciones en divisas cuando manifestaron su deseo de residir en el extranjero. Cuba, obviamente, seguirá necesitando cuerpos militares que garanticen el orden, eviten la creación de mafias, combatan el narcotráfico y otras formas de delincuencia y protejan la soberanía nacional.

¿Y el sistema judicial?

Tendría que adaptarse al concepto democrático de Estado de Derecho, si es eso lo que decide la ciudadanía. Eso quiere decir que los jueces antiguos y nuevos deberán entender que las personas tienen derechos naturales, y que las leyes deben aplicarse sin tener en cuenta ideologías o partidos, porque todas las personas deben ser iguales ante la ley. En algunos países del bloque del Este, y en España y Portugal, se demostró que el Poder Judicial puede transformarse radicalmente, entre otras razones porque muchos de los abogados que servían al antiguo régimen totalitario no estaban de acuerdo con la naturaleza de su trabajo y abrazaron con entusiasmo la llegada de la democracia.

¿Qué sucedería con el sector educativo?

Lo mismo. Los profesores y maestros dejarían de servir a una ideología y continuarían sus carreras docentes, mas dedicados a la enseñanza que a la propaganda, mientras se abandonaría esa obscena consigna de que « la Universidad es para los revolucionarios » y la educación se abriría a la totalidad de la sociedad. Sería conveniente, por supuesto, que la educación, una vez descentralizada, continuara siendo costeadada por medio de la recaudación del Estado —es decir, pagada por todos porque se trata de una inversión en el fomento del capital social—, pero se enriquecería con la existencia paralela de enseñanza privada que agregue un elemento de competencia y variedad.

¿Y en el terreno de la salud?

El extendido sistema cubano de salubridad debe continuar y mejorarse, dado que hoy se encuentra en un terrible estado de penuria. Todos los análisis de las percepciones de los cubanos así lo indican. Es bueno recordar que ninguno de los países ex comunistas ha desmantelado el sistema de salud creado durante el periodo socialista. Lo han mejorado con la democracia y la libertad económica, porque las naciones cuentan con más recursos para sostenerlo. Uno de los mejores incentivos para propiciar los cambios es, precisamente, poder sostener los « logros » de la revolución. El colectivismo y el totalitarismo no generan suficiente riqueza para mantener buenos sistemas de educación y salud. Es muy significativo que Fidel Castro deba recurrir a la sanidad pública española para aliviarse sus dolencias o que Alicia Alonso acuda al extranjero a operarse los ojos.

¿Y la cultura?

Naturalmente, el Estado dejaría de tener favoritos culturales escogidos por las afinidades ideológicas. Sería la sociedad, libremente, la que escogería qué libros desea leer o qué espectáculos u obras de arte le resultan interesantes. En otras palabras, en una Cuba verdaderamente libre desaparecerían los comisarios que tanto daño le han hecho a la cultura cubana con su pernicioso fanatismo y la odiosa censura.

Pero, ¿no existe el peligro de una involución en el campo de la igualdad racial?

Por supuesto que no. El mundo, y no sólo Cuba, ha cambiado mucho en materia de integración racial desde hace medio siglo a la fecha actual. Cuando comenzó la revolución, todavía en Estados Unidos los blancos y negros vivían en mundos apartes. Hoy Condoleezza Rice es la Secretaria de Estado del país y antes de ella ese cargo lo había ocupado el general Colin Powell. Hoy un senador mestizo tiene una buena posibilidad de convertirse en el próximo presidente de Estados Unidos. Ha sido muy conveniente que se acelerara el proceso de integración racial en Cuba, pero un cambio hacia la democracia y la libertad sin duda puede perfeccionarlo. La población negra y mestiza cubana es más pobre que la blanca, pero el gobierno no permite que se hable de ello, con lo cual tiende a esconder y perpetuar el problema. Lo mismo sucede con los presos comunes: la inmensa mayoría son negros y mulatos, pero el gobierno prefiere ignorar este incómodo dato. Un gobierno democrático y libre, más preocupado por la sustancia y menos por la imagen, afrontaría estas diferencias sin temores y sin exigirles a negros y mestizos una determinada militancia en nombre de la gratitud que supuestamente le deben a la dictadura por haberles otorgado lo que les pertenece por derecho propio.

La transformación económica

Un cambio de sistema económico significaría una pérdida del poder adquisitivo de los cubanos.

Ésa es una falsa premisa. En una transición a la democracia y a la economía de mercado, lo que no va a faltar en Cuba es una impresionante fuente de capitales y ayudas.

Estados Unidos como gobierno, y, en general, el mundo empresarial privado de todas partes —España principalmente—, se volcarán sobre la Isla para contribuir de manera enérgica a su desarrollo. El problema más peliagudo que confrontarán los cubanos no es económico, sino político. Hay que crear las instituciones adecuadas y fomentar un clima social de paz, tranquilidad y seguridad jurídica en el que sea sensato invertir. Hay que normalizar el país rápidamente.

Pero Estados Unidos está atado por la Ley Helms-Burton y no podrá ayudar masivamente a Cuba hasta después de efectuados jos cambios.

Ésa es una equivocada lectura de la ley. La ley es muy flexible y el presidente tiene la autoridad para poner el acento o para dejar sin efecto aquellas partes de la legislación que estime conveniente con el objeto de estimular los cambios. Para esos fines, seguramente contará con un fuerte apoyo bipartidista. Los dos senadores y los cuatro congresistas federales cubanoamericanos —factores que la Casa Blanca (quienquiera que la ocupe) siempre tomará en cuenta en sus decisiones— son políticos flexibles y hábiles, acostumbrados a las negociaciones entre adversarios, que jamás se convertirán en un obstáculo para la transición en la Isla, si eso es lo que manifiestamente desean los cubanos. Por el contrario: desde los planes de ayuda a la democracia en Cuba proclamados por el presidente Clinton, hasta la más detallada « hoja de ruta » formulada durante la administración de George W. Bush, nunca un problema de la política exterior de Estados Unidos ha contado con tanta cuidadosa previsión y sentido de la responsabilidad, como sucede con el caso cubano.

¿Qué derecho tiene Washington a intervenir en los asuntos cubanos?

De nuevo: Cuba, el país que paladinamente ha proclamado su derecho a ejercer el « internacionalismo revolucionario », no puede negarles a las demás naciones el que tienen a practicar el « internacionalismo democrático », especialmente porque en este caso no se trata de intervenir militarmente, ni de medidas agresivas contrarias al derecho internacional, sino de ayudar a los demócratas de la oposición con apoyos tan modestos como darles material de lectura o acceso a Internet, gestos de solidaridad, por cierto, que también muestran otros responsables países de la Unión Europea. Pero hay algo aún más importante: el gobierno cubano ha sido el principal causante de este intervencionismo norteamericano al generar las condiciones para que un veinte por ciento de la sociedad cubana hoy viva en Estados Unidos. Tras provocar episodios como Camarioca (1965), Mariel (1980) o el *balse*azo de 1994, y tras dedicar grandes esfuerzos subversivos a afectar los intereses y la vida norteamericanos en todo el planeta —sin olvidar las confiscaciones de los años sesenta, las mayores que ha sufrido la sociedad norteamericana en toda su historia—, el gobierno cubano ha estado retando a Washington y convocándolo a un inevitable e irresponsable enfrentamiento. ¿Cómo puede nadie extrañarse de que Estados Unidos responda a esas muestras de hostilidad? La posición de víctima que asume el gobierno cubano tal vez sirva como un ejercicio demagógico para la galería, pero no resiste el más mínimo análisis.

Hay quienes opinan que el país también vive una aguda crisis moral de muy difícil solución, aun cuando se cuente con la ayuda masiva de Estados Unidos.

No lo creo. La conducta (una de las pocas cosas en las que Marx acertó) es un modo racional de adaptación a la situación en que se vive. Los cubanos mienten porque decir la verdad conduce a la cárcel. Los cubanos fingen porque la franqueza es el comienzo de un calvario en una sociedad totalitaria que ha construido un discurso único, dogmático e inflexible. Las cubanas se prostituyen porque el sistema les niega otras posibilidades mejores de superación. Los cubanos roban porque no pueden ganarse la vida decentemente con su trabajo. A ninguna persona normal —exceptuados los psicópatas— le gusta mentir, fingir, prostituirse o robar. En Cuba no han desaparecido las normas morales: lo que ha sucedido es que las han hecho casi imposibles de cumplir. Tan pronto comience a cambiar el clima social y económico del país la sociedad modificará su conducta paulatinamente. Este fenómeno de readaptación voluntaria a las reglas éticas convencionales está ocurriendo en los países que abandonaron el comunismo en Europa, algo parecido a lo ocurrido cuando cicatrizaron las heridas de la Segunda Guerra mundial.

Pero si cambia el sistema económico los cubanos de la Isla estarían en desventaja al no tener capital ni experiencia.

En desventaja están hoy, que ni siquiera tienen esperanzas de mejorar sus condiciones de vida mientras sufran la comprobada incompetencia de semejante sistema. Además, cualquier gobierno sensato que emerja de la transformación del país sin duda les entregaría la propiedad *real* de las viviendas a las familias que las habitan. Hoy es falso que las familias sean dueñas de las viviendas. No las pueden transmitir libremente. No las pueden vender ni hipotecar. ¡Ni siquiera las pueden arreglar! La mera propiedad real de las viviendas convertiría a todas las familias cubanas en poseedoras de un capital de cuarenta mil dólares, si tomamos como cálculo el precio de la vivienda promedio en América Latina.

Eso en cuanto a las viviendas, ¿pero qué sucede con las empresas y los medios de producción?

Cualquier persona bien informada sabe que la transformación de una anquilosada sociedad comunista en una moderna sociedad de mercado pasa por el traspaso de los activos en manos del Estado a los individuos. En el este de Europa se ha acumulado una valiosa experiencia sobre cómo privatizar numerosas empresas con los propios trabajadores. Las nuevas empresas unas veces se han convertido en compañías privadas en las que los trabajadores son accionistas parciales o totales; en otras, se han constituido verdaderas cooperativas voluntarias y libres preparadas para competir en el mercado. En España, por cierto, una de las empresas más exitosas es un conglomerado de cooperativas (Mondragón) que es uno de los mayores empleadores de la nación.

¿Y los inversionistas extranjeros?

Hay que darles la bienvenida. Es tonto rechazar al capital extranjero porque «juega con ventaja». Esos son absurdos rencores sembrados por el igualitarismo comunista. El capitalismo es un sistema abierto de tanteo y error que se expande en la medida en que las personas van descubriendo oportunidades nuevas y aprendiendo de la experiencia. Sin estar muy conscientes de ello, esto es lo que ocurría en la Cuba de los años cuarenta y cincuenta, cuando la economía crecía a un ritmo de tigre asiático (en torno al diez y doce por ciento anual), duplicando el PIB cada seis años, lo que no excluye que existieran problemas. La pobreza de la economía centralizada y planificada deriva, entre otras causas, de que esteriliza la imaginación y el impulso creativo de los individuos. Los colectivistas dan por sentado que ellos conocen toda la realidad económica y pueden planear el desarrollo. Quienes creemos en el mercado sabemos que no hay sustituto para la creatividad individual porque cada persona tiene una particular información, una idea y una intuición que le permiten ver oportunidades y crear riquezas insospechadas.

Pero eso crea desigualdades.

Así es. El mercado crea desigualdades porque las personas son desiguales. Unas son más inteligentes, laboriosas y tenaces que otras. Pero esas desigualdades no se alivian prohibiendo las actividades privadas para evitar que algunos descuellen, sino propiciando la educación y la productividad para construir clases medias dotadas de buena calidad de vida. El Índice Gini que mide los niveles de desigualdad ha precisado que los países capitalistas más desarrollados, donde predomina la empresa privada, son los menos desiguales: Suiza, Suecia, Dinamarca, Canadá, Estados Unidos. Mientras tanto, los países intervencionistas (Argentina, Uruguay, Brasil, por ejemplo), pese al discurso populista, muestran peores desniveles entre las personas que tienen y las que no tienen. Hace años un reformista chino lo expresó en una frase melancólica: «para evitar que un chino anduviera en Rolls Royce condenamos a cientos de millones a desplazarse en bicicleta».

El gobierno dice que si el capitalismo se introduce en Cuba a los cubanos les espera un destino haitiano.

En realidad, es con el colectivismo autoritario con lo que Cuba se desliza hacia un destino haitiano. Tras Honduras y Nicaragua, ya es el tercer país más pobre de Hispanoamérica. Antes de la revolución era el tercer país más rico, tras Argentina y Uruguay. Una Cuba libre en el terreno político y económico muy rápidamente daría un salto tremendo hacia la modernidad y el progreso. Cuba tiene un capital humano extraordinario –cientos de miles de graduados universitarios– y lo que necesita es inversiones y libertad para producir. Todos los países que han realizado el «milagro» del desarrollo sostenido lo han hecho en el curso de una generación: España, Corea del Sur, Irlanda, Chile. En Cuba debe suceder lo mismo.

¿No se excluiría a los ancianos y jubilados de los beneficios del cambio?

Por el contrario, la tercera edad (y especialmente las mujeres de la tercera edad) son quienes más sufren la incompetencia del socialismo. Cualquier gobierno que emprenda con seriedad la transformación económica del país tiene que crear un fondo especial de solidaridad para hacerle frente a la quiebra actual del sistema de pensiones y proporcionarles a los ancianos la ayuda necesaria para cubrir sus necesidades básicas. Tampoco faltarán recursos para esos fines. Al margen de las consideraciones humanitarias, nadie ignora que del bienestar de los jubilados depende en gran medida la estabilidad social del país.

¿Cuáles son las posibilidades de desarrollo con que cuenta Cuba?

Paradójicamente, en principio, las que identifico el gobierno cubano cuando comenzó el llamado «periodo especial»: turismo masivo, inversiones extranjeras, biotecnología, azúcar y etanol, servicios médicos, cibernética, transporte marítimo y aéreo y otra docena de campos de acción. Pero para que estas actividades dieran resultados no podían llevarse a cabo en el ámbito oficial y con el criterio paranoico y sectario con que se desarrollaron. Tenían que emprenderse en el campo privado, con los cubanos como empresarios junto a los inversionistas extranjeros. No hay que olvidar que la clave del desarrollo en las sociedades prósperas está en que los Estados edificados por ellas se limitan a crear reglas abstractas que permiten todo lo que no está expresamente prohibido. La miseria del socialismo dictatorial proviene de que reglamenta todas las actividades y prohíbe y persigue todo lo que no está reglamentado.

¿Cuándo pueden comenzar a ocurrir los cambios?

No lo sabemos, pero mientras más rápido se inicien menos va a sufrir la sociedad cubana. Para Cuba, «ya es hora».

El dolor sobre la nuca fue intenso y breve. Fidel Castro perdió el conocimiento y cayó de bruces sobre su mesa de trabajo. Lo encontró Chomy Miyar, su ayudante, a quien su adiestramiento como médico no le dejó espacio a la ilusión: el Comandante se moría. Algo perfectamente predecible tras las dos isquemias cerebrales transitorias anteriormente padecidas, la primera de ellas en 1989. Setenta y tantos años, hipertenso, colérico, ex fumador y arterioesclerótico: tenía que sucederle. Y así ocurrió, su corazón se detuvo para siempre dos horas más tarde, de madrugada, pese a todos los intentos de reanimación. Junto a él estaban su mujer Delia del Valle, tres de sus hijos, y sus hermanos Raúl y Ramón. Raúl, el de peor fama, pero el más sentimental, lloraba. De alguna manera, Ramón había asumido el rol paternal de hombre fuerte y sostenía al resto de la familia. Deliberadamente no le avisaron a la hermana Agustina. No era de fiar, y todo había que mantenerlo en el mayor de los secretos.

En un salón contiguo, muy afectados y nerviosos, seis personas hablaban en voz muy baja: José Machado Ventura, Ricardo Alarcón, Julio Casas Regueiro, Abelardo Colomé Ibarra, Juan Almeida y Carlos Lage. Inesperadamente llegó Eusebio Leal. Nadie pudo adivinar quién le había avisado, pero tampoco nadie tuvo la descortesía de preguntarle. Cualquier observador inteligente hubiera percibido que no encajaba en el grupo. Era un *outsider*. Alarcón fue el más frío al saludarlo; Lage, el más educado y amable, pero siempre desde su desvirtualizada corrección. Leal llevaba su segundo apellido, Spengler, con un orgullo casi insolente. Era demasiado aristocrático, demasiado afectado. Se le veía a la legua que su vinculación con la Revolución era el producto de una festinada cabriola del destino. Había sido seminarista y lo que le hubiera ido de maravilla era el capelo cardenalicio.

Cuando Raúl se dirigió al pequeño grupo ya se había recuperado. «Fidel ha muerto», dijo, y enseguida añadió lo siguiente: «en marcha la Operación Alba». La Operación Alba estaba prevista para el momento en que sucediera lo inevitable. El jefe del Estado Mayor acuartelaría inmediatamente a todas las tropas del ejército y las colocaría en alerta máxima, listas para cualquier eventualidad. Oficialmente se decía que era una medida previsoria ante un artero ataque yanqui, pero la verdad profunda era otra: impedir cualquier aventura de posibles oficiales desafectos no localizados por la contrainteligencia. El general Colomé Ibarra, Ministro del Interior, movilizaría a todas las fuerzas policíacas y parapoliciacas, con especial énfasis en los batallones antimotines, pero sin excluir a los Comités de Defensa de la Revolución. Una dotación de diez mil agentes saldría esa madrugada a detener preventivamente a los disidentes, reforzar las embajadas extranjeras y custodiar las estaciones de radio, televisión y los aeropuertos civiles. El doctor José Machado Ventura—el gran *apparatchik*—, se encargaría de controlar al Partido Comunista, cuyos jefes provinciales tendrían que presentarse a las siete de la mañana en la oficina del Comité Central para recibir las instrucciones. Carlos Lage citaría al Consejo de Ministros y Juan Almeida el Consejo de Estado. Ricardo Alarcón haría lo mismo con la Asamblea Nacional del Poder Popular, pues a ésta le tocaría refrendar la prevista sucesión de Raúl a la jefatura del Estado. Felipe Pérez Roque, el inexperto ministro de Relaciones Exteriores, naturalmente, convocaría al cuerpo diplomático y se encargaría de la prensa extranjera.

Con el objeto de transmitir la impresión de calma total, se decidió que el anuncio de la muerte de Castro lo diera primero un locutor de Radio Rebelde. A las cinco de la madrugada comenzarían a tocar marchas militares e himnos políticos para preparar a la población. Todas las emisoras se pondrían en cadena. A las seis de la mañana —una vez que la Operación Alba ya hubiera sido completada— un locutor circunspecto daría la noticia escuetamente: «en la madrugada de hoy.. etc., etc.». La noticia terminaba con el anuncio de que Raúl Castro se dirigiría a la población a las ocho en punto. Se suspendían las clases y se declaraban treinta días de duelo nacional. Los tres primeros incluían el cierre de los centros de trabajo para que el pueblo pudiera llorar su pena y acudir a los funerales.

En efecto, a las ocho en punto, en la oficina del Consejo de Estado, en presencia de sus treinta miembros —que la cámara hábilmente se encargó de recoger— Raúl Castro, con voz entrecortada, leyó dos cuartillas en las que precisaba tres cosas fundamentales: primero, Fidel, el padre de la patria, el maestro, el líder inigualable, había muerto como consecuencia de un devastador episodio cerebral; segundo, los mecanismos sucesorios habían funcionado con arreglo a la ley y todo estaba bajo el más absoluto control; y tercero, la Revolución continuaría su inquebrantable rumbo socialista, ahora más que nunca, pues se trataba de un compromiso de honor con el héroe desaparecido. Tras su intervención se anunció que los funerales se llevarían a cabo 48 horas más tarde en la Plaza de la Revolución, donde se crearía un mausoleo, muy cerca de la estatua de José Martí.

La reacción de los cubanos reflejada por la televisión se movía entre la histeria y el estupor. Llantos, gritos, contorsiones. Algunos grupos de la Juventud Comunista gritaban «Fidel, seguro, a los yanquis dales duro», como si quisieran revivirlo con la consigna. Los opositores, los desafectos y los indiferentes —es decir la inmensa mayoría del país— se recogían prudentemente en sus casas para evitar confrontaciones con los no se sabía por qué encolerizados castristas. Lucía Newman, la corresponsal de CNN, aunque lo intentó, no consiguió filmar ninguna opinión crítica. El representante de Notimex, la agencia oficial de la prensa mexicana, ni se molestó en tratar de buscarla. Lo más cercano a la desaprobación eran personas que se encogían de hombros o que señalaban con un dedo en los labios su decisión de guardar silencio. La sensación prevaleciente era el miedo. Un miedo atroz a lo desconocido. Era como si un descomunal y prolongado eclipse se presentara de pronto ante un pueblo ignorante. El sol, súbitamente, había desaparecido.

El día del funeral, cuando Raúl Castro ocupó la tribuna, la plaza ya estaba llena. Fue el único que habló, pero todas las caras conocidas de la Revolución lo acompañaban en primera fila. Se quería trasmitir de manera creíble una imagen de unidad. Sus emotivas palabras, cuidadosamente escogidas, reiteraron el mensaje anterior: la sucesión era un hecho; la Revolución continuaba; los hombres mueren, pero el Partido es inmortal. Aceptó, sin embargo, que la situación económica del país resultaba extraordinariamente difícil. El discurso apenas duró cuarenta y cinco minutos y fue más notable por lo que no dijo que por lo que repitió. No hubo,, por ejemplo, desafíos a Estados Unidos ni retos al modelo occidental. Los astutos castrologos enseguida notaron que algo había cambiado en el tono. Cuando se iban, en voz queda, Raúl le dio una orden a Lage: «reúne mañana al Consejo de Estado; están ocurriendo cosas importantes». Se le veía terriblemente preocupado.

Tras los monstruosos funerales de su hermano Fidel, Raúl Castro llegó a la reunión del Consejo de Estado con unas enormes ojeras que esta vez no se debían a la afección hepática que padece sino a la falta de sueño y a las inmensas tribulaciones que le embargaban. Los yanquis no habían desembarcado en Cuba, pero sucedían cosas igualmente graves. Por ejemplo, la Dirección General de Inteligencia ya le había notificado que antes de las ocho horas de saberse la noticia, numerosos socios, testaferros y apoderados de Cuba en el exterior habían comenzado a apropiarse de los activos de la Isla situados fuera del país. Era una incontrolable piñata.

En el pasado, la revista *Forbes* de Estados Unidos había informado que Fidel Castro tenía en el extranjero una fortuna calculada en mil cuatrocientos millones de dólares —lo que le hizo exclamar a Fernando Arrabal que se trataba de otro gran triunfo de la Revolución, pues Batista sólo pudo llevarse doscientos—, pero lo cierto es que esa inmensa cifra estaba fragmentada en varias decenas de cuentas situadas en Panamá, Suiza, Londres, Luxemburgo o Liechtenstein, al alcance de elementos desaprensivos que en el momento de la muerte de Fidel, como los buitres, habían iniciado el saqueo de la sagrada tumba sin que el Ministerio de Comercio Exterior pudiera evitarlo, pues el propio secreto de las operaciones lo impedía. El dinero no era de Fidel. Era para usarlo Fidel en actividades marginales de la Revolución. *Forbes* nunca hubiera entendido eso. En general, se trataba de compañías que negociaban las exportaciones cubanas en el exterior —azúcar, tabaco, ron, níquel—, pero la madeja se había ido haciendo más compleja y ya incluía hoteles, restaurantes, instituciones que «lavaban dinero» en complicidad con el Banco Financiero de Cuba, y hasta algún restaurante madrileño repleto de matones.

Pero quizá lo más grave no era la evaporación de esa red exterior propiedad del desaparecido Comandante, sino la extraña actitud asumida por los *brokers* ingleses, franceses y suizos que solían adelantar divisas contra futuras entregas de azúcar. Súbitamente todos se volvieron fríos y cautelosos, dando evasivas cuando se les intentaba conminar a que no perdieran la confianza. En la comunidad financiera internacional se había instalado una demoleadora actitud que podía resumirse en una palabra: *expectativa*. Todos estaban expectantes, paralizados, aguardando a ver qué sucedía, y con esa actitud precipitaban a Cuba en una crisis mucho mayor de la que el país había padecido hasta ahora. Una crisis «terminal», llegó a decir Raúl Castro recurriendo al manoseado anglicismo.

Carlos Lage completó el desolador cuadro económico con detalles impresionantes: la zafra, otra vez, no llegaría a los cuatro millones de toneladas de azúcar, y la capacidad real de importación de petróleo, dadas las divisas disponibles y la total ausencia de crédito, apenas alcanzaría para costear tres millones de toneladas, salvo que los venezolanos quisieran extenderles una problemática línea de créditos. Esto es, la mitad del mínimo con que el país podía funcionar. Eso quería decir un drástico recorte de la generación de electricidad y de transporte, una caída en picado de la producción de alimentos, y hasta la imposibilidad de mantener la infraestructura que soporta el turismo fuera de Varadero o Cayo Coco, enclaves aislados en donde artificialmente se podía sostener cierto nivel de confort. El único ingreso considerable eran los 800 millones de dólares que remitían los exiliados a sus familiares, pero se trataba de un regalo envenenado que desalentaba el trabajo local, generaba inflación y destruía los fundamentos éticos del sistema. Estaban a las puertas de una hambruna y de una catástrofe sanitaria como las que habían ocurrido en Norcorea tras la muerte de Kim Il Sung.

La explicación de Colomé Ibarra, ministro del interior, fue igualmente sombría. El aumento de la delincuencia era un fenómeno de crecimiento exponencial. Si se reducía aún más la cuota de alimentos, eran predecibles asaltos a las *shopping* en donde se vende en dólares, y atracos a los desprevenidos turistas. El peligro de desórdenes públicos y de estallidos sociales no provenía de la cantera de la oposición disidente conocida —que estaba perfectamente controlada y penetrada por la policía política— sino de la población más pobre y desvalida, especialmente entre la etnia negra, pues era la que menos acceso tenía a moneda extranjera, dado el escaso número de afrocubanos exiliados capaces de socorrer a sus familiares.

Julio Casas Regueiro, el general más cercano a Raúl Castro, comenzó por confesar que en las Fuerzas Armadas existía un enorme malestar que, eventualmente, podía provocar conspiraciones y deserciones. Primero, había que aceptar el hecho innegable de que el otrora noveno ejército del mundo, triunfador en Angola y en Etiopía, hoy apenas era un holding económico que labraba tierras, poseía hoteles medio vacíos e instituciones financieras, y en el que los coroneles no aspiraban a la gloria de una victoria militar, sino a conducir un taxi para turistas o a inaugurar un «paladar» en el que se pudiera servir comida a los extranjeros. La Marina había tenido que convertirse en chatarra. La aviación apenas contaba con treinta aviones con capacidad de volar. La artillería móvil y los carros de combate estaban detenidos por falta de baterías y combustible. En caso de un enfrentamiento con los norteamericanos, sólo la guerra bacteriológica podía ser de alguna utilidad, pero la utilización de esas armas en el propio suelo tendría un efecto terrible sobre la población cubana, y era muy dudoso, en caso de guerra, que los aviones pudieran cruzar el Estrecho de la Florida. En resumen: las Fuerzas Armadas ya no eran el brazo de la Revolución, sino un ineficiente conglomerado de actividades económicas, carente de visión y ayuno de misión.

Entonces fue el turno de Eusebio Leal. Con voz temblorosa, el historiador de La Habana se atrevió a decir lo que todos pensaban: «señores, ante una situación como la nuestra, no es moralmente justificable imponerle al pueblo cubano más sacrificios. ¿Para qué? ¿Para estar mañana peor? Hicimos una Revolución gloriosa en el tiempo y en el lugar equivocados. Resistimos cuarenta años. Nadie nos pudo derrotar. Pero no debemos continuar hundiendo a nuestro país en la miseria. Cuba no puede ser la excepción política y económica de Occidente. Y da igual si tenemos o si no tenemos razón. Se trata de un problema de supervivencia. De la supervivencia de nuestra población». El primero que se atrevió a aplaudir fue Alfredo Guevara. Luego siguió Casas Regueiro. Siempre había pensado que era una estupidez aferrarse a dogmas que la realidad desmentía constantemente. Alguna vez hasta se había atrevido a discutirlo con su suegro, Carlos Rafael Rodríguez, y había descubierto un criterio similar. Ricardo Alarcón sonrió levemente y se unió a las palmadas. Raúl Castro asintió con un gesto de resignada fatiga.

Tras jurarle fidelidad eterna a la memoria de Fidel Castro, al Buró Político le tomó seis horas formular una nueva estrategia. El camino era obvio. Había que intentar, a la mayor brevedad, una suerte de reconciliación con Estados Unidos, pues bastaría esa aproximación para lanzar al mundo el mensaje adecuado: en Cuba se iniciaba un periodo de cambios reales y profundos. Simultáneamente, Estados Unidos, directa o indirectamente, era el único poder sobre la tierra capaz de organizar una rápida operación de salvamento. Con la buena voluntad norteamericana el petróleo saudí o kuwaití podía llegar a tiempo, pues las reservas de crudo, incluidas las militares, apenas cubrían cuarenta y cuatro días. Asimismo, los alimentos europeos y los bienes de equipo japoneses sólo llegarían a la Isla si Washington los alentaba a dar ese paso.

El encargado de la misión sería Ricardo Alarcón. Era el americanólogo del grupo y llevaba toda una vida soñando con desempeñar ese papel. Avisado Washington mediante una discreta conversación sostenida en La Habana con la Jefa de la Oficina de Intereses de Estados Unidos, se disfrizó el primer encuentro como una rutinaria continuación de las habituales reuniones sobre temas migratorios que tienen lugar en la capital norteamericana, pero para los observadores más sagaces resultó muy extraño que la delegación estadounidense estuviera presidida por dos funcionarios con línea directa a la Casa Blanca, caracterizados por lo que los gringos llaman *no-non sense*. Gente de habla clara, al grano y con los pies en la tierra.

Alarcón comenzó por describir la pavorosa situación económica del país, para añadir de inmediato que, de seguir así, podían producirse desórdenes y hasta otro éxodo incontrolado de balseros. Muerto Fidel Castro, nadie tenía la autoridad en el país para detener un fenómeno de esa naturaleza. Ése era su implícito chantaje. La proposición resultaba obvia: el Gobierno cubano estaba dispuesto a la apertura política a cambio de dos condiciones. La primera, que Estados Unidos se comprometiera a no intervenir militarmente. La segunda, que se pusiera en marcha, por iniciativa y coordinación de Washington, una «operación salvamento», más importante que la llevada a cabo en Norcorea. En suma, y parafraseando la frase israelí («paz por territorio»), se trataba de algo tan sencillo como «democracia por ayuda», *quid pro quo* del cual Estados Unidos derivaría un indudable beneficio: tranquilidad migratoria en su volátil frontera caribeña.

La delegación norteamericana estaba preparada para la oferta. Pero era importante que el Gobierno cubano entendiera de manera muy clara la posición de Estados Unidos: en primer término, la Ley Helms-Burton, justa o injusta, cruel o benéfica, dejaba algún espacio para este tipo de maniobra, mas cualquier acuerdo tenía que ceñirse al espíritu y la letra de ese texto legal. En segundo lugar, a lo largo de casi cuarenta años la comunidad cubana en Estados Unidos —dos millones de personas— había alcanzado un grado de presencia en la vida política y social norteamericana que hacía impensable que sus intereses y deseos fueran totalmente ignorados. Eso, por razones electorales, nunca lo harían ni republicanos ni demócratas. El Gobierno cubano, como había sucedido en los veinte países que mudaron de sistema en las últimas décadas, sencillamente, tenía que pasar por la aduana de la oposición interna y externa. No había escapatoria.

Por otra parte, como ocurrió en la transición española, que la delegación norteamericana conocía a fondo, tres eran las medidas previas que debía adoptar unilateralmente el Gobierno cubano para poder iniciar el proceso de apertura: la primera, era decretar una muy amplia amnistía para los presos de conciencia; la segunda, permitir la libre asociación política y la emisión de la palabra escrita o hablada; la tercera, autorizar el regreso de los exiliados políticos que desearan

incorporarse a la vida pública del país. Incluso, una cuarta podía preverse para más adelante: un foro gobierno-oposición para discutir el destino del país al que serían invitados doscientos líderes prominentes del mundo democrático internacional vinculados a las grandes familias políticas de Occidente: democristianos, liberales, socialdemócratas y conservadores. Un acto de esta naturaleza, en el que no faltarían los más importantes políticos de Estados Unidos y América Latina, sería la prueba del firme compromiso de las democracias con la transición cubana y un clarísimo mensaje para la comunidad económica de los países desarrollados.

Una vez iniciado el cambio, y en vías de ejecución un plan para la reconstrucción económica de Cuba, ya esbozado en época del presidente Clinton, Estados Unidos pondría todo su peso tras una fórmula que reconciliara a los cubanos sin necesidad de recurrir a venganzas o a represalias. Afortunadamente, existían los precedentes uruguayo y argentino, en los que una « ley de punto final », refrendada por los electores democráticamente, sirvió para pasar una página negra de la historia de esos países. Nadie esperaba que hubiera olvido, pero sí que se produjera una suerte de perdón colectivo, universalmente exculpatorio. La democracia era un método excelente para curar heridas y legitimar este tipo de acciones legales. Si Raúl Castro tenía que alejarse del poder como parte del proceso de transición, podría hacerlo con todas las garantías, sacrificio menor, pues –al fin y al cabo– también se trataba de un hombre bastante enfermo.

¿Significaba el cambio que la Revolución comunista desaparecería? Muy probablemente, pero no sería por imposición de Estados Unidos sino por la voluntad del electorado. Era lo predecible, pues Cuba ni debe ni puede escapar a su destino occidental y latinoamericano. La Isla, como las veinticinco naciones más desarrolladas y felices del planeta, debe organizar su vida pública de acuerdo con los principios y métodos democráticos, y su modelo económico no debe ser otro que el de la libertad de empresa, la propiedad privada y el mercado, como seguramente decidirían en las urnas los propios cubanos. Sólo que dentro de ese amplio marco, como ha sucedido en los países del Este de Europa, los viejos comunistas tendrían un ancho espacio para continuar sus vidas con dignidad y sin peligro. Un espacio que ellos nunca les concedieron a sus adversarios.

Finalmente, se abrieron las cárceles. Nunca es mayor la dicha –cantó el poeta– que el día de soltar los prisioneros. En silencio, cabizbajos, cansados, cientos de miles de cubanos regados por todos los rincones del planeta, emprendieron el viaje de regreso. El país se fundió en un abrazo largo, silencioso y apretado. Era como volver a nacer.

- AA. VV. *El presidio en Cuba comunista*. Obra colectiva. Icosov Ediciones. Caracas, 1982.
- Aguila, Juan del. *Cuba: Dilemas of a Revolution*. Westview Press. Boulder, Colorado, 1984.
- . “The Cuban Armed Forces: Changing Roles, Continued Loyalties”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- Aguilar León, Luis. *Cuba 1933: Prologue to Revolution*. Cornell University Press. Ithaca, 1972.
- . *Todo tiene su tiempo: Tiempo de llorar, tiempo de reír, tiempo de soñar y tiempo de pensar*. Ediciones Universal. Miami, 1997.
- Aguirre, Rafael A. Amanecer. Historias del clandestinaje: La lucha de la resistencia contra Castro desde Cuba. Ediciones Universal. Miami, 1996.*
- Alarcón Ramírez, Dariel y Elisabeth Burgos-Debray. *Memorias de un soldado cubano: Vida y muerte de la revolución*. Tusquets Editores. Barcelona, 1997.
- Alberto, Eliseo. *Informe contra mí mismo*. Extra Alfaguara. México, 1997.
- Almendros, Nestor y Orlando Jiménez Leal. *Conducta impropia*. Editorial Playor. Madrid, 1984.
- Alonso, José F. “The Ochoa Affair and Its Aftermath”. En “*Cuban Communism*”. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- Alvarez Bravo, Armando. *Cabos sueltos*. Ediciones Universal. Miami, 1997.
- Amaro, Nelson. “Decentralization, Local Government and Participation in Cuba”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- Amnistía Internacional. *Cuba: Ofensiva renovada contra las críticas pacíficas al gobierno*. AI: AMR 25/29/97/s. Amnesty International. Londres, agosto 1997.
- Anderson, John Lee. *Che: A Revolutionary Life*. Grove Press. New York, 1997.
- Aragón Clavijo, Uva de. *El caimán ante el espejo*. Ediciones Universal. Miami, 1995.
- Arcocha, Juan. *Fidel Castro en rompecabezas*. Ediciones Erre. Madrid, 1973.
- Baloyra, Enrique A. “Political Control and Cuban Youth”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- Barquín, Ramón M. El día que Fidel Castro se apoderó de Cuba: 72 horas trágicas para la libertad en Las Américas. Editorial Rambar. San Juan, 1978.*
- . *Las luchas guerrilleras en Cuba de la Colonia a la Sierra Maestra. Vols.I y II. Editorial Playor. Madrid, 1975.*
- Batista, Fulgencio. *The Growth and Decline of the Cuban Republic*. Devine-Adair Co. New York, 1964.
- Benemelis, Juan F. *Castro, subversión y terrorismo en África*. Editorial San Martín. Madrid, 1988.
- Bernal, Beatriz. “La administración de justicia.” *40 años de revolución: el legado de Castro*. Ediciones Universal. Miami, 1999.
- Betancourt, Ernesto. *Revolutionary Strategy: A Handbook for Practitioners*. Transaction Books. Brunswick, N.J., 1991.
- . “Castro’s Legacy”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- Bonachea, Rolando y Nelson Valdés. *Che: Selected Works of Ernesto Che Guevara*. MIT Press. Cambridge, Mass., 1969.
- . y Marta San Martín. *The Cuban Insurrection 1952 – 1959*. Transaction Books. Brunswick, N.J., 1974.
- Bonsal, Philip W. *Cuba, Castro and the United States*. University of Pittsburgh Press. Pittsburgh, 1971.
- Breuer, William B. Vendetta! Fidel Castro and the Kennedy Brothers. John Wiley. New York, 1997.*
- Brown, Charles y Lago, Armando M. *The Politics of Psychiatry in Revolutionary Cuba*. Transaction Publishers. New Jersey, 1991.
- Brune, Lester H. *The Cuban-Caribbean Missile Crisis of October 1962*. Regina Books. Claremont, California, 1996.
- Bunck, Julie Marie. “The Politics of Sports in Revolutionary Cuba.” *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- Burks, David D. *Cuba under Castro*. Foreign Policy Association. New York, 1964.
- Calzón, Frank. *Castro’s Gulag: The Politics of Terror*. Council for Inter-American Security. Washington, D.C., 1979.
- Carbonell, Néstor T. *And the Russians Stayed: The Sovietization of Cuba*. William Morrow & Company. New York, 1989.
- Carranza Valdés, Julio. “Economía cubana: Reformas, socialismo y mercado”. *Cuba hoy: Desafíos de fin de siglo*. LOM Ediciones. Santiago, 1995.
- Carrillo, Justo. *Cuba 1933 estudiantes, yanquis y soldados*. Instituto de Estudios Interamericanos. University of Miami. Miami, 1985.
- Castañeda, Jorge G. *Compañero: Vida y muerte del Che Guevara*. Vintage Español. New York, 1997.
- Casuso, Teresa. *Cuba and Castro*. Random House. New York, 1961.
- Centro de Estudios de la Economía Cubana. *La economía cubana en 1996: Resultados, problemas y perspectivas*. Universidad de La Habana. La Habana, 1997.
- Céspedes, Carlos Manuel. *Érase una vez La Habana. Editorial Verbum. Madrid, 1998.*
- Clark, Juan. *Cuba: Mito y Realidad*. Saeta Ediciones. Miami-Caracas, 1990.
- Colomer, Josep M. “After Fidel, What?: Forecasting Institutional Changes in Cuba.” *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- Conte Agüero, Luis. *Fidel Castro: Vida y Obra*. Editorial Lex. La Habana, 1959.
- . *Los dos rostros de Fidel Castro*. Editorial Jus. México, 1960.
- Córdova, Efrén (editor). *40 años de revolución. El legado de Castro*. Ediciones Universal. Miami, 1999.
- Crassweller, Robert D. *Cuba and the U.S.: The Tangled Relation-Ship*. Foreign Policy Association. New York, 1971.
- Cuesta, Leonel de la. *Las Constituciones Cubanas*. Ediciones Exilio. Madrid, 1976.
- Debray, Régis. *La guerrilla del Che*. Siglo Veintiuno Editores. México, 1975.
- Dewart, Leslie. *Christianity and Revolution: The Lesson of Cuba*. Herder and Herder. New York, 1963.
- Díaz-Brisquets, Sergio. “Labor Force and Education in Cuba.” *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- Dinges, John. *Our Man in Panama*. Random House. New York, 1990.
- Dominguez, Jorge I. “Why the Cuban Regime Has Not Fallen”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.
- . *Cuba: Order and Revolution*. The Belknap Press of Harvard University Press. Cambridge, 1978.
- Dorschner, John y Robert Fabricio. *The Winds of December*. Coward, McCann & Geoghegan. New York, 1980.
- Dorta-Duque, Manuel. *Alejandro (alias) Fidel*. Ediciones Joyuda, Inc. Puerto Rico.
- Drapeer, Theodore. *Castro’s Revolution: Myths and Realities*. Frederick A. Praeger. New York, 1973.
- . *Theory and Practice*. Frederick A. Praeger. New York, 1965.
- Duarte Oropesa, José. *Historiología cubana desde 1944 hasta 1959*. Ediciones Universal. Miami, 1974.
- Dubois, Jules. *Fidel Castro. Rebel, Liberator or Dictator?* Bobbs-Merrill. Indianapolis, Ind., 1959.
- Dumont, René. *Is Cuba Socialist?* Translated by Stanley Hochman. Andre Deutsch. Londres, 1974.
- . *Socialism and Development*. Grove Press. New York, 1970.
- Ensinosa, Enrique. *Cuba en guerra*. The Endowment of Cuban American Studies. Miami, 1994.
- Fagen, Richard R. *Cubans in Exile: Disaffection and the Revolution*. Stanford University Press. Stanford, California, 1968.
- . *The Transformation of Political Culture in Cuba. Stanford University Press*. Stanford, California, 1969.

Falcoff, Mark “Cuba and the United States: Back to the Beginning”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

Falk, Pamela. “Political and Military Elites”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

Fauriol, Georges y Loser, Eva. *Cuba. The International Dimension*. Transaction Publishers. New Brunswick, 1991.

Fermoselle, Rafael. *Política y color en Cuba: la guerrita de 1912*. Editorial Colibri. Madrid, 1998.

Fernández, Alina. Alina: Memorias de la hija rebelde de Fidel Castro. Plaza & Janés. Barcelona, 1997.

Fibla, Alberto. *Barbarie: Hundimiento del remolcador “13 de marzo”*. Rodes Printers. Miami, 1996.

Figueroa, Javier. “Levi Marrero y Manuel Moreno Friginals ante el Espejo de Clío”. *Apuntes Posmodernos/Postmodern Notes* 6. Nº 2 – 7, 1996.

Fogel, Jean-François y Rosenthal, Bertrand. *Fin de siglo en La Habana. Anaya & Mario Muchnik*. Madrid, 1993.

Fontaine, Roger W. *Terrorism: The Cuban Connection*. Crane, Russak & Company. New York 1988.

Franqui, Carlos. *Diary of the Cuban Revolution*. Translated by Georgette Felix, Elaine Kerrigan, Phyllis Fremam ando Hardie St.Martin. The Viking Press. New York, 1980.

. *Family Portrait with Fidel*. Random House. New York, 1984.

. *Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro. Editorial Planeta*.

Barcelona, 1988.

Frayde, Martha. *Ecoute, Fidel*. Denoël. Paris, 1987.

Fuentes, Ileana. Cuba sin caudillos. Un enfoque feminista para el siglo XXI. Linden Lane Press. Princeton, 1994.

Fursenko, A. y Timothy J. Naftali. One Hell of a Gamble: Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958 – 1964. Norton. New York, 1997.

Geyer, Georgie Anne. Guerrilla Prince: The Untold Story of Fidel Castro. Little Brown. Boston, 1991.

Giuliano, Maurizio. *El caso CEA: Intelectuales e inquisidores en Cuba*. Ediciones Universal. Miami, 1998.

Golden, Tim. “Health Care in Cuba”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

Goldenberg, Boris. *The Cuban Revolution in Latin America*. Praeger. New York, 1965.

González, Edward. *Cuba under Castro. The Limits of Charisma*. Houghton Mifflin. Boston, 1974.

. “Actors, Models and Endgames”. *Cuban Communism*. Ninth Edition.

Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

. *Cuba’s Dismal Post-Castro Futures*. Rand. Santa Mónica, California, 1996.

. y David Ronfeldt. *Castro, Cuba and the World*. Rand. Santa Mónica, 1986.

Gouré, León. “War of all the People: Cuba’s Military Doctrines”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

Grupo Cubano de Investigaciones Económicas. *A Study on Cuba*. University of Miami Press. Coral Gables, Florida, 1965.

Gugliotta, Guy and Jeff Leen. Kings of Cocaine Inside the Medellín Cartel. An Astonishing True Story of Murder, Money and International Corruption. Simon and Schuster. New York, 1989.

Gutiérrez, Pedro Juan. *Trilogía sucia de La Habana. Editorial Anagrama. Barcelona, 1998*.

Halperin, Ernst. *Castro and Latin American Communism*. Center for International Studies, Massachusetts Institute of Technology. Cambridge, Mass., 1963.

Halperin, Maurice. *The Rise and Decline of Fidel Castro: An Essay in Contemporary History*. University of California Press. Berkeley y Los Angeles, 1972.

Hernández Miyares, Julio E. *Narrativa y libertad: Cuentos cubanos de la diáspora*. Ediciones Universal. Miami, 1996.

Horowitz, Irving L. “Military Origin and Evolution of the Cuban Revolution.” *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

. “Political Pilgrimage and the End of Ideology”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

. *Cuban Communism*. Third Edition. Transaction Books. New Brunswick, 1977.

James, Daniel. *Che Guevara: A Biography*. Stein and Day. New York, 1969.

Jiménez Leal, Orlando. *8-A. La realidad invisible*. Ediciones Universal. Miami, 1997.

Johnson, Haynes. *The Bay of Pigs: The Leader’s Story of Brigade 2056*. W.W. Norton & Company. New York, 1964.

Jorge, Antonio y Robert David Cruz. “Foreign Investment Opportunities in Cuba: Evaluating the Risk” *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

Klafon, Pierre. Che. Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo. Plaza & Janés. Barcelona, 1997.

Karol, K.S. *Guerrillas in Power: The Course of the Cuban Revolution*. Translated by Arnold Pomerans. Hill & Wang. New York, 1970.

Kennedy, Robert F. *Thirteen Days: A Memoir of the Cuban Missile Crisis*. Norton & Company. New York, 1969.

Kirk, John M. and Peter McKenna. *Canada-Cuba Relations: The Other Good Neighbor Policy*. University Press of Florida. Gainesville, 1997.

Krushev, Nikita. *Khrushchev Remembers*. Little Brown. Boston, 1970.

La Vesque, Jacques. The U.S.S.R and the Cuban Revolution: Soviet Ideological and Strategic Perspectives. Praeger. New York, 1978.

Le Reverend Brusone, Julio. *Economic History of Cuba*. Book Institute. La Habana, 1967.

Leiken, Robert S. *Soviet Strategy in Latin America*. The Washington Papers/93 Volume X. Praeger Publishers and the Center for Strategic and International Studies. New York, 1982.

Levine, Barry B. *The New Cuban Presence in the Caribbean*. Westview Press. Boulder, Colorado, 1983.

López Fresquet, Rufo. *My 14 Months with Castro*. The World Publishing Company. Cleveland, 1966.

Lowenthal, Abraham F. *Partners in Conflict: The United States and Latin America*. The Johns Hopkins University Press. Baltimore, 1987.

Luxenberg, Alan H. “Eisenhower, Castro and the Soviets”. *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

Llerena, Mario. The Unsuspected Revolution: The Birth and Rise of Castroism. Cornell University Press. Ithaca, 1978.

Mallin, Jay. *Che Guevara on Revolution*. University of Miami Press. Coral Gables, Florida, 1969.

Marrero, Levi. *Cuba: Economía y Sociedad*. 15 volúmenes. Editorial Playor. Madrid, 1976 – 1990.

Masetti, Jorge. La Loi des Corsaires. Itinéraire d’un enfant de la révolution cubaine. Au Vif Stock. 1993.

Masó y Vázquez, Calixto. El carácter cubano: Apuntes para un ensayo de psicología social. Ediciones Universal. Miami, 1996.

Matthews, Herbert L. *Fidel Castro*. Simon and Schuster. New York, 1969.

. *The Cuban Story*. George Braziller. New York, 1975.

Medrano, Mignon. *Todo lo dieron por Cuba*. Fundación Nacional Cubano Americana. Miami, 1995.

Mendoza, Plinio Apuleyo. *La llama y el hielo*. Planeta Colombiana Editorial. Bogotá, 1984.

Mesa Lago, Carmelo. *Revolutionary Change in Cuba*. The University of Pittsburgh Press. Pittsburgh, 1971.

. *Dialéctica de la revolución cubana: del idealismo cristmático al pragmatismo institucionalista. Biblioteca cubana contemporánea. Editorial Playor. Madrid, 1979.*

. *The Economy of Socialist Cuba*. University of New Mexico Press.

Albuquerque, 1981.

. *La economía en Cuba socialista: Una evaluación de dos décadas. Editorial Playor. Madrid, 1983.*

. “¿Recuperación económica en Cuba?”. *Encuentro de la Cultura Cubana* Nº 3. Madrid, invierno de 1996/1997.

. “Cuba’s Economic Policies and Strategies for the 1990s.” *Cuban Communism*.

Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

. y June S. Belkin. *Cuba in Africa*. Center for Latin American Studies.

University Center for International Studies. University of Pittsburgh. Pittsburgh, 1982.

Miná, Gianni. *Un encuentro con Fidel: Entrevista realizada por Gianni Miná*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado. La Habana, 1987.

. *Fidel*. Edivisión. México, 1991.

Montaner, Carlos Alberto. *Informe secreto de la revolución cubana*. Sedmay. Madrid, 1975.

. *Fidel Castro y la revolución cubana*. Editorial Playor. Madrid, 1983.

. *Cuba: Claves para una conciencia en crisis*. Editorial Playor. Madrid, 1983.

. *Cuba, Castro and the Caribbean: The Cuban Revolution and the Crisis in Western Conscience*. Translated by Nelson Durán. Transaction Books. New Brunswick, 1985.

. *Castro en la era de Gorbachov*. Instituto de Cuestiones Internacionales.

Madrid, 1990.

. *Cuba hoy: La lenta muerte del Castrismo*. Ediciones Universal. Miami, 1996.

. *Cuba: The country of 13 million hostages*. Internacional Liberal. Madrid, 1996.

Morán Arce, Lucas. *La revolución cubana (1953 – 1959): Una visión rebelde*. Imprenta Universitaria, Inc. Ponce, Puerto Rico 1980.

Mujal-León, Eusebio. “Higher Education and the Institutionalized Regime.” *Cuban Comunism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.

Navarro, Antonio. *Tocayo*. Sharock Publishing Company. Sandown Books. Westport, Conn., 1981.

Nelson, Lowry. *Cuba: The Measure of a Revolution*. University of Minnesota Press. Minneapolis, 1972.

Nuez, Iván de la. *La balsa perpetua*. Editorial Casiopea. Barcelona, 1998.

Oppenheimer, Andrés. *La hora final de Castro. La historia secreta detrás de la inminente caída del comunismo en Cuba*. Javier Vergara Editor. Buenos Aires/Madrid/México/Santiago de Chile/Bogotá/Caracas, 1992.

Orozco, Román. *Cuba roja*. Cambio 16. Madrid, 1993.

Padilla, Heberto. *Fuera del juego*. Ediciones Universal. Madrid, 1999.

Pardo Llada, José. *Memorias de la Sierra Maestra*. N.p. La Habana, 1960.

. *El “Che” que yo conocí*. Editorial Bedout. Medellín, 1969.

. *Fidel*. Plaza & Janés. Bogotá, 1976.

Pérez, Louis A. *Army Politics in Cuba, 1898 – 1958*. University of Pittsburgh Press. Pittsburgh, 1976.

. *Cuba and United States: Ties of Singular Intimacy*. University of Georgia Press. Athens, Ga., 1997.

Pérez-Firmat, Gustavo. *El año que viene estamos en Cuba*. Arte Público Press. Houston, 1997.

Pérez-López, Jorge F. “Cuba’s Socialist Economy: The Mid-1990s.” *Cuban Comunism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.

Pflaum, Irving Peter. *Tragic Island: How Communism Came to Cuba*. Prentice-Hall. Englewood Cliffs, N.J., 1961.

Prado Salmón, Gary. *Cómo capturé al Ché*. Ediciones B. Barcelona, 1987.

Quirk, Robert E. *Fidel Castro*. W.W. Norton. New York, 1993.

Rabkin, Rhoda. “Human Rights and Military Rule in Cuba”. *Cuban Comunism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.

Ramos, Marco Antonio. *Panorama del protentantismo en Cuba*. Editorial Caribe. Miami —San José, 1986.

Recarte, Alberto. *Cuba: Economía y Poder (1959 – 1980)*. Alianza Universidad. Madrid, 1981.

Ripoll, Carlos. Harnessing the Intellectuals: Censoring Writers and Artist in today’s Cuba. Freedom House. New York, 1985.

Ritter, Archibald R.M. “Challenges and Policy Impreatives to the Economy”. *Cuban Comunism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.

Robbins, Carl Anne. *The Cuban Threat*. The Cuban Threat. New York, 1983.

Roca, Sergio G. “Managing State Enterprise in Cuba”. *Cuban Comunism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.

. *Cuban Economic Policy and Ideology*. Sage. Beverly Hills, 1976.

Rodríguez, Ana Lázara. *Diary of a survivor*.

Rodríguez, Carlos Rafael. *Cuba en el tránsito hacia el socialismo 1959 – 1963*. Siglo Veintiuno Editores. México, 1978.

Rodríguez Menier, Juan Antonio. *Cuba por dentro: El MININT*. Ediciones Universal. Miami, 1994.

Rojas, Marta. *La Generación del Centenario en el juicio del Moncada*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1973.

Rojas, Rafael. “La disección del pasado”. *Apuntes Posmodernos/Postmodern Notes* 6. N° 2 – 7, 1996.

. *El arte de la espera*. Editorial Colibrí. Madrid, 1998.

Rojo, Ricardo. *My friend Che*. Traducido por Julian Casart. The Dial Press. New York, 1968.

Roque Cabello, Marta Beatriz y Arnaldo Ramos Lauzurique. *Documentos del Instituto Cubano de Economistas Independientes*. CSA Occasional Paper Series, Vol.2, N° 3. University of Miami. Miami, 1997.

Ros, Enrique. Años críticos: Del camino de la acción al camino del entendimiento. Ediciones Universal. Miami, 1996.

Roy, Joaquín. España, la Unión Europea y Cuba: La evolución de una relación especial a una política de gestos y presión. Cuban Studies Association. Miami, 1996.

Ruiz, Ramón Eduardo. *Cuba: The Makings of a Revolution*. The University of Massachusetts Press. Amherst, Mass., 1968.

Salazar-Carrillo, Jorge. “The Cuban Economy as Seen Through Its Trading Partners.” *Cuban Comunism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.

Salinger, Pierce. *With Kennedy*. Doubleday. New York, 1966.

San Martín, Marta y Ramón Bonachea. “Guerrillas at War”. *Cuban Comunism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswick y Londres, 1998.

Schlesinger, Arthur M. Jr. *Robert Kennedy and his Times*. Houghton Mifflin Company. Boston, 1965.

Smith, Earl, E.T. The Fourth Floor: An Account of the Castro Communist Revolution. Random House. New York, 1962.

Smith, Wayne E. The Closest of Enemies: A Personal and Diplomatic Account of U.S. —Cuban Relations Since 1957. W.W. Norton & Company. New York, 1987.

Solchaga, Carlos. “Cuba: Perspectivas económicas”. *Encuentro de la Cultura Cubana*. N° 3. Madrid, invierno de 1996/1997.

Solidaridad de Trabajadores Cubanos. La crisis nacional y el movimiento de trabajadores: Una propuesta económica y social de la Solidaridad de Trabajadores Cubanos. STC. Caracas, 1997.

Sorel, Julian B. (pseudónimo). *Nacionalismo y revolución en Cuba 1823 – 1998*. Fundación Liberal José Martí. Madrid, 1998.

Sorensen, Theodore C. *Kennedy*. Harper & Row. New York, 1965.

Suárez, Andrés. *Cuba: Castroism and Communism, 1959 – 1966*. MIT Press. Cambridge, Mass., 1967.

Suchlicki, Jaime. *University Students and Revolution in Cuba*. University of Miami Press. Coral Gables, Florida, 1969.

. *Cuba, Castro and Revolution*. University of Miami Press. Coral Gables, 1972.

. *Cuba from Columbus to Castro*. Pergamon-Brassey s. Washington, 1986.

Szule, Tad. *Fidel: A Critical Portrait*. William Morrow and Company. New York, 1986.

The Cuban Economic Research Project. A Study on Cuba: The Colonial and Republican Periods; The Socialist Experiment; Economic Structure; Institutional Development; Socialism; and Collectivization. University of Miami Press. Coral Gables, 1965.

Thomas, Hugh. *Cuba: La búsqueda de la libertad*. (3 volúmenes). Grijalbo. Barcelona, 1973.

Travieso-Díaz, Matías F. *The Laws and Legal System of a Free-Market Cuba. A Prospectus for Business*. Quorum Books. Westport, Conn. 1997.

United States House of Representatives, Committee on Foreign Affairs. *U.S. Response to Cuban Government Involvement in Narcotics Trafficking and Review of Worldwide Illicit Narcotics Situation*. U.S. Government Printing Office. Washington, D.C., 1984.

Urrutia Lleó, Manuel. *Fidel Castro & Company, Inc.: Communist Tyranny in Cuba*. Frederick A. Praeger, Publishers. New York

Valls, Jorge. *Twenty Years and Forty Days: Life in a Cuban Prison*. Americas Watch. New York, 1986.

Vargas Llosa, Alvaro. *El exilio indomable*. Espasa Calpe. Madrid, 1998.

Vázquez Montalván, Manuel. *Y Dios entró en La Habana*. El País/Aguilar. Madrid, 1998.

Vives, Juan. *Los amos de Cuba*. Emecé Editores. Buenos Aires, 1982.

Walker, Phyllis Greene. "Political-Military Relations from 1959 to the Present." *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

Weyl, Nathaniel. *Red Star Over Cuba: The Russian Assault on the Western Hemisphere*. The Devin-Adair Company. New York, 1962.

Wiarda, Howard J. "Crises of the Castro Regime". *Cuban Communism*. Ninth Edition. Transaction Publishers. New Brunswicky Londres, 1998.

Wilkerson, Loree. *Fidel Castro's Political Programs: From Reformism to Marxism —Leninism*. University of Florida Press. Gainesville, Florida, 1965.

Wyden, Peter. *Bay of Pigs. The Untold Story*. Simon & Schuster, 1979.



CARLOS ALBERTO MONTANER SURIS. (La Habana, 3 de abril de 1943) es un periodista, escritor y político cubano, que tiene, además, la nacionalidad española y la estadounidense. Ha ganado varios premios relevantes y colaborado con periódicos de renombre internacional. Ha publicado unos 25 libros. El último de ellos es la novela *La mujer del coronel*, editada por Alfaguara.

Algunos medios especializados han calculado en seis millones el número personas que semanalmente leen sus columnas. Su trabajo ha sido distinguido por instituciones como la Comunidad Autónoma de Madrid y el Instituto Juan de Mariana. Fue, además, hasta el 2011, vicepresidente de la Internacional Liberal. El gobierno de Cuba, sin embargo, considera a Montaner un agente estadounidense, y ha llegado a relacionarlo con actividades terroristas en su juventud, acusaciones que Montaner ha negado en diversas oportunidades, considerando que se trata de una campaña difamatoria, como ha explicado en el libro *El otro paredón*, publicado en el 2011 por la editorial e-riginal en Estados Unidos. En octubre de 2012 la revista *Foreign Policy* lo eligió como uno de los 50 intelectuales más influyentes de Iberoamérica.

